

ADRIAN SCHENKER

EL LIBRO DE LA SABIDURÍA



Ciudad Nueva

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Título original:
Il libro della Sapienza
© 1996, Città Nuova Editrice
Via degli Scipioni, 265 - 00192 Roma

Traducción:
Pablo Largo Domínguez

Diseño de cubierta:
Ripoll Arias

© 2002, Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid

I.S.B.N.: 84-9715-015-5
Depósito Legal: SE-649-2002

Printed in Spain - Impreso en España

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Publicaciones Digitales, S. A. (Sevilla)
www.publidisa.com - (+34) 95.458.34.25

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Título, autor, fecha	9
Tema principal, subdivisión y estilo narrativo ..	11
Estilo, fuentes del pensamiento, género literario, destinatarios	14
Doctrina y riqueza espiritual	17
La Sabiduría de Salomón en el pensamiento cristiano	21
BIBLIOGRAFÍA	23
Comentarios	23
Historia de la interpretación espiritual y mística	24
Estudios	24

EL LIBRO DE LA SABIDURÍA

I. DIOS, FUENTE DE VIDA (1, 1-16)	29
Un diálogo múltiple a varios niveles	30
La forma	33
La situación espiritual	35
Vértices teológicos y espirituales	38
II. UN COMBATE A FAVOR DEL DESTINO DIVINO DEL HOMBRE (1, 16 - 3, 12)	41
La trayectoria del texto (1, 16 - 5, 23)	44

La forma	45
Con la perspectiva del martirio	46
El método de la Sabiduría de Salomón	47
Dialogo y corrección en el interior de la Biblia	48
Connivencia con la muerte (1, 16 y 2, 24) ..	49
La tentación del nihilismo	51
Desesperación, placer y poder (2, 1-11)	52
«Carpe diem» (2, 1-9)	53
Adoradores del poder (2, 10-11)	54
El choque entre impíos y santos (2, 12-16) ..	54
El martirio (2, 17-20)	56
Error, ceguera, desesperación (2, 21-24)	56
La caída de los primeros hombres en Génesis 3 según una interpretación «moderna» (2, 24) ..	58
La elevación del hombre (2, 22-23)	59
La paradoja del sufrimiento de los justos que es en realidad felicidad (3, 1-4)	61
El crisol de la prueba (3, 5-7)	63
El martirio, un sacrificio (3, 6)	64
La visita de Dios y la salvación (3, 7-8)	65
Fe, esperanza y caridad desde el punto de vista del hombre (3, 9)	66
Gracia y misericordia desde el punto de vista de Dios (3, 9)	67
El contraste y la paradoja (3, 10-12)	67
Víctima y verdugo	68
 III. FUERA DE LA SABIDURÍA NO HAY SALVACIÓN PARA LA HUMANIDAD (6)	
Una cumbre de jefes de Estado	70
Poder y responsabilidad	72
Un libro para los «pequeños»	73
La sabiduría y la justicia	74
Desear la sabiduría	75
El Cantar de los Cantares en el libro de la Sabiduría	76
 IV. LA CONDICIÓN DEL HOMBRE, UN TESORO EN VASIJAS FRÁGILES	
¡Pobre vida humana!	79
La dignidad del hombre: ¿engaño o realidad? ..	80
	82

Las dignidades decepcionantes	83
La nobleza a los ojos de Dios	84
Miseria y grandeza a un tiempo	84
 V. ORACIÓN PARA OBTENER LA SABIDURÍA (9) ..	86
Un espejo de todo el libro	87
La invocación (vv. 1-4)	89
La sabiduría, reina	90
La necesidad de la sabiduría para conservar la creación (vv. 1-4)	92
La necesidad de la sabiduría para realizar la propia vocación (vv. 5-11)	94
La sabiduría es gracia de salvación (vv. 13- 18)	95
Comprender la voluntad de Dios	96
Salomón, Israel y Jesucristo	98
 VI. EL AMOR TIERNO DEL CREADOR Y UNA RE- FLEXIÓN TEOLÓGICA (11, 15 - 12, 2)	100
Una teología de las religiones	101
La paradoja: las falsas imágenes revelan al Dios verdadero	102
Castigar con suavidad (vv. 15-20)	103
Número, peso y medida (v. 20)	104
La benignidad de Dios (vv. 21-23)	105
La creación: espejo del amor tierno de Dios (11, 24 - 12, 1)	106
Ternura y castigo (12, 2)	107
«Confesiones»	108
 VII. JUSTICIA Y GRACIA (12, 15-22)	111
Otra idea de la justicia	112
Otro poder	113
Pedagogía de Dios y clave de lectura de la Biblia	114
Una lección de benignidad	115
Dos sentidos de la Escritura	115
Ternura y predilección de Dios	116
 VIII. DEL MUNDO CREADO AL DIOS CREADOR (13, 1-9)	117
Una religiosidad cósmica (vv. 1-5)	118

La firma de Dios en su obra (v. 5)	119
De lo visible a lo invisible	119
Comparación y analogía	120
Entrever a Dios a partir de la creación	121
Verdad y ambivalencia de la religión cósmica (vv. 6-9)	121
Un impulso que dura	122
IX. LA PRIMERA PASCUA EN EGIPTO Y EL SÍMBOLO DEL RESCATE DE LOS PRIMOGÉNITOS (18, 5-19)	
La justicia de Dios, fundamento de la esperanza (vv. 5-8)	125
El significado de las leyes instituidas en Pascua	127
Los santos	128
Israel, hijo de Dios	130
La palabra de Dios personificada (vv 14-16) ..	130
Castigar para vencer la obstinación	132
Los sueños, voz de la conciencia (vv. 17-19) ..	134
Las dimensiones teológicas del libro de la Sabiduría	135
	136

INTRODUCCIÓN

Título, autor, fecha

Sabiduría de Salomón o también *libro de la Sabiduría*: el hecho de que la presente obra tenga dos títulos se debe a que era costumbre de los autores antiguos no poner título a sus obras. Eran las primeras palabras —el llamado *incipit*— las que servían para identificar un texto. Y cuando más tarde los copistas y los editores se aplicaron a dar un nombre a los trabajos que había que publicar, la multiplicidad de las iniciativas produjo, como consecuencia, la variedad de los títulos.

Lo único que sabemos del autor del libro de la Sabiduría es que pone sus palabras en labios del rey Salomón. Recurre así a la llamada «pseudepigrafía», una costumbre frecuente en los comienzos de la era cristiana: consistía ésta en atribuir una obra a un personaje fallecido quizá mucho tiempo atrás, pero prestigioso y venerado. No se trataba de una simple falsificación con el objeto de engañar al lector. Este último sabía bien, lo mismo que el autor, que la atribución era inexacta. Esta costumbre se apoyaba en la convicción de que el pensamiento de los grandes profetas y de los sabios del pasado era una herencia

viva, un patrimonio no sellado: comprenderlo y apropiárselo significaba darle continuidad. En otras palabras: la «pseudepigrafía» era en el fondo expresión de fe en una tradición viva que perduraba en el curso de los siglos. El autor antiguo seguía prolongando su pensamiento en sus discípulos.

Atribuido, por tanto, al rey Salomón, gran sabio de Israel, el texto del que nos ocupamos estaba revestido de gran autoridad. Lo cual no impide que, durante toda la historia de la Iglesia, se tuviera plena conciencia de lo inexacta que era esta atribución. San Agustín y san Jerónimo señalaban que el estilo, el lenguaje y el pensamiento correspondían mucho más a la cultura del periodo judeo-helenístico que a la de la época salomónica. Es una convicción que no ha cambiado.

Las numerosas alusiones a Egipto que figuran en el texto hacen pensar en un autor hebreo que vivía en tierra egipcia. Cita el Antiguo Testamento según la versión de los Setenta, una traducción griega de la Biblia que se remonta a un periodo que va del siglo III al siglo I a. C. y que se puede situar precisamente en Egipto. La más importante colonia hebrea residía cabalmente en Alejandría, metrópoli del Egipto de los Tolomeos, una ciudad que en los dos siglos previos a la llegada del cristianismo era la más poblada del mundo mediterráneo, un centro económico y cultural cuya influencia se extendía mucho más allá de las fronteras egipcias. Podemos, pues, pensar en Alejandría como el ambiente en que vivió el autor de la Sabiduría de Salomón.

El Nuevo Testamento, y san Pablo en particular, conocen la obra. Por tanto, la fecha de composición se ha de colocar en el periodo que va de la conclusión de la traducción de los Setenta (siglo I a. C.) hasta la redacción de las cartas paulinas (siglo I d. C.). Según esto, desde el punto de vista cronológico se trata del último libro del Antiguo Testamento.

No es fácil trazar la estructura del libro de la Sabiduría. Es verdad que los libros de la Antigüedad, en general, no tienen las características de unidad y de homogeneidad literaria y temática que identifican una obra escrita en nuestros días; pero la Sabiduría de Salomón desconcierta al autor moderno por el aparente desequilibrio de sus partes. El mismo tema de la «sabiduría», que es el que da el título al libro, no aparece en todos los capítulos. De ahí que tanto las traducciones de la Biblia como los comentarios propongan interpretaciones sobre la estructura de este texto a veces divergentes entre sí.

No obstante, parece que la «antítesis entre los justos y los impíos» parece recorrer el libro de punta a cabo. Éste es el tema de fondo y el denominador común de los varios capítulos. Todo gira en torno al antagonismo radical entre los santos y sus irreducibles enemigos. Si hubiera que dar otro título a la Sabiduría de Salomón podríamos formularlo así: «La justicia es más fuerte. Los oprimidos y perseguidos triunfan sobre los injustos opresores y perseguidores». Toda la historia humana y la vida de los individuos estriban en esta contraposición. Y cada cual ha de hacer su elección. Tal es la trama de fondo de todos los acontecimientos de la historia.

A la luz de esta antítesis que domina sobre todas las realidades se puede trazar un esquema del libro: tras el prólogo, que anuncia desde el comienzo la oposición entre justicia e impiedad (1, 1-16), el primer contraste entre justos e impíos constituye algo así como un *acto primero* (1, 17 - 5, 23). Los justos se ven sometidos a la persecución por parte de los impíos, hasta el martirio. Pero sólo sucumben aparentemente. En realidad, alcanzan la inmortalidad al lado de Dios; mientras que los impíos, a primera

vista vencedores, se hunden en la desesperación de la muerte. El horizonte es la vida eterna prometida a los mártires.

En el *acto segundo* entra en escena la sabiduría (cc. 6-9). Ésta es la luz divina que lleva a escoger la justicia y a rechazar la impiedad. La necesitan particularmente los reyes, pues éstos tienen poder sobre una multitud de pueblos. Pueden proteger a los justos y pueden perseguirlos. De ahí que esta sección, como también el prólogo (1, 1-16), se dirija de modo especial a los soberanos.

En esta parte la oración reviste una función central (7, 7-21; 9, 1-18). En efecto, puesto que la sabiduría es divina, sólo Dios puede darla (8, 17-21). Nunca podrá el hombre procurársela con sus propias fuerzas. Sólo puede recibirla como gracia.

El *acto tercero* (cc. 10-19) abandona el tema de los mártires de la época reciente y contemporánea (*acto primero*) y el de la sabiduría, condición necesaria para elegir la justicia y rechazar la impiedad (*acto segundo*). El conflicto entre justos e impíos se despliega ahora en la historia de los orígenes del pueblo de Israel. Según la Biblia, los orígenes son los acontecimientos de la salida de Israel de Egipto. Pero estos hechos están precedidos por el preludio de la historia de los orígenes (*Gén* 1 - 11) y de los patriarcas (*Gén* 12 - 50) y por un resumen de todo el Pentateuco: la salida de Egipto, la travesía del desierto, la entrada en la tierra prometida (*Sab* 10, 16 - 11, 3). Esta síntesis del Pentateuco prepara el relato principal de los sucesos anteriores y posteriores a la salida de Israel de Egipto (*Sab* 11 - 19).

El *acto tercero* es, en realidad, el centro del libro. Los otros dos lo preparan y lo sitúan en el horizonte actual, en el que la palabra de los orígenes alcanza todo su significado de luz para el momento presente.

El *acto tercero* se compone de ocho escenas que enfrentan a los justos con los impíos en contiendas construidas en torno a las plagas de Egipto, ruina para los segundos y salvación para los primeros. Pero la Sabiduría de Salomón no procede por capítulos bien definidos, por unidades perfectamente diferenciadas unas de otras. Le gusta la transición gradual de lo que precede a lo que sigue. Ni siquiera fuerza a seguir un orden cronológico. En 11, 4-14, por ejemplo, en la primera antítesis en torno al tema del agua, esta última es transformada en sangre para ruina de los injustos egipcios. Es una alusión a la primera plaga de Egipto (*Éx* 7, 14-25). En contraste con ella, el agua que brota en el desierto es la salvación de Israel. La Sabiduría de Salomón recuerda así el episodio de la travesía del desierto (*Éx* 17, 1-7; *Núm* 20, 2-13). Sin embargo, presenta primero el agua que manaba de la roca (11, 4) y sólo a continuación el agua convertida en sangre (11, 6). Es el orden inverso a la secuencia cronológica de los acontecimientos.

Además, las ocho escenas contienen desarrollos que van más allá del tema de la antítesis entre justos e impíos. Hallamos una teología profunda sobre la paciencia de Dios y el sentido de sus castigos (11, 17 - 12, 22) y sobre el culto a los ídolos.

Las ocho escenas en que se contraponen la suerte de los inocentes (los israelitas injustamente perseguidos) a la de los impíos (los egipcios perseguidores) son las siguientes: la primera es la del agua, vida para los justos y muerte para los injustos (11, 4-14); la segunda, la de los animales de las plagas de Egipto: ranas (*Éx* 8, 1-2), mosquitos (*Éx* 8, 13-14), tábanos (*Éx* 8, 20), langosta (*Éx* 10, 12-15) y avispas (*Jos* 24, 12), castigo para los perseguidores pero inocuos para Israel (11, 15 - 12, 27); la tercera (16, 1-4), la de las ranas para Egipto (*Éx* 8, 1-2), mientras que Israel recibía codornices en el desierto (*Éx* 16, 9-13); la cuar-

ta, la de la langosta y los mosquitos en Egipto (*Éx* 10, 12-15; 8, 13-14), mortales para los habitantes del país, mientras que, al contrario, Dios había dado remedio a los israelitas (16, 5-15) para las serpientes venenosas del desierto (*Núm* 21, 4-9); la quinta (16, 16-29), la del granizo y el rayo (*Éx* 9, 24-25) para Egipto, donde el agua y el fuego unían sus fuerzas devastadoras, mientras que Israel era alimentado con maná en el desierto (*Éx* 16); la sexta (17, 1 - 18, 4), la de las tinieblas sobre Egipto, y de la luz y la columna de fuego (*Éx* 13, 21-22); la séptima (18, 5-25), la del exterminador de los primogénitos de Egipto (*Éx* 12) y la liberación de los hijos primogénitos de Israel; la octava (18, 20 - 19, 17), la de la salvación de Israel a través del paso abierto en las aguas frente al azote exterminador (*Núm* 17, 6-15) del que fue salvado el pueblo gracias a la intercesión del sumo sacerdote Aarón, mientras que los egipcios perecían arrastrados por las olas del Mar Rojo (*Éx* 14).

Las ocho antítesis se cierran con un epílogo (19, 18-22), al igual que habían sido introducidas con un prólogo (10, 1 - 11, 3). El epílogo resume una vez más la protección con que el Señor rodea a su pueblo inocente, perseguido por los impíos.

Estilo, fuentes del pensamiento, género literario, destinatarios

La Sabiduría de Salomón se escribió en griego. No es la traducción de un original compuesto en hebreo o en arameo, como lo son los libros de Tobías, del Eclesiástico o el primer libro de los Macabeos.

El autor sigue el estilo de la poesía bíblica, que se caracteriza por el paralelismo, en el que a cada verso le corresponde otro gemelo que recoge el primero introduciendo en él una variación.

La poesía se expresa también en la abundancia y en la originalidad de las imágenes y las metáforas. La Sabiduría de Salomón contiene algunas de singular belleza. No obstante, en algún pasaje la expresión cobra tonos retóricos. De esta obra se podría obtener todo un repertorio de figuras estilísticas. A menudo aflora el gusto de los escritores helenistas por los colores vivos y las escenas dramáticas. No escasean los epítetos y los adverbios. El ideal estilístico no es ciertamente el de una expresión desnuda. El lenguaje busca las emociones, intenta suscitarlas.

El libro de la Sabiduría se encuentra en la encrucijada de la Biblia con la cultura retórica helenística. La Biblia del Antiguo Testamento está presente por doquier. El *tercer acto* (*Sab* 10 - 19) es un comentario libre del Éxodo y de otros pasajes del Pentateuco. Algunos autores lo llaman *midrash*, término técnico de la exégesis hebrea de los primeros siglos de nuestra era. Consiste en la explicación de un texto bíblico mediante cierto número de recursos interpretativos, como la yuxtaposición del pasaje que hay que comentar con otro texto bíblico, la transposición del significado de una palabra a un contexto distinto del originario, el recurso de inventar historias o parábolas ejemplificadoras, la sustitución de una expresión del texto por otra que podría haberse encontrado en su lugar.

La presencia de dichos procedimientos interpretativos es evidente en el libro de la Sabiduría. En efecto, también él relaciona textos bíblicos distantes entre sí y amplifica las narraciones aportando nuevos rasgos. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando asocia el culto teriomorfo de Egipto (la representación de ciertas divinidades bajo forma animal) con los animales de las plagas: ranas, mosquitos, avispa.

Sin embargo, la Sabiduría de Salomón no se limita a comentar el texto bíblico. Pretende ser mucho

más que un comentario. Explica la Escritura a creyentes oprimidos social y políticamente a causa de su religión. Es una obra destinada a reforzar la fe de quien se ve obligado a perseverar en la lucha contra un ambiente hostil y poderoso. Todo el origen de Israel es la historia de un pueblo mártir que ha tenido que resistir a la persecución y al que el Señor ha librado pidiendo cuentas de su obrar a los perseguidores. Lo que sucedió entonces se verifica también hoy: éste es el mensaje del libro, dirigido a personas puestas a prueba a causa de su convicción religiosa.

La Sabiduría de Salomón es, pues, un escrito de exhortación, un libro de consuelo dirigido a una comunidad expuesta incluso al riesgo de padecer martirio.

El autor está impregnado de reminiscencias bíblicas. Las alusiones a los Salmos, a los profetas y a los libros históricos son continuas. Se critica severamente al Eclesiastés (o Qohélet) por su escepticismo, nocivo para una fe sometida a prueba. Pero hay otra corriente que impregna su discurso: el pensamiento filosófico griego. Y en la época helenística, la filosofía tenía rasgos propios de la religión. En efecto, era al mismo tiempo un pensamiento y un estilo de vida, con sus principios éticos y ascéticos. Esto debía de fascinar a un buen número de hebreos. ¿No se parecía acaso a la disciplina de vida que la Torah, la Ley de Dios, prescribía al judaísmo?

La Sabiduría de Salomón no está cerrada a las formas de pensamiento y de vida del mundo helenístico. Por eso se vale de expresiones corrientes en los distintos ambientes de aquella cultura. Pero va más allá, y acerca ciertas ideas bíblicas a concepciones filosóficas en las que, sin embargo, no profundiza. En 11, 17 se puede reconocer una alusión al *Timeo* de Platón. No es el único ejemplo de contacto entre un filósofo y el libro de la Sabiduría. Hay muchos más.

Esta presencia de temas e ideas del mundo helénistico del siglo I a. C. en un texto profundamente empapado de tradición bíblica es lo que le da al libro de la Sabiduría un aspecto único entre los demás libros de la Biblia. Ningún otro escritor del Antiguo o del Nuevo Testamento refleja tal simbiosis entre teología bíblica y apertura a la filosofía griega.

Doctrina y riqueza espiritual

La Sabiduría de Salomón nace de la experiencia de la dificultad de creer en Dios. La fe en Dios corre el riesgo de verse aplastada bajo el peso de los antagonismos que suscita. Las fuerzas hostiles a los creyentes parecen llevar la mejor parte, y los que perseveran se exponen a morir mártires. Es, pues, absolutamente necesario mirar con fe para descubrir la presencia dinámica del Creador en el curso de los acontecimientos.

Un punto central de esta fe es la espera de la vida inmortal. Toda la primera parte del libro (1, 16 - 5, 23) está dedicada a esta esperanza. Ésta permite afrontar la batalla de la fe con la certeza de la victoria de Dios. En efecto, Dios es justo y recompensa a los santos. No hay poder humano que pueda competir con el poder soberano del creador.

La mirada de la fe es, pues, más penetrante que la del mundo. El ojo exterior experimenta desde fuera la opresión de los inocentes y los ve sucumbir sin defensa. Nadie los salva. Pero se trata de una falsa impresión. La verdad es otra. Se requiere una percepción más profunda para captar la realidad en sus verdaderas dimensiones. Esta percepción es la *sabiduría*.

Ésta es, ante todo, la mirada y el pensamiento con que Dios gobierna el mundo y sus acontecimientos. Es el saber, el conocimiento, la visión suprema que

abarca todas las cosas de un extremo al otro. Es una capacidad propia de Dios. Pero él la comparte con los hombres. Se la envía, se la da. Pueden acogerla, si quieren; pueden disponerse debidamente a recibirla.

La sabiduría les permite, pues, a los hombres compartir el pensamiento de Dios. Los eleva por encima de ellos mismos. Los lleva más arriba, más allá de los límites que ha fijado la naturaleza. Gracias a la sabiduría, la naturaleza humana trasciende sus propias posibilidades.

Ésta es la sabiduría que ha irradiado sus rayos triunfales sobre la historia de los orígenes del pueblo de Israel. En efecto, en esta historia se narra la intervención de Dios para proteger a los inocentes. El Egipto de entonces representa todos los regímenes tiránicos y totalitarios, perseguidores de los creyentes. Un contexto en el que se puede asistir, según la lectura que el libro de la Sabiduría hace del Pentateuco –y del Éxodo en particular– al despliegue de los medios que el Creador emplea para salvar al Israel inocente y detener la mano del perseguidor.

Y, sin embargo, no es el castigo de la venganza lo que se abate sobre los injustos. Las medidas que Dios se ve forzado a adoptar para proteger a los justos perseguidos son tales que los culpables, si quisieran meditar sobre ellas, podrían volverse hacia el Señor. Él los hiere, no para castigarlos o para aniquilarlos, sino para inducirlos a cambiar de mentalidad, a ver las cosas de manera distinta, a abandonar su falsa confianza en sí mismos y en su propio poder. Así, pues, el castigo de Dios tiene dos efectos: liberar a los oprimidos de sus opresores y de la muerte y ofrecer a los injustos una ocasión para volver a Dios y participar así en su salvación.

La injusticia no consiste sólo en la persecución de los creyentes. Asume también la forma del hedonismo y del escepticismo, adoptados como filosofía vital.

En 7, 1-6 aflora, en efecto, una concepción «materia- lista» de la vida. La Sabiduría de Salomón está am- bientada en un mundo en que las religiones naciona- les pierden la fuerza que las había impuesto hasta ese momento como norma universal. Los hombres cultos que vivían en los grandes centros urbanos y coexistían con religiones y corrientes de pensamiento distintas, podían elegir ya entre varias filosofías. El judaísmo no escapa a esta suerte común a las religiones tradicio- nales. Los hebreos pueden abandonarlo para abrazar otra religión más ventajosa socialmente. Es la apostasía: una «impiedad» para el libro de la Sabiduría.

En Egipto el politeísmo es la religión tradicional. Es sumamente antiguo. En la época griega, el Egip- to tolemaico, gobernado por una aristocracia de grie- gos inmigrados, ha helenizado sin duda alguna esta religión que se expresa en los cultos, en los santua- rios y en las ceremonias solemnes. Una religión que, sin embargo, conserva sus rasgos antiguos, patrimo- nio de una historia multimilenaria. Es la religión del Estado, de la corte real, de las clases influyentes y de las masas populares. Ser hebreo significa, por tanto, hallarse excluido de este aspecto importante de la vida del país. De ahí la gran tentación de querer tomar parte, sin sentirse culpable por ello, en este mundo en que el elemento social y el elemento cul- tual están inextricablemente vinculados. Para mante- ner la fidelidad a la religión hebrea, la Sabiduría de Salomón desarrolla una apologética en dos direccio- nes: demostrar, a partir del mundo creado, que exis- te un solo Dios, y poner de manifiesto los aspectos débiles del politeísmo, o sea, la representación in- digna de los dioses bajo forma de animales, las prác- ticas de culto abominables, como por ejemplo el ca- nibalismo (*Sab* 12, 5), las imágenes idolátricas vacías de todo poder. El libro de la Sabiduría propone una explicación del politeísmo: habría nacido de imáge-

nes de los difuntos (Egipto las erigió siempre, incluso en la época de los Tolomeos), consideradas paulatinamente dignas de culto (14, 12-21). Con el fin de presentar una defensa apologética de la fe hebrea, el autor del libro de la Sabiduría se sirve de la historia y de la crítica de religiones y de filosofías como temas importantes en su obra.

¿Cómo definir la espiritualidad del libro de la Sabiduría? En ella es esencial la experiencia de una fe que puede llevar al martirio. Puede exigir el heroísmo. La adhesión a Dios puede costarles la vida a los creyentes. Es, pues, una espiritualidad de compromiso radical. La fe en Dios no es una broma.

Además, es una espiritualidad marcada por la fidelidad absoluta a la fe de Israel, heredada de los antepasados y expresada en la Sagrada Escritura. En ella se encierra la fuerza que hace falta para afrontar la hostilidad del mundo hacia la religión hebrea.

Es una fidelidad arraigada en la historia del pueblo de Israel tal como la narra la Biblia. Sobre todo la creación y los orígenes del pueblo que Dios ha librado de Egipto constituyen la roca en que se asienta esta confianza. Dios, creador y padre de este pueblo, protegió entonces a sus hijos. ¿No lo hará también ahora, en el momento de una nueva crisis?

Esta confianza, fuerza de los mártires, saca su vigor de la idea de Dios. Dios es omnipotente y, por ello mismo, paciente y misericordioso. Su omnipotencia creadora infunde la certeza de que nada podrá resistírsele cuando haya decidido salvar a sus fieles. La mansedumbre, fruto de su poder, hace que los creyentes lo amen con ternura.

Dios concede a los hombres compartir sus pensamientos, enviándoles su sabiduría. Los justos que la reciben participan así en el mundo interior del Señor. Están unidos a Él gracias a la sabiduría, común a Dios y a ellos. El don de la sabiduría los eleva hacia él. Está

en medio, es un puente entre Dios y ellos. El compartir, invisible pero real, entre Dios y el hombre está en el centro de la teología del libro de la Sabiduría. Es lícito llamar mística a esta teología, si se entiende el término como participación misteriosa, pero real, del hombre en la vida y en el pensamiento de Dios.

Un último rasgo de la espiritualidad de la Sabiduría de Salomón es el sentimiento de la belleza de Dios y de su obra. De toda la Biblia, el libro de la Sabiduría es uno de los que más ponen de relieve el esplendor que rodea a Dios y su creación. Las expresiones que indican la belleza, la luz, el fulgor aparecen abundantemente en esta obra. Una belleza que es signo de la adorable trascendencia de Dios.

La Sabiduría de Salomón en el pensamiento cristiano

El libro de la Sabiduría entró junto con toda la versión griega de los Setenta en el canon bíblico cristiano. Por su parte, el judaísmo, al comienzo de la era cristiana, optó por una Sagrada Escritura exclusivamente hebrea y aramea. Era la Biblia de los hebreos de Palestina y pasó a ser la de todos los hebreos. Los cristianos vacilaron en seguir al judaísmo por este camino. Algunos, como san Jerónimo, se inclinaban a hacerlo; otros, como Orígenes y san Agustín, siguieron incluyendo en la lista de los libros canónicos los que formaban parte de la Biblia de los Setenta, y que el judaísmo no consideraba Sagrada Escritura. Al final, estos libros fueron reconocidos por la Iglesia católica y la ortodoxa como parte integrante de la Biblia, mientras que las Iglesias protestantes, aun teniéndolos en gran estima, no aceptaron considerarlos como canónicos.

El Nuevo Testamento tiene conocimiento de la Sabiduría de Salomón. En particular, el primer capítu-

lo de la Carta a los Romanos lleva la huella de *Sab* 13, 1-9, y es posible que también el prólogo del Evangelio de san Juan presuponga el conocimiento de este libro. La sabiduría real y la palabra divina que Dios envía a los hombres son figuras que sirven, en varios pasajes del Nuevo Testamento, como clave de interpretación teológica para comprender la misión del Hijo enviado por Dios (*Heb* 1, 3; *Col* 1, 15-20).

Los cristianos, más que leer el libro de la Sabiduría por entero desde la primera hasta la última palabra, le han tenido querencia por algunas expresiones suyas que se ha apropiado la liturgia, como por ejemplo 1, 7, con referencia a Pentecostés; 18, 14-15, con referencia a la Navidad; 16, 20, con referencia a la fiesta del Corpus Domini.

La sabiduría, sentada sobre el trono divino como reina al lado de Dios y enviada a la tierra para asistir a los hombres en las dificultades de sus tareas, estaba destinada a ser una piedra del edificio de la teología trinitaria cristiana, aportándole el concepto de una hipóstasis en Dios y el de la «misión» de las Personas divinas.

El místico renano Enrique Susón (siglo XIV) profesaba en su corazón un afecto especialmente tierno hacia la Sabiduría. De esta «reina» (*Sab* 9) hizo él la esposa venerada, a la que dedicaba todos sus servicios, a la manera de un caballero o de un trovador que dedica su valor y sus gestas a la dama amada con amor cortés. Por eso, siguiendo la estela del libro de la Sabiduría, dos de sus obras llevan en el título este término: el *Librito de la Sabiduría eterna* y el *Reloj de la Sabiduría*. Susón supo percibir la impronta de la belleza y de la ternura en la Sabiduría de Salomón. Pero también fue sensible, gracias a las experiencias de su vida, a la lucha entre los justos y los impíos: un choque del que el libro de la Sabiduría se hace eco con tonos graves en el coro de los textos bíblicos.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios

- Conti, M., *Sapienza*, en *La Bibbia. Nuovissima versione dai testi originali*, vol. II, Cinisello Balsamo 1991, 805-886.
- Larcher, C., *Études sur le livre de la Sagesse*, Paris 1969.
- *Le livre de la Sagesse ou la Sagesse de Salomon*, 3 vol., Paris 1983-85.
- Scarpato, G., *Libro della Sapienza*, en *Biblica. Testi e studi*, vol. I, Paideia, Brescia 1989.
- Vaccari, A., *La sapienza*, en *La Sacra Bibbia*, Pontificio Istituto Biblico, Firenze 1961, 1147-1177.
- Vílchez, J., *Sapienciales, V. Sabiduría*, en *Nueva Biblia Española*, Verbo Divino, Estella 1990.
- *Sabiduría. Comentario teológico y literario*, Verbo Divino, Estella 1990.
- Ziener, G., *Il libro della Sapienza*, Roma 1972.

Historia de la interpretación espiritual y mística

- Susone, E., *Opere spirituali*, ed. B. de Blasio, OP, Paoline, Milano 1971.

- Adinolfi, M., *Il messianismo di Sap. 2, 12-20*, en *Il messianismo. Atti della XVIII Settimana dell'Associazione Biblica Italiana*, Paideia, Brescia 1966, 205-217.
- Beaucamp E., *I saggi d'Israele guida all'esperienza di Dio*, Paoline, Milán 1964.
- Bizzetti, P., *Il libro della Sapienza. Struttura e genere letterario*, en *Supplemento della Rivista Biblica*, vol. XI, Paideia, Brescia 1984.
- Busto Saiz, J. R., *La intención del midrás del libro de la Sabiduría sobre el Éxodo*, en *Salvación en la Palabra* (en memoria del Prof. A. Díez Macho), Madrid 1986, 65-78.
- *La justicia es inmortal. Una lectura del Libro de la Sabiduría de Salomón*, en col. *Presencia Teológica*, vol. LXIX, Sal Terrae, Santander 1992.
- Castellino, G., *Il paganesimo di Romani 1, Sapienza 13 - 14 e la storia delle religioni*, en *Studiorum Paulinorum Congr. Intern. Cath. 1961*, vol. 11 (*Analecta Biblica*, vol. XVIII), Pontificio Istituto Biblico, Roma 1963, 255-263.
- Conti, M., *L'umanesimo ateo nel libro della Sapienza*, in *Antonianum*, 49 (1974), 423 -447.
- Dell'Olmo, M., *Creazione. Storia della salvezza e destino dell' uomo. Il significato e l'attualità spirituale del capitolo 19 della Sapienza*, en *Rivista Biblica*, 37 (1989), 317-327.
- Emanuele da S. Marco, «*L'ira di Dio si manifesta in ogni genere di empietà e di ingiustizia*» (Rom 1, 18) (*Confronti con Sap cc. 13-15*), en *Studiorum Paulinorum Congr. Intern. Cath. 1961*, vol. I (*Analecta Biblica*, vol. XVII), Pontificio Istituto Biblico, Roma 1963, 259-269.
- Festorazzi, F., *La Sapienza e la storia della salvezza*, en *Rivista Biblica*, 15 (1967), 158-161.

- Gilbert, M., *La structure de la prière de Salomon* (Sg 9), en *Biblica* 51 (1970), 301-331.
- *La critique des dieux dans le Livre de la Sagesse* (Sg 13-15), en *Biblica* 53 (Roma 1973).
 - *La connaissance de Dieu selon le Livre de la Sagesse*, en *La notion biblique de Dieu*, Leuven-Gembloux 1976, 191-210.
 - *L'antropologia del libro della Sapienza*, en *L'antropologia biblica. Studio biblico teologico aquilano*, ed. G. De Gennaro, Dehoniane, Napoli 1981, 245-257 y 262-273.
 - *Spirito, Sapienza e Legge secondo Ben Sira e il libro della Sapienza*, en *Parola, Spirito e Vita*, 4 (1981), 65-73.
 - *Il cosmo secondo il libro della Sapienza*, en *Il cosmo nella Bibbia. Studio biblico teologico aquilano*, ed. G. De Gennaro, Dehoniane, Napoli 1982, 189-199.
- Kolarcik, M., *The Ambiguity of Death in the Book of Wisdom 1 - 6. A Study of Literary Structure and Interpretation*, en *Analecta Biblica*, vol. CXXVII, Pontificio Istituto Biblico, Roma 1991, 255-263.
- Mattioli, A., *Felicità e virtù. La dottrina della Sapienza nel brano macarico per le sterili e gli eunuchi* (Sap 3, 13 - 4, 6), en *Gesù apostolo e sommo sacerdote. Studi biblici in memoria di P. T. Ballarini*, Marietti, Casale Monferrato 1984, 23-49.
- Perrenchio, F., *Struttura e analisi letteraria di Sapienza 1, 1-15, nel quadro del suo contesto letterario immediato*, en *Salesianum*, 37 (1975), 289-325.
- *Struttura e analisi letteraria di Sapienza 1, 1 6 - 2, 24 e 5, 1-23*, en *Salesianum*, 43 (1981), 3-43.
- Priotto, M., *Il significato del confronto Egitto-Sodoma in Sap 19, 13-17*, en *Rivista Biblica*, 32 (1984), 369-394.

- *La prima Pasqua in Sap 18, 5-25. Rilettura e attualizzazione*, en *Supplemento della Rivista Biblica*, vol. X-V, Paideia, Bologna 1987.
- Scarpat, G., *Ancora sull'autore del Libro della Sapienza*, en *Rivista Biblica*, 15 (1967), 171-189.
- *Ancora sulla data della Sapientia Salomonis. Il termine διόγνωσις (Sap 3, 18; At 25, 21)*, en *Rivista Biblica*, 36 (1988), 363-375.
- *Una speranza piena d'immortalità (Sap 3, 4)*, en *Rivista Biblica*, 36 (1988), 487-494.
- Sisti, A., *Vita e morte nel libro della Sapienza*, en *Bibbia e Oriente*, 25 (1983), 49-61.
- *La morte prematura in Sap 4, 7-17*, en *Rivista Biblica*, 31 (1983), 130-146.

EL LIBRO DE LA SABIDURÍA

I

DIOS, FUENTE DE VIDA (Sab 1, 1-16)

¹*Amad la justicia los que juzgáis la tierra;
pensad rectamente del Señor
y buscadlo con sencillez de corazón.*

²*Porque se deja encontrar por quienes no lo tienen,*

se manifiesta a quienes de él no desconfían.

³*Los torcidos pensamientos alejan de Dios,
y la omnipotencia, puesta a prueba, rechaza a los
insensatos.*

⁴*Porque la sabiduría no entrará en alma que obra
el mal,*

ni morará en cuerpo sometido al pecado.

⁵*Pues el espíritu santo que instruye huirá del engaño,*

*se alejará de necios razonamientos,
y será rechazado al sobrevenir la injusticia.*

⁶*La sabiduría es espíritu que ama al hombre;
mas no dejará impune al de labios blasfemos,
porque Dios es testigo de sus recónditos impulsos
y fiel observador de su corazón
y escucha cuanto dice su lengua.*

⁷Porque el espíritu del Señor ha llenado el mundo
y el que todo lo abarca tiene conocimiento de cuanto se habla.

⁸Por eso, quien profiera injusticias no quedará oculto,
ni la justicia vengadora pasará ante él de largo.

⁹Se hará un examen de los designios del impío;
el rumor de sus palabras llegará al Señor
para castigo de sus iniquidades.

¹⁰Porque el oído celoso de Dios todo lo escucha,
y el murmullo de las murmuraciones no le pasa
inadvertido.

¹¹Guardaos, pues, de la inútil murmuración
y preservad la lengua de maledicencia;
porque no saldrá inútilmente la palabra oculta,
y la boca mentirosa da muerte al alma.

¹²No busquéis la muerte con el extravío de vuestra vida,
no os atraigáis la ruina con las obras de vuestras
manos.

¹³Porque Dios no ha hecho la muerte,
ni se goza en la perdición de los vivientes.

¹⁴Creó todas las cosas para que existieran,
y las criaturas del mundo son saludables;
no hay en ellas veneno pernicioso,
ni el imperio del hades está sobre la tierra;

¹⁵porque la justicia es inmortal.

¹⁶Mas los impíos llaman a la muerte con las manos
y las obras.

Tomándola por amiga, se perecen por ella;
y con ella conciertan un pacto,
porque son dignos de ser de su partido.

Un diálogo múltiple a varios niveles

El libro de la Sabiduría se dirige a los reyes de la tierra. Se los llama «jueces» (v. 1). En el mundo

antiguo no existía la división de poderes, como tampoco en la Edad Media. La suprema autoridad política era al mismo tiempo el máximo poder judicial. Los «jueces» son, pues, reyes. Lo confirma *Sab* 6, 1 (cf. c. III).

El libro de la Sabiduría nos introduce en un discurso directo, pronunciado por Salomón ante una asamblea de reyes, hombres de su mismo rango. Que sea Salomón quien dirige la palabra se desprende con toda evidencia de *Sab* 7 y 9 (cf. cc. IV y V). El contexto es el de una comunicación; y esto, en el libro de la Sabiduría, no puede dejar de sorprender. El autor pone sus palabras en boca del célebre rey y sabio de la antigüedad israelita. Nueve siglos lo separan de Salomón. En efecto, éste muere hacia el 925 a. C., mientras que el autor del libro de la Sabiduría vive en el siglo I a. C. ¿Qué lo ha inducido a hablar a sus contemporáneos a través de la figura de Salomón? ¿Qué lo ha movido a imaginar que los interlocutores de este último son reyes paganos? Nos hemos adentrado así en el contexto de una comunicación doblemente traspuesta: un autor imaginario se dirige a un público imaginario, mientras que el autor real y su público real se ocultan detrás de la figura de un famoso rey de Israel de otros tiempos y de una asamblea de reyes de una época pasada. ¿Cuál es el sentido de esta representación que ha ideado para sí y para los lectores el desconocido autor del libro de la Sabiduría?

La respuesta no es sencilla. Pero es la clave para comprender lo que quiere comunicarnos a sus lectores el libro de la Sabiduría. El rey Salomón es el príncipe de los sabios de la historia bíblica, en la que se narra la amplitud de sus conocimientos y la variedad de sus manifestaciones (*1 Re* 5, 9-13). Su sabiduría gozaba de fama universal (*1 Re* 5, 14), y personalidades eminentes como la reina de Saba, de Ara-

bia del sur (Yemen), acudían de lejos para conocer a este rey filósofo (1 Re 10). La sabiduría de Salomón era un don de Dios. Al comienzo de su reinado él le había pedido a Dios que se la concediera, prefiriéndola a los éxitos militares y económicos. Dios se le había aparecido en sueños y se lo había prometido (1 Re 3, 1-15). Así pues, la sabiduría de que estaba dotado Salomón era excelsa y divina.

Por su parte, el mundo griego antiguo había aprendido de Platón que las dificultades del gobierno político exigían las competencias más elevadas para realizar una sociedad feliz, y que estas competencias se encontraban en el filósofo. Por consiguiente, el filósofo debía ser rey. El autor del libro de la Sabiduría está al corriente de esta concepción platónica expuesta en la *República*. En su opinión, Salomón había encarnado el ideal del filósofo ateniense, con cinco siglos de anticipación, en la capital de Jerusalén. Dicho con otras palabras: el rey Salomón tiene algo que decir a un mundo que está en busca del sistema político y filosófico más idóneo. De ahí que la elección recaiga en él por su condición de rey y filósofo y que se recoja de sus labios una enseñanza de verdadera sabiduría, que pueda interesar, no sólo a los lectores hebreos, sino también a posibles lectores griegos abiertos a las cuestiones filosóficas.

Por esta misma razón se escenifica una asamblea de reyes que han acudido a escuchar la sabiduría del famoso Salomón. Los reyes representan a los que en toda época tienen necesidad de la sabiduría para llevar a cabo acertadamente las difíciles responsabilidades de gobierno que tienen encomendadas.

Los primeros destinatarios del libro de la Sabiduría, los hebreos de Alejandría del siglo I, y nosotros, los lectores de hoy, somos, pues, algo así como invitados que, detrás de los reyes y como entre bas-

tidores, por así decir, asistimos a la enseñanza del gran rey-filósofo Salomón. De este modo nos beneficiaremos de una sabiduría de altísimo nivel, como es la que se nos trasmite.

La sabiduría consiste en la competencia de los gobernantes que el mundo necesita para ser feliz y vivir en paz. Su función es dirigir a los hombres, organizar la sociedad, guiar la existencia. En una palabra, es una verdadera filosofía, una filosofía propiamente dicha. Tal es el programa ambicioso del libro de la Sabiduría. Estamos invitados a leerlo con la confianza de que también nosotros hallaremos en él la «filosofía» que oriente nuestra existencia hacia Dios.

La forma

El autor de este libro se expresa con el estilo de quien se ha formado en la poesía bíblica. Le gusta comparar breves pasajes de pocas líneas y señalar sus correspondencias. Estas unidades expresivas compuestas de dos o tres versículos paralelos son características de la poesía bíblica, desde los poemas más antiguos hasta el libro de la Sabiduría.

Al poner sus palabras en boca de Salomón, el autor tiene que emplear necesariamente un lenguaje y unas formas poéticas, ya que es precisamente la expresión poética la que se atribuye en la Biblia al rey Salomón (*1 Re* 5, 12; *Prov* 10, 1; *Cant* 1, 1). Pero ésta no es la única razón. La forma poética posee una eficacia persuasiva especial. Los ritmos, la originalidad de las expresiones y la impresión que las imágenes y metáforas producen en nuestra mente dan al verbo poético un relieve que no poseen las demás formas que toma la palabra humana.

La sabiduría es una forma específica del espíritu. Eleva el pensamiento humano a un nivel superior. Debe, por tanto, expresarse en un lenguaje adecuado: el poético. Un lenguaje que libera al lector de conceptos estereotipados y lo entrega a la emoción. El espíritu y el corazón se sienten cautivados, la atención se despierta una y otra vez. Es la disposición que se requiere para que la sabiduría pueda hacerse escuchar.

El concepto de «justicia» casi hace de marco al primer capítulo de este libro (vv. 1 y 15). «Justicia» que significa en este caso, como a menudo en la Biblia, una correspondencia perfecta entre Dios y el hombre. El capítulo se abre con tres imperativos: «amad», «pensad», «buscad». Y se cierra con cuatro avisos: «guardaos», «preservad», «no busquéis», «no os atraigáis» (vv. 11-12). Los imperativos del v. 1 dirigen una llamada apremiante al corazón: «¡amad!», a la mente: «¡pensad!», a los ojos y a las piernas: «¡buscad!». Corazón, mente y movimiento activo del hombre están implicados en el encuentro con la sabiduría. Éste es el arranque del libro.

Por su parte, la conclusión pone en guardia contra determinados peligros: hay que guardarse de la murmuración y de la calumnia, y no atraer sobre sí la muerte y la ruina.

Así pues, el primer capítulo pone la justicia o armonía del hombre con Dios como alternativa al hablar insensato contra Dios, al insulto que es causa de muerte y de ruina.

Nos vemos, pues, conducidos de inmediato al núcleo del drama: Dios puede convertirse en objeto de críticas por su modo de gobernar el mundo. ¿Cómo ha podido crear un mundo así? El libro de la Sabiduría quiere remover los obstáculos que impiden a los hombres creer en Dios.

¿Qué dificultad tenían los hombres de aquel tiempo para creer en Dios? ¿Era acaso una dificultad semejante a la de nuestros días?

Las expresiones que emplea el libro para identificar a los que no creen son reveladoras. Es gente que tiente a Dios y que no tiene confianza en él (v. 2); sus razonamientos son torcidos e insensatos (v. 3); planean hacer el mal y son esclavos del pecado (v. 4); practican el engaño, son necios e injustos (v. 5); Dios les pedirá cuentas de los crímenes cometidos (vv. 6-10). Ellos piensan, por su parte, que Dios no conoce o no se ocupa de lo que sucede en la tierra. De ahí sus murmuraciones y sus maledicciones (vv. 10-11).

Con un desarrollo que sorprende, el libro de la Sabiduría concluye que cuantos se comportan de ese modo caminan hacia la muerte (vv. 12 y 16). ¡Es una cultura de la muerte, y no de la vida, la que construyen quienes rechazan a Dios! Porque Dios está en los antípodas de la muerte. El libro de la Sabiduría llega a afirmar que Dios no ha creado la muerte del hombre. La muerte no es una criatura de Dios.

En definitiva, el libro de la Sabiduría ve en la justicia, entendida como sintonía del hombre con Dios, una garantía de vida; por el contrario, el desconocimiento de Dios obra al servicio de la muerte. El escepticismo respecto a la fe en Dios es un veneno suministrado a la vida.

Los escépticos a que alude la sabiduría se han expresado ya en otros lugares de la Escritura. El v. 16 es un eco de Isaías: «Sellamos una alianza con la muerte, hicimos un pacto con el sheol. El azote inundante, cuando pase, no nos alcanzará, pues hicimos de la mentira nuestro refugio y en el engaño nos hemos escondido» (*Is* 28, 15). Isaías se refiere a los

escépticos de su tiempo (s. VIII a. C.), que rechazaban y se burlaban del mensaje profético. Pero el primer capítulo del libro de la Sabiduría parece hacerse eco de los tonos escépticos del Eclesiastés. En efecto, en el Eclesiastés, que se atribuye también a Salomón, la sabiduría está escondida en la incomprendibilidad de la obra divina. A Dios no se le puede comprender: «Dios pone en sus corazones la noción de la eternidad, pero sin que los hombres lleguen a conocer la obra de Dios desde el principio hasta el fin» (*Ecl* 3, 11). La sabiduría no reporta utilidad alguna: «El sabio tiene ojos en la cara, el necio camina en la oscuridad. Pero advierto que una misma es la suerte de ambos» (*Ecl* 2, 14). No hay ninguna diferencia entre el sabio y el necio. Una sola es la muerte, que ataca a la vida y la reduce a la nada: «Porque una es la suerte del hombre y la bestia: muere aquél como ésta muere, y uno solo es el hálito de ambos. No tiene, pues, ventaja el hombre sobre la bestia: todo es vanidad. Todos van al mismo sitio: todos vienen del polvo y al polvo tornan todos. ¿Quién sabe si el hálito del hombre sube a lo alto y el de la bestia desciende a la tierra?» (*Ecl* 3, 19-21).

El Eclesiastés saca de su profundo escepticismo una conclusión práctica. Dado que el más allá está velado, y dado que la diferencia entre hombres y bestias, entre sabios y necios acaba esfumándose por completo, hay que aferrarse a todo lo que resiste a la duda y a los espejismos. Por ejemplo, el placer absolutamente concreto de comer y de beber y de gozar con todo lo que ofrece la vida: «No hay otra dicha para el hombre que comer y beber y regalar-se con el fruto de sus fatigas» (*Ecl* 2, 24). El escepticismo conduce a una concepción epicúrea de la vida: hay que disfrutar de los placeres que ofrece. Frente a estos placeres, la justicia y la sabiduría se presen-

tan mucho más inciertas. Sus promesas son mucho más débiles: «Estas cosas he visto en los días de mi vanidad: justos que perecen en su justicia y perversos que prolongan sus días en la maldad. No seas demasiado justo ni te muestres demasiado sabio. ¿Para qué atormentarte? No seas demasiado perverso ni hagas el insensato. ¿Para qué morir antes de tu hora?» (*Ecl* 7, 15-17).

El libro de la Sabiduría parece apuntar también a los escépticos que niegan la providencia y el justo gobierno de Dios. El Sirácida se había referido a ellos un siglo antes (hacia el año 180 a. C.): «No digas: Me esconderé del Señor; y allí en lo alto ¿quién se acordará de mí? Entre tanta gente no seré conocido. Pues ¿qué soy yo en la inmensa creación?» (*Eclo* 16, 16-17). «Las obras de su justicia ¿quién las anuncia? ¿o quién aguanta firme? ¡Está tan lejos la alianza! Así piensa el de vil corazón; el hombre insensato y extraviado piensa necedades» (*Eclo* 16, 22s.). Éste es el ambiente espiritual en que alza su voz la Sabiduría de Salomón. Para los creyentes hebreos de la época no se da ya por descontado que el camino hacia Dios esté abierto, que él gobierne el mundo y la historia con justicia y que el hombre pueda comprenderlo.

Tal es el motivo por el que el libro se abre con tonos vibrantes e incisivos: «Él se deja encontrar por quienes no lo tientan, se manifiesta a quienes de él no desconfían» (v. 2). «La sabiduría no dejará impune al de labios blasfemos» (v. 6). «Por eso, quien profiera injusticias no quedará oculto, ni la justicia vengadora pasará ante él de largo» (v. 8).

En resumen, la Sabiduría de Salomón defiende apasionadamente una fe mística que experimenta la comunión de Dios con los hombres. Dios no está lejos ni es incomprensible en su gobierno del mundo. Se une al hombre con una doble condición: que éste

viva en la justicia evitando el pecado y que crea en la sabiduría divina comunicada a los hombres.

Vértices teológicos y espirituales

Este primer capítulo contiene dos palabras que representan vértices de la revelación. Dos palabras que no han dejado de inspirar el más alto pensamiento teológico y espiritual.

La liturgia de Pentecostés ha hecho un uso espléndido del v. 7: «El espíritu del Señor ha llenado el mundo, y el que todo lo abarca tiene conocimiento de cuanto se habla». El hálito del Señor asegura la presencia de Dios en todo el universo. Se trata probablemente de una alusión al comienzo del Génesis: «La tierra estaba desierta y vacía. Había tinieblas sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas» (*Gén* 1, 2). Pero, más que al Génesis, el capítulo primero de la Sabiduría de Salomón se refiere al salmo 33 (32): «Por la palabra del Señor los cielos fueron hechos, por el soplo de su boca, sus ejércitos» (*Sal* 33, 6). El soplo sale del Señor como nuestro soplo sale de nosotros, y se difunde inmediatamente por toda la creación sin perderse en ella, ya que «tiene conocimiento de cuanto se habla», es decir: escucha en él todo lo que se dice. Hace, por tanto, de intermediario entre Dios y el mundo: puesto que sale de Dios y entra en el universo, une al mundo con Dios.

El hálito divino se asemeja, pues, a la sabiduría divina; ambos son una comunicación de Dios a los hombres. Pero su misión es distinta. Si la sabiduría comunica a los hombres el pensamiento divino, el soplo del Señor le cuenta a Dios los pensamientos de los hombres. Sabiduría y hálito descienden de Dios a la creación para conducirla y unirla de nuevo con Dios.

¡Nos encontramos en los orígenes bíblicos veterotestamentarios de la teología trinitaria! Dios comparte su sabiduría, su pensamiento con los hombres. Gracias a su aliento, difundido por todo el universo, íntimamente presente junto al pensamiento humano —«tiene conocimiento de cuanto se habla»—, Dios lee en el corazón de los hombres. Dos vínculos unen el mundo con Dios con una transparencia perfecta: la sabiduría y el hálito del Señor.

Y pasamos a otro vértice: la teología de la muerte de los vv. 12-16. Es un pasaje en que el pensamiento va y viene, como lanzadera de tejedor, de la muerte a la vida, de la ruina a la existencia, de la condenación a la salvación: «No busquéis la *muerte* con el extravío de vuestra *vida*, no os atraigáis la *ruina* con las obras de vuestras manos. Porque Dios no ha hecho la *muerte*, ni se goza en la *perdición* de los *vivientes*. Creó todas las cosas para que *existieran*, y las criaturas del mundo son *saludables*, no hay en ellas veneno *pernicioso*, ni el imperio del *hades* está sobre la tierra, porque la justicia es *inmortal*» (vv. 12-15).

La Sabiduría de Salomón vuelve a hacerse eco nuevamente del Génesis (Gén 2, 8-17). El jardín del Edén es un lugar de vida. ¡La muerte no puede entrar en él, salvo que el hombre quiera abrirle el camino! Todos los árboles del jardín son gratos a la vista y de frutos sabrosos (Gén 2, 9). El árbol de la vida, en medio del Edén, protege de la muerte. Pero con una condición: obedecer a Dios en relación con el árbol del conocimiento del bien y del mal, cuyo fruto no debe comer el hombre.

Una cosa es clara: ¡es justo obedecer a Dios! ¿Quién es más merecedor de nuestra obediencia? Se obedece espontáneamente a quien es competente y bueno y está movido por amor puro. Negar a Dios la propia adhesión sería un error y revelaría una des-

confianza injustificada e irracional. Sería un comportamiento contrario a la inteligencia. La obediencia es la única actitud *justa*. Frente al Señor, justicia y obediencia son, pues, lo mismo.

Por eso «la justicia es inmortal» (v. 15). Si hubiera seguido siendo justo, el hombre habría impedido que la muerte entrara en el jardín del Edén. Se habría mantenido inmortal. El creador no plantó árboles de frutos mortales en el paraíso. El relato del Génesis lo muestra con toda evidencia. Fue la negativa a obedecer, a «ser justo», la que creó una barrera entre el hombre y el Dios inmortal.

Por consiguiente, la muerte del hombre no forma parte del designio creador; sí forma parte la vida. Ésta es querida en primer lugar y esencialmente, mientras que la muerte sólo lo es de manera secundaria, como consecuencia del «no» dado por el hombre a su creador.

La humanidad se divide en dos grandes bandos contrapuestos: uno busca la vida acercándose a Dios; el otro está secretamente enamorado de la muerte (v. 16). Se da, en efecto, una alianza con la muerte, una «civilización de la muerte». Esta paradoja marca todas las épocas. El imperio del hades (v. 14) es el imperio del abismo que atrae a los hombres hacia la nada de la muerte y de la devastación. Ejerce una fascinación peligrosa. Es la fascinación del mal, opuesta a la fascinación que atrae hacia Dios, fuente de vida.

II

UN COMBATE A FAVOR DEL DESTINO DIVINO DEL HOMBRE (Sab 1, 16 - 3, 12)

¹⁶*Mas los impíos llaman a la muerte con las manos
y las obras.*

*Tomándola por amiga, se perecen por ella;
y con ella conciertan un pacto,
porque son dignos de ser de su partido.*

2 ¹*Pues se dicen razonando erróneamente:
«Breve y triste es nuestra vida,
y no hay remedio para el final del hombre,
ni se conoce a alguien que haya vuelto del hades.*

²*Nacimos por azar,
y después seremos como si no hubiéramos sido.
Porque humo es el aliento en nuestras narices;
y el pensamiento, una chispa del latido de nues-
tro corazón.*

³*Extinguida ésta, el cuerpo se convertirá en ceniza,
y el espíritu se disparará como aura leve.*

⁴*Nuestro nombre será olvidado con el tiempo,
y nadie se acordará de nuestras obras.
Pasará nuestra vida como rastro de nube,*

*y se disipará como niebla perseguida por los rayos
del sol*

y abatida por su calor.

⁵*Paso de una sombra es el tiempo de nuestra vida,
y no hay retorno de nuestro final:*

se puso el sello, y ya nadie vuelve.

⁶*Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes.
Aprovechémonos de las criaturas con ahínco como
en la juventud.*

⁷*Llenémonos de vino generoso y de perfumes;
y que no se nos pase una flor de primavera.*

⁸*Coronémonos de capullos de rosas antes que se
marchiten;*

⁹*que ninguno de nosotros falte en nuestro desen-
freno.*

*Dejemos por doquier señales de alegría;
porque ésta es nuestra parte y ésta nuestra herencia.*

¹⁰*Oprimamos al justo pobre.*

*No perdonemos a las viudas,
ni respetemos las canas del anciano cargadas de
años.*

¹¹*Sea nuestra fuerza norma de justicia;
pues lo que es débil se rechaza como inútil.*

¹²*Pongamos emboscadas al justo, porque nos es-
torba*

*y se opone a nuestras obras;
nos echa en cara las faltas a la ley,
nos acusa las faltas de nuestra instrucción.*

¹³*Proclama que tiene la ciencia de Dios,
y se llama a sí mismo hijo del Señor.*

¹⁴*Se ha convertido en reproche de nuestros pensa-
mientos.*

Su sola presencia nos molesta;

¹⁵*porque su vida es diferente de la de los demás,
y son distintas sus sendas.*

¹⁶*Nos tiene por falsa moneda,
y de nuestros caminos se aparta como de impurezas.*

*Proclama dichoso el fin de los justos,
y se gloria de tener por padre a Dios.*

¹⁷*Veamos si sus palabras son verdaderas,
y examinemos lo que al fin será de él.*

¹⁸*Pues si el justo es hijo de Dios, él lo acogerá;
lo librará de manos de adversarios.*

¹⁹*probémosle con violencia y tortura,
para conocer su equidad
y comprobar su aguante.*

²⁰*Condenémoslo a muerte afrentosa,
pues, según sus palabras, Dios lo visitará».*

²¹*Así discurrieron, pero se equivocaron;
los cegó su maldad.*

²²*No conocieron los misterios de Dios;
no esperaron el salario de la virtud,
ni estimaron el premio de las almas sin mancha.*

²³*Porque Dios creó al hombre para la incorrupción,
lo hizo imagen de su propia eternidad.*

²⁴*Mas por envidia del diablo entró la muerte en
el mundo;*

y la experimentan los que son de su partido.

3 ¹*Mas las almas de los justos están en la mano
de Dios,*

y no las tocará tormento alguno.

²*A los ojos de los insensatos pareció que habían
muerto;*

su salida de este mundo fue tenida por desdicha,

³*y por ruina, su partida de entre nosotros; pero
ellos están en paz.*

⁴*Pues, aunque a los ojos de los hombres fueron
castigados,*

su esperanza está henchida de inmortalidad.

⁵*Y después de haber sufrido pequeña corrección,
serán colmados de grandes beneficios,*

*porque Dios los puso a prueba
y los halló dignos de sí.*

⁶*Los probó como oro en el crisol,
y los aceptó como sacrificio de holocausto.*

⁷*En el tiempo de su visitación brillarán,
y correrán como chispas en rastrojo.*

⁸*Juzgarán naciones y dominarán pueblos,
y el Señor reinará sobre ellos por los siglos.*

⁹*Los que confiaron en él comprenderán la verdad,
y los fieles permanecerán en amor junto a él,
porque hay gracia y misericordia para sus elegidos.*

¹⁰*Pero los impíos tendrán su castigo conforme a lo
que pensaron;*

*ellos, que menospreciaron al justo y se apartaron
del Señor.*

¹¹*Quien desprecia la sabiduría y la instrucción es
desgraciado;*

*y es vana su esperanza; inútiles sus fatigas,
sin provecho sus trabajos.*

¹²*Sus mujeres son insensatas,
perversos sus hijos, maldita su descendencia.*

La trayectoria del texto (1, 16 - 5, 23)

Se abre aquí la primera gran sección del libro de la Sabiduría (1, 16 - 5, 23). Dibuja el antagonismo entre los justos y los impíos: una lucha que marca la historia. Cada hombre está implicado y debe tomar posición. No cabe refugiarse en la neutralidad: la vida humana es inevitablemente una opción. Y para elegir hay que saber qué está en juego.

Este gran capítulo sobre la oposición irreductible entre justos e impíos empalma con los comienzos del libro (1, 1-16) por medio del tema de la muerte, que cierra el pasaje inicial (1, 12-15) e introduce, al mismo tiempo, el de la alternativa entre la justicia y la impiedad. Es la distinta actitud ante la muerte la que opone diametralmente a los dos bandos humanos.

Sólo hemos reproducido las dos primeras partes de esta sección (1, 16 - 5, 23). Después de la introducción de 1, 16, topamos en primer lugar con un discurso en que los impíos manifiestan sus proyectos (2, 1-20). A continuación vienen las reflexiones del autor al que se atribuye todo el libro, Salomón, que declara lo contrario a lo que han afirmado los impíos (2, 21 - 3, 12).

Después de esto, la Sabiduría de Salomón se detiene en esta problemática considerándola bajo distintos aspectos que no hemos mencionado en el pasaje del comienzo del capítulo. Se refieren a la diferencia que existe entre la posteridad de los justos y la de los impíos (3, 13 - 4, 6), la paradoja según la cual la vida breve y la muerte precoz de los justos son netamente mejores que la larga vida de los impíos (4, 7-19), la inconsistencia final de una vida impía frente a la gloria eterna de una vida justa (4, 20 - 5, 23). Dentro de esta última consideración se encuentra una segunda declaración de los impíos (5, 4-13). Esta vez, sin embargo, no se trata de un discurso-programa, sino de un discurso-balance. Los impíos se ven obligados a confirmar su fracaso: sus expectativas se han desvanecido por completo. No han alcanzado su objetivo. Se ven forzados a admitir su fracaso total.

Estos dos discursos vienen a constituir el punto de partida y el punto de llegada de un itinerario que va desde el orgulloso anuncio de triunfo al descubrimiento desencantado de un fracaso en toda regla: éste es el camino recorrido en la primera gran sección del libro.

La forma

El lenguaje es poético, rico en metáforas e imágenes. Es sugestivo, gracias sobre todo a que se citan

textualmente las palabras de los protagonistas. De esta suerte el pensamiento se carga de una fuerza dramática que envuelve al lector.

El libro de la Sabiduría se vale de la antigua forma poética del paralelismo, en la que el primer versículo va siempre acompañado de un segundo versículo que recoge el pensamiento introduciendo en él una variación. El razonamiento avanza, pues, con un ritmo cadencioso, en forma de expresiones gemelas, como una alternancia de las dos fases de la respiración.

La expresión poética hace pensar que el texto no reproduce una situación concreta. Es decir, las palabras de los impíos no son la grabación de frases realmente pronunciadas; se distinguen de aquéllas precisamente por su forma. En compensación, pueden resumir lo que sucede en la realidad, pero en una forma diluida, por así decir. Recogen lo esencial y proponen, a grandes rasgos, la orientación profunda de los antagonistas, los justos y los impíos. El autor del libro de la Sabiduría trabaja en blanco y negro. Lo cual no es indicio de un pensamiento extremista, sin matices. Expresa, más bien, el deseo de revelar la estructura de fondo de la historia humana, que consiste, en efecto, en una elección. Es inevitable la opción entre creer en Dios y rechazarlo, entre organizar la propia vida en función de Dios o no teniéndolo en cuenta, entre aceptar el perder la propia vida para ganarla o bien negarse a perderla, con el consiguiente resultado de perderla de verdad y para siempre.

Con la perspectiva del martirio

La vida de los creyentes es una lucha: ésta es la primera palabra que tiene que decir la Sabiduría de Salomón. Deja entrever la experiencia del martirio, que entró en la historia del pueblo de Dios en el

siglo II, cuando el rey seléucida Antíoco IV dio orden de abolir la religión y el culto hebreo en Jerusalén. No están del todo aclaradas las razones de esta persecución religiosa, pero es indudable que provocó un trauma profundo. A partir de aquel momento, los hebreos sabían que la fidelidad religiosa les podía costar un precio muy alto. Se planteaba de manera dramática el gran interrogante: ¿cómo es posible que Dios, omnipotente y lleno de amor por los suyos, los abandone en manos de sus perseguidores, permita que los masacren por el mero hecho de ser fieles a él, y que no acuda a salvarlos?

Este interrogante sobre el misterio de un Dios aparentemente impasible ante el exterminio de los justos suscita otro: ¿Qué pensar de la muerte, y de una muerte prematura, sufrida por lealtad a Dios? ¿Cómo es posible aceptar el martirio sin la certeza de que Dios asiste a sus fieles más allá de su misma muerte?

La Sabiduría de Salomón quiere responder a estas preguntas. Sabe que creer en Dios puede entrañar opciones de vida y opciones de muerte. Advierte la relación profunda que vincula las opciones de vida a la concepción de la muerte y a la concepción de una vida después de la muerte.

El método de la Sabiduría de Salomón

Al libro de la Sabiduría le gusta repasar y explicar la Biblia hebrea. La conoce prácticamente en la forma en que la leemos nosotros. La segunda parte de la obra (Sab 10-19) es un comentario al Éxodo y a algún otro capítulo del Pentateuco. El autor reconoce la palabra de Dios tanto en los acontecimientos narrados por la Escritura como en el mismo texto bíblico, que escruta hasta en sus mínimos detalles, con una atención llena de fe.

La Sabiduría de Salomón es, pues, una obra de teología bíblica. Lo cual quiere decir que reflexiona sobre los datos que contiene la Biblia, y que éstos le proporcionan materia para consideraciones teológicas y espirituales.

Y cuando nosotros mismos nos aplicamos a leer la Sabiduría de Salomón, entramos en la lectura que hace de la Biblia, nos ponemos bajo su guía para movernos en el mundo tan amplio de la Sagrada Escritura. Este libro nos hace descubrir numerosos aspectos del pensamiento bíblico y de la historia sagrada a los que es especialmente sensible.

Esto es válido para la sección que abre el libro (1, 16 - 5, 23). En efecto, para afrontar el terrible interrogante planteado por la pasividad de Dios ante la persecución de los creyentes, esta sección procede sobre todo remitiendo al cuarto canto del Siervo del Señor tal como se lee en Isaías (52, 13 - 53, 12), como también al salmo 22 (21). Además parece querer rebatir las afirmaciones de un libro bíblico cuyo escepticismo le resulta peligroso en un contexto en que la fe en Dios está sometida a la agresión de los poderosos. Ya hemos visto que el libro en cuestión es el Eclesiastés, también él atribuido, paradójicamente, al sabio Salomón. En nuestro comentario señalaremos los puntos de contacto entre el libro de la Sabiduría y otros pasajes de la Biblia.

Diálogo y corrección en el interior de la Biblia

La Sabiduría de Salomón es una encrucijada en que las distintas voces de la Biblia se encuentran y se someten a examen. Algunas son retomadas y propuestas de nuevo en un contexto diferente; otras son objeto de crítica y se corrige su tono. El libro es,

por tanto, ejemplo, dentro de la misma Biblia, de una lectura que atribuye a los textos el lugar y el valor positivo o negativo que les corresponde. En efecto, no todos los textos se hallan al mismo nivel. No todos tienen la misma función. Algunos expresan ante todo una profesión de fe; otros expresan un determinado punto de vista, no porque lo consideren válido, sino para demostrar su inconsistencia. Por ejemplo, el escepticismo del Eclesiastés respecto a la vida de los justos después de la muerte se pone de relieve porque amenaza la fe en dicha vida, una fe que hay que afirmar en sintonía con el canto del Siervo sufriente. Y esto porque dicha fe constituye un baluarte en tiempos de gran persecución. Otro ejemplo: la postura de los amigos de Job, que se muestran rígidos en la defensa de una retribución terrena, sólo se expone para que el mismo Job les contraponga su propia concepción teológica, mucha más respetuosa de Dios y de la experiencia humana.

Connivencia con la muerte (1, 16 y 2, 24)

La primera parte del libro de la Sabiduría (1, 16 - 5, 23) quiere subrayar que la vida es una opción. Hay que decidirse entre la fe en Dios y la indiferencia ante él. A los que eligen ponerse bajo la mirada divina se los llama «justos», no porque carezcan de culpa, sino porque la orientación de su vida es «justa» en cuanto que corresponde a la realidad objetiva de Dios. «Justicia» es una expresión bíblica que define la relación de confianza del hombre para con Dios reconocido como Señor. Del lado contrario están los que alejan al Señor de su vida para organizarla independientemente de él. El lenguaje bíblico los llama «impíos». Este término de-

signa a los hombres que no sólo se alejan de Dios abandonando la oración, sino que además se ponen al margen y por encima de las normas dadas por Dios. Se erigen en señores absolutos a los que todo les está permitido, no cultivando ni la fe explícita en Dios ni la sumisión implícita en la práctica de los valores divinos del amor y del respeto al prójimo.

A los impíos les toca abrir la sección (1, 16 - 2, 24). Toman la palabra (2, 1-10), y su discurso va precedido y seguido, como para delimitarlo, por la descripción de una característica que les es propia: ¡se sienten atraídos por la muerte! Son de su «partido» (1, 16 y 2, 24), son sus cómplices, creen que pueden sellar una alianza con ella. La Sabiduría de Salomón se hace eco aquí del profeta Isaías (28, 15), que había estigmatizado el cinismo de los poderosos en estos términos: «Sellamos una alianza con la muerte, hicimos un pacto con el sheol. El azote inundante, cuando pase, no nos alcanzará, pues hicimos de la mentira nuestro refugio y en el engaño nos hemos escondido». Un cinismo tan seguro de la eficacia de sus medios que piensa que puede asociarse incluso con la muerte. Un cinismo libre ya de todo miedo.

La Sabiduría de Salomón añade nuevos acentos al texto del profeta Isaías. No subraya tanto la seguridad orgullosa cuanto la atracción de los impíos por la muerte. La aman y se consumen por ella, «se perecen» literalmente por ella, lo mismo que nos consumimos por una mujer amada.

Este tierno amor a la muerte se expresa exteriormente: la invocan con palabras y con gestos. Nace una afinidad, una especie de parentesco entre los impíos y ella, porque le pertenecen.

¿Cómo entender esta relación de amor con la muerte?

Hay pasajes del Antiguo Testamento en que se ve la muerte como una amiga (*Job* 3, 11-19). Pero amiga de los que están doblegados por el sufrimiento y no pueden más. A éstos la muerte les depara descanso. Pone fin a la tortura de una vida que se ha vuelto ya insoportable.

En cambio, en el libro que comentamos se ama a la muerte porque se espera de ella un trato de favor. El texto abre el acceso a una posibilidad humana que da escalofríos. Esta alianza sellada con la muerte para salir vencedor preanuncia la leyenda de Fausto, que pacta una alianza con el diablo para obtener un beneficio. Se tiene la creencia de poder valerse del enemigo del hombre, el maligno o la muerte, para extender el propio poder más allá de los límites de la naturaleza. ¡Se invoca a las fuerzas de la nada para convertirse en superhombres! En lugar de comprometerse a elevar la naturaleza humana hacia lo alto, hacia Dios, se prefiere dirigirse a las potencias de abajo para alcanzar de ellas la superación de la condición humana que los creyentes reciben de la gracia. Estamos, pues, ante una auténtica inversión de la religión. ¡En lugar de pedir la salvación a Dios, se pide a todo lo que es contrario a él! Sus dones mejores, su amor y su alianza, se esperan de la muerte, de la nada. Y la muerte se convierte en objeto del amor y de la ternura debidos al Señor; se quiere establecer un pacto con ella, abrigando la esperanza ilusoria y perversa de independizarse así de Dios sin perder nada. Así pues, junto con el libro de Isaías, la Sabiduría de Salomón subraya por primera vez la tentación del hombre de sustituir a Dios por las potencias inferiores y negativas para alcanzar de éstas, al precio de una alianza, un poder sobrehumano. En efecto, el hombre puede alejarse de

Dios. Pero creyendo emanciparse de él, en realidad se vende a las potencias de la muerte. Cediendo al espejismo de librarse del yugo del Señor, cae en realidad en manos de la nada.

Desesperación, placer y poder (2, 1-11)

Son, pues, los propios impíos los que expresan lo esencial de su pensamiento (2, 1-20). No es que haya, de hecho, alguno que hable de ese modo. Pero, al igual que los profetas, la Sabiduría de Salomón emplea el procedimiento estilístico de citar a los adversarios. ¿Con qué objeto? Resumir su postura breve y claramente, y de un modo auténtico. Se obtienen así dos ventajas: la primera es que los impíos manifiestan su mentalidad en términos claros y concisos; la segunda es que lo hacen con palabras que salen de su misma boca. Así es como el libro de la Sabiduría pone de relieve la actitud de los impíos. No hay esperanza, dicen, de hurtarse a la muerte, el fin es inevitable; el único valor que ofrece la miserable vida humana es el placer (2, 1-9); de ahí que sea ridículo cultivar otra cosa que no sea el poder, y es de estúpidos no aprovechar hasta el fondo la fuerza de que se dispone (2, 10-11).

El placer y el poder se convierten en absolutos desde el momento en que la vida es breve y está limitada al horizonte terreno. Eliminada la inmortalidad, el fin de la vida es una guillotina que cae sobre el hombre. Hay que aprovechar, por tanto, lo más deprisa posible y al máximo, el espacio de tiempo que se nos ha concedido, y que se reduce día tras día. ¿Puede la vida terrena ofrecer algo mejor que el placer y el poder, condición de libertad y de independencia?

La muerte es inevitable (2, 1 y 5), y no hay nada después de ella. La muerte desemboca en la nada. El

alma es una bocanada de humo que se esfuma, un breve destello que desaparece al instante. El cuerpo se disgregará y el aliento se disipará en la atmósfera (2, 3). La vida se parece al paso de una sombra en un día (2, 5), a las nubes y a la niebla de la mañana que se disipa bajo el calor del sol naciente (2, 4). Esta concepción materialista de la vida se encuentra en el Eclesiastés (*Ecl* 3, 19-21). La existencia de todo animal se cierra con una muerte definitiva: ¿por qué debería ser de otro modo para el hombre? De esta constatación sin esperanza también el Eclesiastés concluye que hay que gozar de lo que da la vida: comer, beber y pasárselo bien (*Ecl* 3, 22; 5, 17-19; etc.). Pero no invita a disfrutar del poder.

¿No será ésta una de las razones por las que el autor del libro de la Sabiduría decidió poner su obra bajo el nombre de Salomón? Es posible. Se habría propuesto corregir a Salomón con Salomón, ya que, leyendo las afirmaciones del Eclesiastés, y en particular las enunciadas en 1, 11 - 2, 11, nos vemos inducidos a pensar que es Salomón el que habla, aunque esto no se declara explícitamente en ningún lugar. Podemos probablemente leer el libro de la Sabiduría como una respuesta literaria al Eclesiastés, con el objeto de refutarlo exponiendo el espíritu auténtico de Salomón.

«*Carpe diem*» (2, 1-9)

Un breve y bello poema celebra la alegría de vivir propia de los que toman la vida por el lado favorable. Se animan mutuamente a sumergirse en el placer: «¡Venid y gocemos!», exclaman (2, 6). Los términos que crean esta atmósfera son los que ensalzan la juventud, que hay que apurar mientras dura (2, 6); la primavera, que es pasajera (2, 7); las flores y

capullos de rosa que coronan festivamente a los comensales y que se marchitan en breve tiempo (2, 7-9); la alegría, el vino y los perfumes embriagadores (2, 7 y 9).

Es la actitud de quien toma la vida por su lado hedonista, el que hace de la existencia una gran fiesta que celebra el placer. La ebriedad refinada da sabor a lo que sin ella sólo sería hastío insoportable o desesperación.

Adoradores del poder (2, 10-11)

La perspectiva cambia en 2, 10-11. Otro absoluto aparece en el horizonte. Es el poder. Éste no tolera ningún límite. Más aún, se convierte él mismo en criterio de justicia (2, 11): ¡no es el derecho el que controla el poder, sino que es el poder el que decide qué tiene cabida en el derecho!

Los débiles son objeto de desprecio (2, 11); a los pobres, a las viudas y a los ancianos no les queda más que hacerse a un lado y dejar vía libre a los poderosos.

La búsqueda del poder es implacable. Se puede convertir en el sentido de la vida para los impíos.

El choque entre impíos y santos (2, 12-16)

La existencia de los santos suscita la agresividad de los impíos: el libro de la Sabiduría señala qué es lo que enciende su hostilidad. En efecto, la presencia de los justos los irrita profundamente (2, 12-16).

En el discurso de los impíos explota de improviso la contrariedad frente a los santos: «Pongamos emboscadas al justo —exclaman—, porque nos estorba y se opone a nuestras obras» (2, 12). Se sienten cri-

ticados y juzgados. El justo es para ellos una acusación viviente (2, 12-14). ¡Su estilo de vida es diferente (2, 15)!

En estas líneas de la Sabiduría de Salomón se reflejan quizá los primeros síntomas del antisemitismo pagano. Les reprochaba a los hebreos que fueran distintos de los demás hombres. Por lo demás, no eran pocos, en el pueblo elegido, los que sentían el peso de tener que estar siempre separados de los demás y de no poder participar plenamente en la vida de la sociedad que los rodeaba. El primer libro de los Macabeos ha conservado un eco de este rechazo de la diferencia hebrea, expresado en algunos casos por los propios hebreos (*1 Mac* 1, 11-15). Es posible que los impíos cuyas palabras se citan (2, 1-20) sean estos hebreos, que sienten vergüenza de ser distintos y deseen vivir como todos. También es posible que sean paganos irritados por el espectáculo de este pueblo separado del resto de la sociedad.

Esta agresividad contra los hebreos decididos a vivir en la fidelidad al Señor aumenta cuando los adversarios se consideran despreciados por ellos (2, 16). La separación que los hebreos tratan de mantener sin rebozo es interpretada como orgullo y como sentimiento de superioridad, y esto es difícilmente tolerable.

Los hebreos se llaman hijos de Dios (2, 13). El Señor es su padre (2, 16) y se sienten orgullosos de que lo sea. Declaran que conocen a Dios (2, 13). Todo esto los sitúa por encima de las otras gentes. ¡Están, pues, aislados y se tienen por mejores que todos los demás mortales!

Tal es, en definitiva, la causa de la indignación de los paganos: ¡los hebreos son el pueblo que más cerca está de Dios, el pueblo elegido!

Parece, pues, que la elección del pueblo de Israel suscita la envidia de las gentes.

El martirio (2, 17-20)

La persecución demostrará que la fe del justo carece de fundamento. Dios no intervendrá en su favor. Los impíos se burlan de esa vana confianza (2, 18), ironizando con crueldad y repitiendo las palabras cínicas que el salmo 22, 9 pone en sus labios. La tranquila confianza de los justos impulsa a sus adversarios a aniquilarlos (2, 19s).

Este pasaje deja traslucir la experiencia de la persecución y del martirio. ¿Piensa quizá el autor en los mártires del rey Antíoco Epífanes en la época macabea o en otros pogromos? ¿O bien se refiere a personas concretas que pagaron con su vida su fe en Dios? Una cosa es cierta: para él, la posibilidad del martirio forma parte de esta fe. ¡Quien se compromete a creer en Dios debe prepararse para pagar el precio de su propia vida! De ahora en adelante, la dimensión del martirio será inseparable de la fe.

Error, ceguera, desesperación (2, 21-24)

Para concluir este discurso, el libro de la Sabiduría indica el origen de la filosofía de los impíos (2, 21-24). Procede de la ignorancia acerca de la naturaleza del hombre. Dios lo ha creado «para la incorrupción» (2, 23). Este término, de sabor más griego que bíblico, significa la inmortalidad, un bien propio de Dios, porque sólo Dios está libre del devenir y de la decadencia común a todos los seres inmersos en el tiempo. Toda la Biblia está en sintonía con el mundo antiguo, tanto oriental como griego, cuando piensa que los hombres son mortales y que, por el contrario, es propio de los dioses vivir sin fin. Pero lo que la Biblia, desde los primeros capítulos del Génesis, añade a esta convicción común y uni-

versal es que al crear al hombre a su imagen y semejanza (*Gén* 1, 26.28) —un punto que la Sabiduría de Salomón recuerda explícitamente (2, 26)—, Dios le otorga participar en su vida eterna.

Que los hombres mortales compartan la vida divina es el fundamento de la esperanza (2, 22). Es decisivo comprender bien de qué se trata. ¡Apenas se les comunique a los hombres la vida inmortal saben que serán como Dios! ¿No están acaso llamados a entrar en el mundo que es propio de él? De ahora en adelante tendrán dos patrias: la terrena y mortal en esta vida, y la celeste e inmortal en la vida eterna.

La única condición que Dios pone es una existencia que transcurra en la santidad y en la pureza. Quien abre deliberadamente la propia alma al mal no conseguirá ya creer en este don divino (2, 21). Cegado por las obras malvadas que realiza, lo rechazará. La Sabiduría de Salomón subraya aquí con vigor la relación existente entre género de vida y forma de pensar. Los actos malos impiden a la postre percibir la verdad; por el contrario, la santidad de la vida y la pureza de corazón preparan para comprender la promesa de Dios.

La inmortalidad que Dios promete al hombre suscita la «envidia» del diablo (2, 24), una envidia de la que brota la tentación, presente en la existencia humana, de dudar de este don. En efecto, ante la experiencia constante de la muerte es necesaria una fe inamovible en el Dios inmortal que quiere compartir con nosotros su inmortalidad. En la realidad vivida, la muerte es omnipresente y omnipotente. Y por añadidura el hombre se muestra a menudo como un ser detestable, despreciable, vil. ¿Cómo creer en su dignidad de criatura casi divina, elevada por el Señor junto a sí? Es algo que toda experiencia humana parece refutar.

Por tanto, todo se ventila en torno a este punto crucial. La estrategia del diablo consiste en vaciar de toda credibilidad la promesa de Dios. No, el mentís que viene de la realidad es demasiado evidente para que se pueda creer en un destino sobrehumano y divino del hombre, más allá de las fronteras de la muerte. Y el hombre mismo se considera tan despreciable que no puede admitir que el Señor le reserve un favor tan grande.

Por eso los impíos se colocan en el bando del diablo (2, 24). No pueden creer en la ilimitada bondad de Dios en que se funda la dignidad divina del hombre.

La caída de los primeros hombres en Génesis 3 según una interpretación «moderna» (2, 24)

Merece señalarse el hecho de que el discurso de los impíos se abre y se cierra con una referencia a la muerte (1, 16) y al diablo (2, 24). Éstos constituyen el polo en torno al cual se congregan todos los que rechazan a Dios. El diablo tiene «envidia» de la inmortalidad que Dios concede a los hombres, hechos a su imagen y semejanza. Una envidia que expresa la cólera por un beneficio que se le niega al diablo, pero del que disfrutaban otros. Y su cólera quiere destruir el objeto de la envidia. El diablo, por tanto, pretende arrancarle al hombre el don de la semejanza divina y la inmortalidad que de ahí deriva.

La Sabiduría de Salomón evoca aquí Gén 3 y da a entender, de ese modo, que la narración del primer libro de la Biblia no es la de un episodio individual del pasado, sino que presenta una realidad que se repite una y otra vez de generación en generación. La agresión contra los creyentes por obra de los impíos hace revivir la asechanza tendida a los primeros pa-

dres por parte del diablo. En efecto, en ambos casos el Adversario arde en cólera porque Dios eleva al hombre junto a sí, llegando incluso a darle su inmortalidad. Del relato del Génesis aflora la tentación continua que los creyentes deben combatir: la de no creer ya que el hombre está destinado a la vida eterna.

Al igual que el Génesis, el libro de la Sabiduría no precisa quién es el diablo, cuya envidia lo lleva a emprender todo género de esfuerzos para impedir que los hombres reciban de las manos de Dios el don de la vida inmortal. Lo que, en cambio, se subraya claramente es lo inevitable de una lucha implacable que tendrá por objeto la fe en Dios y en la inmortalidad. Es precisamente esta fe lo que está en juego en el combate y en la prueba. En efecto, en nuestra condición humana esta fe no es una posesión tranquila. Hay que luchar contra poderes visibles e invisibles para conservarla.

La elevación del hombre (2, 22-23)

En el pasaje 2, 21-24 hay otra dimensión que reviste la máxima importancia: se enumeran las cualidades que Dios concede a los hombres dispuestos a acogerlo. Conocen los «misterios de Dios» y el «salario de la virtud»; comprenden «el premio de las almas sin mancha» (2, 22), ya que «Dios creó al hombre para la incorrupción; lo hizo imagen de su propia propiedad» (2, 23). El binomio «propia propiedad», traducido en la Biblia editada por Herder por «propia eternidad», es la traducción literal de una expresión griega en que se asocian dos términos de la misma raíz de «propio», «específico». Esta manera de expresarse quiere subrayar el hecho de que el hombre es creado a imagen de algo que pertenece específica y propiamente a la naturaleza divina.

La Sabiduría de Salomón pone, pues, el acento en la proximidad entre Dios y el hombre. Si este último es una imagen de Dios no vaga, sino que presenta los rasgos evidentes de un atributo que es específico de la naturaleza divina, quiere decir que Dios lo ha elevado a una altura inimaginable. Una elevación que se explica precisamente por la participación en la incorruptibilidad de Dios (2, 23), es decir, en su inmortalidad.

También por lo que se refiere a este punto es probable que el libro de la Sabiduría se haga eco de otros lugares de la Sagrada Escritura, y en particular del salmo 8:

*¿Qué es el hombre, para que tú te acuerdes de él,
el hijo de hombre, para que de él te ocupes?
Le has restado muy poco para que fuera ser divino:
de gloria y de esplendor le has coronado.
(Sal 8, 5-6).*

Los términos usados: «misterios», «recompensa» y «premio» hacen pensar en un favor particular. En efecto, el secreto es el pensamiento de Dios, totalmente inaccesible a los hombres, como resulta evidente en Daniel 2, 10-23: un pasaje casi contemporáneo del libro de la Sabiduría. «Recompensa» y «premio» son dones que sólo se pueden recibir: es imposible que uno se los proporcione por sí mismo.

Por tanto, con estas expresiones la Sabiduría de Salomón destaca una *sobreabundancia* en la creación del hombre. Dios no se limita a darle lo necesario. La dote que el hombre recibe de manos de su creador es especialmente rica y va mucho más allá de los límites de lo indispensable.

¡De esta forma se ponen de manifiesto la noción y la realidad de la *gracia*! Es el plus que Dios añade gratuitamente, por amor a los hombres. Los alza por

encima de lo que habría sido el nivel normal e indispensable. Les da más de lo que necesitan para calmar sus exigencias, da más allá de la medida justa y adecuada, da todo lo que se necesita y algo más. Este de más es gratuito: se llama gracia. Lo que es necesario para el hombre se llama naturaleza; lo que se le da por añadidura, con generosidad y esplendor, está por encima y más allá de la naturaleza.

La Sabiduría de Salomón se revela como un libro que anticipa ciertos grandes temas del pensamiento teológico, que halla en él una de sus fuentes más significativas.

La paradoja del sufrimiento de los justos que es en realidad felicidad (3, 1-4)

«A los ojos de los hombres». Esta expresión, que aparece dos veces (3, 2 y 4), arroja una luz sobre la realidad profunda. En efecto, el ojo del hombre ve el exterior de las cosas. Ve que los justos mueren y que su fin es una desgracia (3, 2), los ve salir de la vida doblegados como quien padece el peso de un castigo (3, 4) y experimenta el desgarramiento de la opresión (3, 1).

Ellos, en cambio, están en las manos de Dios, fuera del alcance de los verdugos (3, 1). Saborean ya la paz (3, 3) y poseen la prenda de la inmortalidad (3, 4). Ése es el lado invisible de las cosas, el escondido al ojo humano.

No es la única vez que la Biblia avanza desde el aspecto exterior, visible al ojo material, hacia el aspecto interior de las cosas, que se revela en un segundo tiempo, con gran estupor de quien ha visto e interpretado como castigo y desventura el sufrimiento y la muerte del justo. Éste es el tema central del cuarto canto del Siervo del Señor (Is 52, 13 - 53, 12).

Veamos las palabras de los reyes y de las naciones a propósito del justo sufriente:

*Ante él cerrarán los reyes su boca,
porque verán lo que nunca se les había referido,
y lo que nunca habían oído percibirán.*

...

*Despreciado y abandonado de los hombres,
varón de dolores, familiarizado con la dolencia,
como aquel ante quien se oculta el rostro,
despreciado de modo que no le hicimos caso.*

...

*¡Y nosotros lo teníamos por un castigado,
y humillado y golpeado por Dios!
(Is 52, 15; 53, 3-4).*

En realidad, este Siervo humillado y desdichado a los ojos de los hombres que lo entregan a la muerte (Is 53, 8-9), está rodeado de grandísima gloria en la presencia de Dios:

*Mirad —dice el Señor— tendrá éxito mi siervo,
será elevado, levantado, muy encumbrado.
(Is 52, 13).*

La exaltación se les reserva a los justos más allá de las fronteras de la muerte. Con más decisión que el cuarto canto del Siervo del Señor, la Sabiduría de Salomón declara que el Señor, una vez superado el umbral de la muerte, dejará espacio franco para la glorificación y la felicidad de los santos que han tenido que sufrir en la tierra. Y no será un siervo individual el que reciba la inmortalidad en la plenitud expresada por el término bíblico de la paz (3, 3): todos los justos que han conocido el sufrimiento por razón de su fe en Dios pueden albergar esta esperanza.

La Sabiduría de Salomón revela otro sentido del sufrimiento de los justos, y lo hace acudiendo a una experiencia humana común a todas las épocas: la de la educación, que no puede prescindir de exámenes, de pruebas, de test y de castigos. Es necesario que el joven que debe ser formado aprenda a aguantar, a resistir el impulso de los caprichos, de las pasiones y de los instintos. Lo cual supone luchas y renunciaciones.

El Señor hace lo mismo con los suyos. Pone a los justos a prueba, formándolos con su pedagogía (3, 5). Como el metal en el crisol, son sometidos a un proceso de purificación que los libra de todo tipo de escoria (3, 6).

La magnitud del premio concedido al término de la prueba es desmesurada al esfuerzo exigido al justo para resistir en el sufrimiento (3, 5). Es una certeza que Pablo repetirá a los romanos (*Rom* 8, 18).

Que la pedagogía de Dios conoce el instrumento de la prueba es una convicción común al Antiguo y al Nuevo Testamento (*Dt* 8, 5; *Prov* 3, 12; *Heb* 12, 7-11). Sin embargo, el Señor es un sabio que no lleva nunca las cosas más allá del límite de lo tolerable. Y cuando la prueba llega al límite de lo que se puede soportar, Dios interviene.

La Sabiduría de Salomón se refiere a esta intervención con una expresión bíblica tradicional: «en el tiempo de su visitación». Es el momento en que se sacan las cuentas y se llega a una conclusión, para evitar todo abuso de poder; es el momento en que se adoptan medidas para que los justos tengan su recompensa y los impíos sean juzgados. En este momento resplandecerá con una luz cegadora el valor de los justos.

En este contexto de prueba (3, 5-7), otra expresión viene a abrir un nuevo horizonte. Es una expresión que no necesita, para ser formulada, más que el segundo hemistiquio de un versículo (3, 6): Dios acoge a los mártires como ofrenda sacrificial (3, 6b). El martirio es comparado con un holocausto.

¿Qué es un sacrificio en general, y un holocausto en particular, según la Biblia? Es un homenaje hecho a Dios, destinado a expresar la adoración que se le quiere tributar. Pero hay que añadir, para comprender bien los sacrificios, que Dios mismo ha indicado el homenaje que le es grato. Por eso ha instituido un culto en Israel. Al celebrarlo, Israel obedece a la voluntad de Dios y le tributa al mismo tiempo el homenaje que agrada ciertamente a Dios, dado que ha sido él mismo quien lo ha prescrito. El culto es, pues, al mismo tiempo una gracia divina y una obra humana. El hombre lo celebra después de que Dios lo ha instituido.

Cuando los israelitas ofrecen sus sacrificios, hacen dos cosas: obedecen una orden del Señor y le expresan su devoción filial. De este modo, Dios concede a su pueblo la posibilidad de tributarle la obediencia que merece y el homenaje que le agrada. Los sacrificios sellan y actualizan la comunión entre Dios y el hombre. Dios, pues, establece el culto que servirá para honrarlo. El hombre responde a Dios celebrando el culto, y Dios responde a su vez volviéndose al hombre que expresa su adoración al Señor mediante el ofrecimiento litúrgico.

Ahora bien, en el martirio hay una analogía con el culto entendido de este modo. También aquí Dios se vuelve hacia el hombre y el hombre responde volviéndose a Dios. El Señor atrae a sí al mártir derramando sobre él su amor. Alcanzado por el amor de

Dios, el hombre lo prefiere a la vida. Ante la alternativa de perder al Señor para ganar su vida o perder la vida para no perder al Señor, escoge la segunda posibilidad.

Pero ¿hay acaso un homenaje a Dios que supere el de optar por él? Lo ponemos en la cumbre de nuestras preferencias, por encima incluso de nuestra vida. En este sentido, el martirio es una ofrenda que no puede no agradar a Dios.

Pero reparemos bien en que no es la muerte del mártir en sí misma la que agrada a Dios. Al contrario, no le agrada en absoluto, porque se mata a un inocente. Pero la elección que el mártir hace de morir antes que alejarse de Dios es la expresión de una fidelidad extrema, sumamente grata al Señor.

De este modo, la Sabiduría de Salomón —junto con las figuras de los mártires que toman la palabra en 2 Mac 7, 36-38 y en Dan 3, 39— prepara el camino al Nuevo Testamento, donde el martirio del Hijo es el homenaje de una fidelidad al Padre libre de todo límite. No habrá nunca adoración de Dios más alta que la pasión sufrida por Jesús.

La visita de Dios y la salvación (3, 7-8)

La «visita» de Dios, expresión que aparece en los versículos 7 y 9, indica, pues, los límites de este breve pasaje marcado por la intervención del Señor. Dios pone decididamente fin a la prueba cuando ésta alcanza su cima. Los justos resplandecen entonces como chispas en rastrojo, desparramando su luz por doquier, con la rapidez del viento. Esta sugestiva imagen de la salvación es tomada en préstamo al profeta Abdías (v. 18). El fuego que incendia todo un campo expresa al mismo tiempo la fuerza incontenible de la victoria divina y el juicio que barre el or-

gullo de los enemigos. Esplendor, rapidez, potencia: ésas son las dimensiones de la acción salvífica de Dios.

Además, los justos juzgan a las naciones y constituyen un senado regio en torno al Señor, su soberano (3, 8). Quizá la Sabiduría de Salomón se hace aquí eco de la promesa de Dios a Israel: «Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19, 6). Y el lector cristiano no puede dejar de evocar las palabras de Jesús a los discípulos: juzgarán a las doce tribus de Israel y al mundo entero (Mt 19, 28; Lc 22, 29-30; 1 Cor 6, 2). La dignidad regia de los elegidos revela su elevación a la derecha del trono de Dios, que reina sobre el mundo (Sal 110, 1). Ellos toman parte en esta obra divina, al igual que los ángeles puestos por Dios para gobierno de los pueblos (Dt 32, 8 según la versión de los Setenta, usada por el libro de la Sabiduría). Elevados a la presencia de Dios, los justos reciben de él la misión de asistirlo en el gobierno del mundo terreno. Es un aspecto de la gloria divina derramada sobre los mártires que han dado su vida por Dios.

Fe, esperanza y caridad desde el punto de vista del hombre (3, 9)

Para concluir esta reflexión sobre la retribución celeste de los justos que han sufrido el martirio, la Sabiduría de Salomón vuelve sobre la actitud interior de los elegidos (3, 9). La caracteriza como confianza y fe, como esperanza o perseverancia y como amor. ¿Cómo no ver aquí las tres virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, que tienen un puesto tan destacado en el Nuevo Testamento (1 Cor 1, 13; 1 Tes 1, 3; 5, 8; Col 1, 4-5)? Las vemos ahora anunciadas en el libro de la Sabiduría.

Son tres, pues, los factores que hacen a un mártir. Depositar la confianza en Dios: es la fe. Estar firmes y perseverantes bajo el peso de la prueba, no desesperando nunca del Señor: es la esperanza. Mantenerse unidos al Señor, amándolo.

Gracia y misericordia desde el punto de vista de Dios (3, 9)

El Señor no abandona a sus *santos* ni a sus *elegidos*. Aquí se designa a los justos como «santos». Esto quiere decir que pertenecen a Dios de manera particular. Se los designa también como «elegidos». En efecto, al aceptar la muerte por amor a Dios se distinguen del resto de los hombres. ¿No han hecho acaso algo más que los demás? Han hecho su ofrenda suprema.

Por eso derrama Dios sobre ellos su gracia y misericordia. Gracia que es benevolencia, cercanía, preferencia. Misericordia que es conciencia, por parte de Dios, de todo lo que los mártires han sufrido por él. ¡Jamás lo olvidará!

El contraste y la paradoja (3, 10-12)

La Sabiduría de Salomón esboza en este momento, como contraponiéndolo al modelo de los elegidos, un perfil de los impíos, los «no santos». Un retrato que constituye un díptico con el de los mártires justos y cuyas líneas se extienden a lo largo de toda la sección 3, 10 - 4, 19.

Paradójicamente, a los santos que encuentran una muerte prematura y que no dejan prole se les reserva un destino mejor que el de los impíos que viven largos años y gozan de una descendencia numerosa.

¡Debería ser más bien lo contrario en el sistema de valores de la Biblia!

¡Pero el martirio viene a trastocarlo todo! Los mártires se privan libremente de lo que más amamos: el bien de la vida y de la posteridad. ¿Los dejará Dios sin recompensa? Y a la inversa, los responsables de la supresión de los justos ¿gozarán acaso de las alegrías de una vida larga y del consuelo, en la hora de la muerte, de una familia numerosa que en cierto modo prolongará su existencia?

No, la realidad es totalmente distinta. A propósito del destino de los impíos se escribe una palabra terrible: «vana», «inútiles». Su esperanza es vana, está vacía; sus esfuerzos son insensatos, y sus obras, inútiles (3, 11). Sus mujeres viven de forma irresponsable y sus hijos son malvados. Una maldición golpea a sus familias (3, 12).

La actitud de quien desprecia al justo y niega a Dios revela una situación interior que conduce al fracaso. La Sabiduría de Salomón habla de «castigo» (3, 10). Tanto el fracaso como el castigo indican el resultado negativo de la vida de una persona: el primero pone de relieve el esfuerzo que no consigue sus frutos, el segundo subraya la desaprobación total y la indignación contra un comportamiento reprochable.

La Sabiduría de Salomón expresa aquí una convicción de fe, no señala una experiencia concreta. Pero ¿podemos pensar que el Señor obra de otra forma?

Víctima y verdugo

El mártir es sumamente grato a Dios por el don supremo de su vida. Al mismo tiempo, el crimen de la supresión de los inocentes es el que más desagra-

da a Dios. Es algo abominable a sus ojos. Por eso no puede dejar de perseguirlo pidiendo cuentas, aun cuando las víctimas mismas, los mártires, interceden por sus verdugos. Pero la Sabiduría de Salomón no abre esta perspectiva. Lo hará, en cambio, el Nuevo Testamento, cuando Cristo ora por los que lo crucifican (*Lc 23, 34*) y Esteban por los que lo apedrean (*Act 7, 60*).

III

FUERA DE LA SABIDURÍA NO HAY SALVACIÓN PARA LA HUMANIDAD (Sab 6)

¹*Escuchad, pues, reyes y comprended.*

Aprended, soberanos de los confines de la tierra.

²*Aplicad el oído, los que domináis muchedumbres,
y os engreís de gobernar muchas naciones.*

³*Porque el poder os fue dado por el Señor
y la soberanía por el Altísimo.*

Él examinará vuestras obras y escudriñará vuestros designios.

⁴*Porque, siendo ministros de su reino, no habéis
gobernado con rectitud*

ni guardasteis la ley,

ni caminasteis según la voluntad de Dios.

⁵*Caerá sobre vosotros de manera terrible y repentina,*

porque un juicio implacable se hará a los que mandan.

⁶*Porque el inferior es excusable por compasión,
pero los poderosos serán poderosamente examinados.*

⁷*El Soberano de todos no hará acepción de personas,
ni tendrá consideración ante la grandeza;*

*porque él hizo al pequeño y al grande,
y tiene igualmente solicitud por todos.*

⁸Pero a los poderosos está reservado un riguroso examen.

⁹Así pues, a vosotros, soberanos, van dirigidas mis palabras,

para que aprendáis sabiduría y no caigáis.

¹⁰Pues quienes guardan santamente las cosas santas,

serán reconocidos como santos;

*y quienes se dejaron instruir en ellas,
encontrarán defensa.*

¹¹Ansiad, pues, mis palabras.

Deseadlas y seréis instruidos.

¹²Radiante e inmarchitable es la sabiduría.

Fácilmente se deja ver por quienes la aman;

y se deja encontrar por quienes la buscan.

¹³Se adelanta para darse a conocer a quienes la desean.

*¹⁴Quien por ella madruga, no se fatigará,
pues a sus puertas la hallará sentada.*

*¹⁵Meditar en ella es perfecta prudencia;
y quien por ella vela, pronto se verá sin cuidados.*

*¹⁶Ella misma busca a los que son dignos de ella;
en los caminos se les muestra con complacencia,
y en todo pensamiento les sale al encuentro.*

¹⁷Comienzo es de ella el deseo sincerísimo de instruirse,

y el interés por instruirse es amarla.

*¹⁸Amarla es guardar sus leyes;
y observar sus leyes es garantía de incorruptibilidad.*

¹⁹Y la incorruptibilidad hace que se esté cerca de Dios.

²⁰Así pues, el deseo de la sabiduría conduce al reino.

*²¹Por lo tanto, si os complacéis en tronos y cetros,
soberanos de los pueblos,
honrad la sabiduría, para reinar por siempre.*

²²*Voy a proclamar qué es sabiduría y cómo nace,
y no os ocultaré sus secretos;
buscaré sus huellas desde sus orígenes,
pondré al descubierto el conocimiento de ella.
No dejaré a un lado la verdad.*

²³*Ni caminaré con la envidia que corroe,
porque ésta nada tiene de común con la sabiduría.*

²⁴*La multitud de sabios es salvación del mundo;
y un rey inteligente, estabilidad de un pueblo.*

²⁵*Así que dejaos instruir por mis palabras,
y sacaréis provecho.*

Una cumbre de jefes de Estado

El presente capítulo tiene el tono de un discurso que el rey Salomón dirige a cuantos, al igual que él, están condecorados con el título regio. Como en *Sab* 1, el autor nos introduce en una asamblea imaginaria de los soberanos del mundo, para hacernos escuchar las palabras que el rey Salomón, el gran sabio, dirige a cuantos tienen la responsabilidad política de la humanidad. En resumen, para decirlo con palabras de hoy, estamos ante una cumbre de jefes de Estado. La puesta en escena sugiere inmediatamente un primer significado que el libro de la Sabiduría quiere dar a este capítulo. Se trata de una cuestión del más alto nivel y de la máxima importancia para la humanidad entera.

Enmarcan el capítulo las palabras que Salomón dirige directamente a los reyes (6, 1-11.21-25). En el centro del discurso, dejando de lado a los destinatarios inmediatos de sus consideraciones, el orador teje el elogio del *deseo* de la sabiduría (6, 12-20).

Ésta es la filosofía del buen gobierno, y del buen gobierno depende la felicidad de los pueblos y de los

individuos. Es la razón por la que los reyes se han reunido para escuchar a Salomón, el rey filósofo. También por esta razón se nos invita a nosotros, detrás de los reyes, a leer las palabras fundamentales de Salomón para extraer de ellas algo beneficioso en las situaciones de nuestra vida. También Platón había escrito la *República* para hombres políticos, responsables de gobierno, aunque sin excluir a cualquier lector de modesta condición deseoso de comprender mejor las grandes leyes de la vida humana.

Poder y responsabilidad

El capítulo se abre con una exhortación a aprender (vv. 1-11). El lenguaje está salpicado de acentos intelectuales. Tanto al comienzo como al final se multiplican los términos de la enseñanza: «escuchar», «comprender», «aprender», en el v. 1; «aprender sabiduría», «dejarse instruir», «instruirse» en los vv. 9-11. Los destinatarios de la exhortación son los reyes y los jueces de todos los rincones de la tierra, los representantes de gobierno y de la magistratura (v. 1). Su poder se funda en la importancia de las naciones que dirigen (v. 2).

Pero se trata de un poder que han recibido de Dios (v. 3) y del que Dios pide cuentas. Es un concepto clave de toda la Sagrada Escritura. Todo poder humano, cualquiera que sea, es una participación en el poder divino. Es una porción del poder de Dios encomendada a nuestras manos. Nos hace semejantes a Dios porque hace de nosotros administradores suyos en la tierra.

Y puesto que todo ser humano tiene al menos una pequeña porción de poder sobre las cosas, sobre los animales y sobre el prójimo, cada uno comparte de una forma u otra esta dignidad. Los padres, por

ejemplo, a los que corresponde la tarea de guiar a los hijos; los maestros, encargados de la enseñanza; los empresarios, puestos al frente de los obreros...

Este poder encomendado a las manos de los hombres es una responsabilidad. El Señor pide cuentas de su gestión (v. 3). En razón de esta responsabilidad, los jefes de las naciones se exponen a la condena. Sobre su conciencia pesan injusticias. Eran simples instrumentos al servicio de Dios (v. 4), y se desentendieron de las intenciones divinas.

Un libro para los «pequeños»

Cuanto más alta es la autoridad, tanto mayor será la responsabilidad (vv. 6-8). Entre los hombres, la autoridad se convierte fácilmente en un pretexto para tomarse libertades ante el deber y para beneficiarse de las más amplias posibilidades que asegura el poder y que no son accesibles a la gente común. Como dice el proverbio, el pez grande se come al chico. Para Dios vale lo contrario. Él no considera con rigor los errores cometidos por los pequeños, pero es inexorable con los grandes. Ésta es su forma de juzgar (Lc 12, 48).

A diferencia de los hombres, a los que se puede intimidar y condicionar, el Señor no tiene miedo a nadie y no se preocupa por atraerse el favor de nadie. Él está por encima de todo esto. Y es esta condición la que garantiza la imparcialidad de su juicio. El libro de la Sabiduría subraya, por tanto, que la justicia perfecta no es de este mundo. En efecto, aquí abajo los jueces están sometidos a influencias y manipulaciones.

Sin embargo, esta evidencia no desemboca en el cinismo. La justicia existe realmente: se encuentra en Dios. Tal es la convicción que los pobres y los pe-

queños sacan de su fe y que alimenta su esperanza: llegará un día en que se les hará justicia.

Nos hallamos, pues, ante una sorprendente inversión de perspectiva. Si, en apariencia, el autor de la Sabiduría de Salomón arenga a una asamblea de soberanos, en realidad nos damos cuenta de que se dirige a los que buscan la justicia. En efecto, ¿quién tiene interés en oír que Dios sopesa con rigor la justicia de este mundo sino el que sufre porque no se le hace justicia en los tribunales humanos? Con otras palabras, el libro de la Sabiduría interpreta las expectativas de todos los que tienen hambre y sed de justicia pero no se pueden saciar en esta tierra, donde prevalecen sentencias erróneas, parciales o incluso injustas.

Por tanto, aunque su apariencia literaria sea refinada y exclusiva de un discurso pronunciado en presencia de los soberanos de la tierra, los verdaderos destinatarios de esta obra sapiencial son los hombres y las mujeres que tienen necesidad de poder recurrir a Dios, juez justo, contra la justicia imperfecta o malvada de los poderes terrenos. Dios es su esperanza en la lucha contra la arbitrariedad y la parcialidad de los tribunales humanos, demasiado dispuestos a servir a sus propios intereses en lugar de ponerse al servicio de la ecuanimidad.

La sabiduría y la justicia

A la luz de este sexto capítulo, la sabiduría da muestras de que es mucho más que una doctrina o una filosofía. Es la justicia soberana que no se deja intimidar, que no está expuesta a maniobras o condicionamientos, que no está preocupada por agradar a los poderosos. Es independencia y libertad interior y exterior. Por eso es divina: en efecto, ¿quién posee esta justicia suprema sino sólo Dios?

De este modo, el rey Salomón puede concluir su exhortación a los soberanos con estas palabras: «No caminaré con la envidia que corroe, porque ésta nada tiene de común con la sabiduría. La multitud de sabios es salvación del mundo; y un rey inteligente, estabilidad de un pueblo» (6, 23-24). Mundo y pueblo tienen necesidad de «sabios», de «reyes sabios» en los que encuentren protección contra los abusos de poder. El objetivo del discurso es subrayar de qué tienen necesidad las multitudes (el «mundo» y el «pueblo») para ser «salvadas», es decir, para vivir en paz. Los reyes sabios son útiles a los pueblos, no porque sepan muchas cosas o porque sean inteligentes, sino porque administran una justicia perfecta. ¡Pero no basta! Se requiere también que sean soberanamente libres al emitir sus juicios.

La sabiduría es, pues, «política». No perfecciona al individuo en sí mismo o para sí mismo. Al contrario, lo habilita para la acción pública, en favor de cuantos apelan a la justicia. Los sabios preparan en la tierra el reino de la justicia que es el reino de Dios. Son prenda de esperanza. Mientras viven entre los hombres, pervive también la fe en que la justicia es realizable y en que es posible hallarla. La existencia de los sabios es una luz para los pobres y para los débiles.

Desear la sabiduría

En el centro del discurso con que Salomón traza los rasgos de la sabiduría-justicia ante los poderosos de la tierra hallamos un poema de amor. Es casi un himno al deseo. La forma sigue siendo, evidentemente, el discurso o la enseñanza; pero el conjunto se tiñe de vetas líricas. El autor da libre curso al sentimiento. Las expresiones con que topamos llevan la

huella del deseo: «la sabiduría fácilmente se deja ver por quienes la aman; y se deja encontrar por quienes la buscan» (v. 12), «se adelanta para darse a conocer a quienes la desean» (v. 13), «quien por ella madruga» (v. 14), «meditar en ella», «quien por ella vela» (v. 15), «la sabiduría busca a los que son dignos de ella», «en los caminos se les muestra», «les sale al encuentro» (v. 16), «comienzo de ella es el deseo» (v. 17), «así el deseo de la sabiduría» (v. 20). Búsqueda, deseo, encuentro, meditación, vigiliass; y esto por ambas partes: por parte de los que aman la sabiduría, la desean y la buscan, y por parte de la sabiduría misma, que se mueve en busca de los que la aman y quiere salir a su encuentro.

La palabra «amor» ocupa también un puesto central en el discurso: la sabiduría «se deja ver por quienes la aman» (v. 12), «el interés por instruirse es amarla. Amarla es guardar sus leyes» (vv. 17-18).

Somos, pues, testigos de una búsqueda recíproca y de una relación incansable por parte de dos enamorados. La sabiduría es la amada cautivada por el amor de que es objeto y que a su vez se vuelca sobre quien la ama.

El Cantar de los Cantares en el libro de la Sabiduría

Es imposible encontrar la sabiduría sin enamorarse de ella. Posee la belleza de quien está en la flor de la vida. En efecto, es «inmarchitable», en sentido literal, lo que no se aja, lo que conserva la frescura de lo que brota y florece. El que pone sus ojos en dicha belleza queda seducido. Se enamora de ella, se dispone a buscarla (v. 12) y está pronto para acogerla. Ella misma lo busca a su vez, lo mismo que se buscan mutuamente los dos enamorados del Can-

tar de los Cantares. Están en vela, esperan desde el amanecer a que se abran a la sonrisa los labios de la persona amada (v. 14). Han desatendido el sueño, han permanecido en el camino, junto al umbral de la puerta (vv. 14 y 16). La figura estilística de los vv. 17-19, el llamado «clímax», desencadena una dinámica comparable a la de los latidos del corazón en ritmo acelerado, para expresar el logro de un doble objetivo: acercarse a Dios y verse revestido de su dignidad.

La sabiduría no es, pues, una ciencia árida. Al contrario, suscita sentimiento, arrobamiento, amor. Despierta las pasiones profundas y se entrega con el impulso de todo el ser.

¿Por qué Salomón, en este contexto, se expresa con un lenguaje típico de la poesía amorosa, cuyos acentos se asemejan a los del Cantar de los Cantares? ¿Ha olvidado que se está dirigiendo a los soberanos del mundo?

El hecho es que sería restrictivo ver en la sabiduría sólo una filosofía necesaria para el ejercicio del poder. Es mucho más: une a Dios (v. 19). Es un itinerario místico, una fuerza irresistible que arrastra por un camino en que no habrá paradas hasta que hayamos tocado a Dios de cerca.

El libro de la Sabiduría quiere comunicar la certeza de que existe una senda que conduce hasta Dios y que une a él en la «inmortalidad» (vv. 18-19): en la permanencia, lejos de todo menoscabo. Sólo Dios no conocerá jamás el ocaso. Gracias a la sabiduría, que tampoco puede conocer el ocaso, Dios nos transformará en sí para hacernos compartir su misma eternidad.

La sabiduría es la amada que hará felices para siempre a cuantos la aman respondiendo a su amor. Es la gracia de la fe viva que atrae hacia Dios.

IV

LA CONDICIÓN DEL HOMBRE, UN TESORO EN VASIJAS FRÁGILES (Sab 7, 1-14)

¹*Yo también soy hombre mortal, semejante a todos,
descendiente del primero que fue formado de la
tierra.*

*En el seno de una madre fui modelado en carne,
²cuajado en sangre por diez meses,
de semilla de varón y del placer que acompaña al
sueño.*

³*Apenas nacido, también yo respiré el aire común,
caí en la misma tierra que todos,
y mi primer vagido fue igual que el de todos: el llanto.*

⁴*Fui criado entre pañales y cuidados.*

⁵*Ningún rey tuvo distinto comienzo en su origen:
⁶una es la entrada de todos en la vida, y la sali-
da será igual.*

⁷*Por eso rogué, y se me dio prudencia;
imploré, y espíritu de sabiduría vino a mí.*

⁸*La juzgué preferible a cetros y tronos,
y en nada estimé la riqueza en su comparación.*

⁹*No la asemejé a piedra preciosa,
porque todo el oro ante ella es un poco de arena,
y la plata, ante ella, parece lodo.*

¹⁰*La amé más que la salud y la hermosura,
y preferí su posesión a la luz;
porque el resplandor que sale de ella es inextin-
guible.*

¹¹*Todos los bienes juntos me vinieron con ella,
y en sus manos había incalculable riqueza.*

¹²*Disfruté de todos ellos porque los trae la sabi-
duría;*

pero ignoraba que ella fuera su engendradora.

¹³*Aprendí sin fraude y reparto sin envidia.
No escondo su riqueza.*

¹⁴*Porque es para los hombres tesoro inagotable.
Quienes la adquieren se atraen la amistad de Dios,
recomendados por los dones que provienen de la
instrucción.*

¡Pobre vida humana!

En ningún otro texto de la Biblia se ofrece un cuadro más realista de la entrada del hombre en el mundo que en el presentado en este capítulo del libro de la Sabiduría. Es Salomón el que habla. ¡Qué contraste entre el prestigio de que goza un soberano como él, en el ápice de la gloria, y la humildad de su venida al mundo, que no se distingue en absoluto de la de los restantes seres humanos. La entrada en el mundo es la misma para todos. Las diferencias aparecerán más tarde. El dato de partida es de igualdad radical: ésta pertenece al comienzo, y por tanto es fundamental, más que cualquier distinción posterior.

Esta igualdad reaparecerá al final de la trayectoria humana: en la salida del mundo, en el momento de la muerte. La primera línea del versículo inicial lo subraya de inmediato: «yo también soy un mortal, un hombre» (7, 1). Exactamente así puede traducirse la frase griega. El término «mortal» precede

al de «hombre»: antes incluso de identificarse como un ser humano, Salomón se designa como una criatura destinada a la muerte.

Por tanto, en la venida al mundo y en la partida del mundo los hombres son fundamentalmente iguales. Pero ¡qué igualdad! La de la debilidad, lo inerte y hasta la miseria. Las circunstancias del nacimiento, como las de la muerte, bastan para demostrarlo. Pero Salomón no se detiene aquí. No sólo la venida al mundo del individuo particular está envuelta en una precariedad extrema, sino que el origen del género humano como tal, su aparición en el alba de la historia es cualquier cosa menos gloriosa, porque el hombre procede del polvo del suelo. La segunda línea del versículo citado lo declara sin ambages (7, 1): «descendiente del primero que fue formado de la tierra». A través de la cadena de las generaciones nos remontamos al origen primitivo que es la tierra bajo nuestros pies. La condición humana está al nivel del suelo que pisamos. Todas las grandezas y todas las glorias no pueden cambiar lo más mínimo este dato evidente: la muerte nos transformará de nuevo en el polvo del que venimos.

Salomón evoca con tonos poéticos lo que nosotros llamamos la embriogénesis (v. 2), el parto (v. 3) y la primera infancia (v. 4), pasando luego a afirmar de nuevo la igualdad radical de todos, tanto en el nacimiento como en la muerte (vv. 5s.).

La formación del ser humano es presentada con términos relativos a los órganos y procesos biológicos: el seno de la madre, la carne, la sangre coagulada que adquiere los rasgos del embrión, el espermatozoide, el sueño y el placer sexual que llevan a la concepción de un nuevo ser (vv. 1s.). Estamos en el ámbito de lo fisiológico. Por lo que se refiere al parto, Salomón insiste de nuevo en la igualdad: «también yo respiré el aire común», el que *todos* respiran; «caí

en la misma tierra que *todos*»: en efecto, los recién nacidos caen *todos* del seno materno como frutos de lo alto del árbol; «mi primer vagido fue igual que el de *todos*: el llanto» (v. 3). Respirar, caer en la tierra, llorar: ésas son las primeras míseras actividades del hombre, idénticas para todos. La primera infancia la resumen los «pañales» y los «cuidados» (v. 4): ambos subrayan la total indefensión. En efecto, el niño no controla sus funciones físicas y los padres afrontan con desvelos los peligros que lo rodean: enfermedades, infecciones, incidentes de todo tipo.

¿Qué tienen, pues, en común, los meses de embarazo, y luego la concepción, el nacimiento y la primera infancia? Que el niño no tiene ningún poder sobre estos acontecimientos y que lo único que puede hacer es caer del seno materno, gritar y respirar. Y no es mayor la influencia de los padres en la génesis del hijo. Su origen se realiza en el sueño y en el placer en que se adormecen las facultades conscientes. La formación embrionaria del niño se les escapa a los padres, que apenas consiguen proteger su primera infancia. En una palabra, todo es sumamente *precario*, y esto vale para todos. No hay soberano que goce de un origen distinto (v. 5). Sólo hay una manera de venir al mundo, como sólo hay una manera de salir, y son obligatorias para todos (v. 6).

La dignidad del hombre: ¿engaño o realidad?

Vemos con claridad, en este momento, cuál es el verdadero tema que apunta el libro de la Sabiduría: la realidad humana, considerada bajo el aspecto de precariedad y de miseria. El hombre no vale mucho, y la gloria con que le gusta adornarse es sólo una máscara. Es la simulación de una nobleza aparente, que no existe en realidad. Debilidad y miseria son la

verdad del hombre, y Salomón la pone al desnudo valiéndose de los temas del nacimiento y de la muerte para pintar su cuadro negativo.

En efecto, el nacimiento del hombre presenta un aspecto animal, sin dignidad alguna que destaque. Esta misma observación podría aplicarse a la muerte, que reduce a los hombres a polvo y tierra. El libro de la Sabiduría conoce, pues, la tentación del cínico, que se niega a creer en una dignidad humana especial. El hombre le inspira más bien disgusto y desprecio.

Sin embargo, en este panorama hecho de tonos oscuros, nuestro libro abre un resquicio luminoso: el soberano sabio encarna la verdadera nobleza. Ésta no niega la miseria que ciertamente caracteriza a la condición humana, pero propone la alternativa de una auténtica dignidad accesible al hombre. Una dignidad que el rey expresa de la forma más alta, si ha recibido la sabiduría de Dios.

Las dignidades decepcionantes

Es natural que los hombres traten de revestir su miseria con dignidades de todo tipo. Una de éstas, y una de las principales, viene de las riquezas. La búsqueda de la belleza física y de la buena salud persiguen el mismo objetivo: hacer olvidar la miseria del hombre visto de cerca.

El libro de la Sabiduría recoge la antiquísima leyenda del sueño de Salomón en el santuario de Gabión (1 Re 3, 4-15). Durante la noche, el Señor se le aparece a Salomón y le dice: «¡Pídeme lo que he de concederte!». Salomón no pide ni riqueza, ni una vida larga, ni la victoria sobre sus enemigos, sino un corazón capaz de comprender, para gobernar al pueblo y administrarle justicia. El Señor se complace en

la elección y le promete atenderlo, concediéndole además la riqueza, la celebridad y una vida larga, bienes que Salomón no había pedido.

Inspirándose en este pasaje del libro primero de los Reyes, nuestro autor pone en los labios de Salomón un elogio de la sabiduría, bien que supera todos los demás valores de la vida.

La sabiduría es preferible al poder (v. 8), a la riqueza (vv. 8-9), a la salud y a la belleza física (v. 10). Y trae consigo —¡qué maravilla!— riqueza, poder y todos los demás bienes (vv. 11-12).

La nobleza a los ojos de Dios

La sabiduría es, pues, estima y valor del hombre, un don que hay que pedir a Dios (v. 7), como hizo Salomón. La sabiduría es prudencia y espíritu (v. 7), luz (v. 10), un tesoro inagotable (v. 14). Gracias a ella Dios nos concede su amistad: formados por la sabiduría, recibimos dones que nos unen a Dios (v. 14).

La visión que el hombre tiene de sí mismo es, pues, insuficiente. A los ojos de Dios puede revestirse de una nobleza difícilmente perceptible, porque entra en el orden de lo espiritual. Consiste en una cualidad interior que es mucho más que una inteligencia brillante. Es un espíritu que hace al hombre tan grato a los ojos de Dios que el mismo Dios lo honra con su amistad.

Miseria y grandeza a un tiempo

Existen, en efecto, dos realidades: la precariedad del ser humano y su nobleza. La miseria del hombre es evidente: bastan para manifestarla las circuns-

tancias de su entrada en el mundo y de su muerte. Su nobleza, por el contrario, no es igual de evidente. ¡Ésta es objeto de fe! Se convierte en un hecho de experiencia cuando rezamos para conseguir verla. Una petición a la que Dios responde concediendo la sabiduría, cualidad interior que ennoblece al hombre más que cualesquiera cualidades exteriores como la belleza, la riqueza, el poder y otros bienes por el estilo. Esta diferencia entre las cualidades que distinguen a los hombres se palpa con la mano; el valor de la sabiduría, que equivale a la amistad misma de Dios, salta a la vista de los que saben ver. Es casi el secreto de la santidad, el esplendor que dimana de una interioridad oculta, pero que llama la atención y atrae las miradas con la belleza de su luz.

V

ORACIÓN PARA OBTENER LA SABIDURÍA (Sab 9)

¹*¡Dios de los padres y Señor de la misericordia,
que con tu palabra hiciste el universo,*

²*y con tu sabiduría formaste al hombre,
para que dominara sobre tus criaturas,*

³*gobernara el mundo con santidad y justicia,
y ejerciera el derecho con rectitud de almas!*

⁴*Dame la sabiduría que comparte tu trono,
y no me excluyas del número de tus hijos.*

⁵*Porque siervo tuyo soy e hijo de tu esclava,
hombre débil y de vida efímera,
demasiado pequeño para comprender la justicia y
las leyes.*

⁶*Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de
los hombres,
si le falta la sabiduría que de ti procede, será es-
timado en nada.*

⁷*Tú me escogiste por rey de tu pueblo,
y por juez de tus hijos e hijas.*

⁸*Me mandaste edificar un santuario en tu santo monte,
y un altar en la ciudad de tu morada,
imitación del santo tabernáculo
que desde el principio habías preparado.*

⁹Contigo está la sabiduría, la que conoce tus obras,
la que estaba presente cuando hacías el mundo,
la que sabe lo que es grato a tus ojos
y lo que es recto según tus mandamientos.

¹⁰Envíala desde los cielos santos,
mándala desde el trono de tu gloria,
para que esté a mi lado y conmigo trabaje
y yo sepa lo que es grato ante ti.

¹¹Porque ella todo lo conoce y lo comprende todo;
ella me guiará sabiamente en mis actos
y me protegerá con su gloria.

¹²Así mis obras te serán agradables,
juzgaré a tu pueblo con justicia,
y seré digno del trono de mi padre.

¹³¿Qué hombre conocerá el querer de Dios?
¿O quién imaginará lo que el Señor quiere?

¹⁴Los pensamientos de los mortales son mezquinos,
e inestables nuestras reflexiones.

¹⁵El cuerpo corruptible agrava el alma,
y la tienda terrena oprime la mente muy preocupada.

¹⁶Apenas barruntamos lo que sucede en la tierra,
y con trabajo descubrimos lo que está a nuestro
alcance.

¿Quién rastreó lo que hay en los cielos?

¹⁷¿Quién conocería tu querer, si tú no le dieras sa-
biduría;

si no le enviaras de lo alto tu espíritu santo?

¹⁸Así fueron rectificadas los caminos
de los que moran en la tierra;

así aprendieron los hombres lo que es de tu agrado,
y por la sabiduría se salvaron.

Un espejo de todo el libro

En el centro del libro que estamos comentando
está la oración que Salomón dirige a Dios para im-

plorar la sabiduría. Viene tras la defensa de la sabiduría divina contra los escépticos (*Sab* 1 - 8) y precede a la manifestación de la sabiduría en los orígenes el mundo y del pueblo elegido (*Sab* 10 - 19). Esta posición central hace destacar especialmente.

La sabiduría es, pues, objeto de oración. Los soberanos tienen una particular necesidad de ella, pero no la pueden conseguir por sí solos. Sus orígenes son divinos. Es una gracia, un favor concedido por Dios. Existe un punto en el que Dios y el hombre se encuentran: es la sabiduría que Dios comunica al hombre. El pensamiento humano se vuelve entonces divino; y la sabiduría divina, por su parte, entra en el pensamiento humano. La sabiduría divina «se encarna» en el corazón del hombre sin abandonar su morada en el seno de Dios.

La oración de Salomón resume todo el libro por medio de tres estadios sucesivos. Primero invoca al Señor, creador del hombre (vv. 1-4): esta súplica corresponde a los capítulos 1 - 6. Luego Salomón recuerda al Señor su propia llamada para pedirle de nuevo la sabiduría (vv. 5-12): es la parte central, la más larga, y corresponde al tema de los capítulos 7 y 8. La conclusión de la oración (vv. 13-18) echa un vistazo a la historia de los hombres, que tienen necesidad de sabiduría pero no la pueden encontrar. Éste es el motivo por el que Dios la ha revelado. A esta conclusión corresponden los capítulos 10 - 19.

Colocada, pues, en el centro del libro, la oración de Salomón constituye una especie de resumen del mismo. Parece evocar una composición heráldica: un pequeño escudo en el centro de un escudo más grande, con el que se corresponde reproduciéndolo en miniatura. El pensamiento del autor se reproduce así en sus líneas esenciales en esta bella oración situada en el corazón de la obra.

Al Señor se le invoca bajo dos títulos: «Dios de los padres y Señor de la misericordia». Los padres son los patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y sus doce hijos, más las generaciones que los siguieron, de las que se originó el pueblo. Los descendientes gozan del favor que Dios reserva a los antepasados. Él está dispuesto a acoger a los hijos no por ellos mismos, sino a causa de sus padres; y aunque los hijos quizá no merezcan ya el favor divino, por respeto a los padres Dios lo concede a pesar de todo. Los descendientes viven del capital de gracia con que Dios ha colmado a sus antepasados, como si éstos protegieran a los hijos y a los hijos de los hijos bajo un manto de santidad. «Dios de los padres» es, pues, una expresión de la sobrea-bundancia de la gracia divina que no se agota al derramarse sobre un único individuo, sino que llena a cuantos están unidos a él. Santifica los vínculos naturales entre los hombres. Es vínculo de solidaridad.

«Señor de misericordia» añade al favor divino una dimensión más: la generosidad. En efecto, el término «misericordia» de la Biblia griega corresponde al hebreo *hésed*. Es una cualidad de Dios y de los justos, cercana a la *pietas* de los romanos. Gracias a ella nos disponemos con alegría a servir. Y siempre hay quien tiene necesidad de ser servido para poder vivir. Los niños estarían condenados a morir sin la entrega de sus padres; los viejos morirían de soledad sin el afecto de los jóvenes; los pobres no se librarían de la muerte si no hallaran algo de compasión... Entrega, alegría de hacerles la vida posible a otros, sentimiento del deber y de la responsabilidad ante las necesidades que se presentan: ése es el significado de lo que la Biblia llama *hésed*. Las antiguas versiones de los Setenta (s. III a. C.) y de la Vulgata (hacia el 400 d. C.) optaron por traducir con el término «mi-

sericordia» (en griego, *éleos*). En efecto, quien responde con el propio compromiso a la pobreza y a la desventura ajena es compasivo y misericordioso.

Salomón recurre, pues, al Señor, que lo atenderá por dos motivos: por amor a sus antepasados, los patriarcas, y porque Dios no olvida al pobre que clama a él.

La fe cristiana continúa esta teología de la oración del antiguo sabio: «Dios atiende nuestra invocación por amor al Hijo y a los santos, y por la misericordia que experimenta ante nuestras miserias».

La sabiduría, reina

Dos veces implora Salomón el don de la sabiduría (vv. 4 y 10-11). «Dame la sabiduría que comparte tu trono». Es una de las expresiones más audaces de toda la Sagrada Escritura: ¡Dios en su majestad, junto a una reina que comparte «sus tronos»! El plural sirve para expresar la sublimidad, la divina soberanía del reino de Dios. Una soberanía que el Señor no ejerce por sí solo. Una reina gobierna junto con él, al igual que él, porque también ella está sentada en el trono divino.

La reina mora en los cielos santos (v. 10), en el trono de la gloria de Dios. Salomón ruega al Señor para que se la regale, se la mande. Porque ¿quién mejor que la sabiduría reina, que ejerce la soberanía junto con Dios, podría enseñar a un soberano el arte de ejercer el gobierno?

Enviada a Salomón, la sabiduría estará a su lado y compartirá su obra en la tierra, del mismo modo que está la lado de Dios en el cielo. En virtud de su omnisciencia divina, puede mostrar al rey lo que le agrada a Dios, guiarlo y conservarlo en la gloria de que está revestida.

La sabiduría es reina y desempeña su obra de mediadora entre Dios y el rey Salomón. No deja de gobernar con Dios en el cielo, por más que descienda al lado de Salomón para gobernar con él sobre la tierra.

¿Cuál es el valor de estas imágenes espléndidas? Sublime presencia femenina junto a Dios y al mismo tiempo al lado de un soberano de la tierra al que se le concede como gracia incomparable, la sabiduría es juntamente celeste y terrena, divina y humana. Es Dios mismo en cuanto se comunica a los hombres. Es Dios que permanece más allá y por encima de todo cuanto existe, pero que comparte lo que sabe y lo que quiere con los hombres que se abren a él. La sabiduría es el rostro de Dios vuelto hacia los hombres. ¿Por qué, pues, este rostro cobra aquí las facciones de una mujer, de una reina? Es verdad que el término «sabiduría» está en femenino tanto en hebreo como en griego, pero esto no explica por sí solo el paso a la personificación. Esta última existía ya en la tradición cuando el autor del libro de la Sabiduría componía su obra: podía, pues, valerse de ella (*Prov* 8; *Bar* 3, 32-38). En *Prov* 8, 22-31, la sabiduría participa en la obra de Dios creador. En los Proverbios y en Baruc desciende sobre la tierra, va en busca de los hombres para estar con ellos.

Sin embargo, el libro de la Sabiduría es el único que la presenta como una reina. En aquellos tiempos la reina no ostenta el poder por sí misma. Toma parte en él en la medida en que el rey, dueño absoluto del mismo, lo comparte con ella. Por eso, la imagen de la sabiduría-reina sugiere en primer lugar el poder y el saber de Dios *comunicados*.

En segundo lugar, puesto que la reina no es la última instancia del poder, está más cerca de los súbditos que la invocan que el mismo rey, del que dependen las decisiones finales. Está, pues, cerca de los

suplicantes como lo está también del rey, y por tanto ejerce de mediadora entre las dos partes. ¿Quizá porque este papel parece adaptarse de modo particular a las mujeres, que se dejan impresionar más fácilmente por la miseria ajena?

Es lícito pensar que han sido éstas las razones que han sugerido al autor el simbolismo de la sabiduría reina y mediadora. Figuras que él habría trazado intuitivamente, prolongando una tradición que ya había empezado a personificar la sabiduría de Dios.

La necesidad de la sabiduría para conservar la creación (vv. 1-4)

¿Por qué tiene, pues, Salomón suma necesidad de la sabiduría? Nos lo explica en los tres estadios de su oración.

Dios ha creado el mundo por medio de su palabra, expresión de su pensamiento (v. 1). Luego, en su sabiduría, ha puesto al hombre para gobierno de los seres. En esto el libro de la Sabiduría refleja el primer relato de la creación (*Gén* 1, 26-29) y el salmo 8 (v. 2). Pero subraya, además, que este gobierno debe ser justo y santo, y que supone la rectitud del alma (v. 3). *Justo* para conjurar la anarquía y la guerra; *santo* porque está marcado con el sello de Dios. El gobierno del hombre puede y debe corresponder al gobierno de Dios. En efecto, quien administra una provincia lo hace en nombre de su soberano, el cual espera una gestión de acuerdo con sus propias directrices. La rectitud del alma indica la ausencia de segundas intenciones y de doblez. Es la lealtad perfecta del hombre-gobernador en relación con Dios, su soberano. La sabiduría consiste aquí en las cualidades de la inteligencia y en cualidades morales, unas y otras necesarias para un buen gobierno.

En esta primera petición de la oración (vv. 1-4), al hombre como tal se le compara con un soberano que reina sobre la creación. Tiene, por tanto, necesidad de la sabiduría de Dios para administrar correctamente el poder regio que se le ha confiado. Ni los hombres ni los poderosos son dueños absolutos. Son sólo administradores. El Señor les ha encomendado una delegación de poder sobre bienes y personas que siguen perteneciéndole sólo a él. De ahí nace el deber que tiene la humanidad de salvaguardar la creación.

Salomón concluye la primera parte de su oración con una última súplica (v. 4): «y no me excluyas del número de tus siervos». Es que, si a quien gobierna se le encuentra en contradicción con Dios, su señor, éste lo destituye de todo poder. Su destino es la ruina. La sabiduría consiste aquí en la capacidad de realizar bien el servicio que Dios nos encomienda.

Pero la expresión tiene otro significado más: «y no me excluyas del número de tus hijos». Dado que el término griego *pais* puede traducirse por «siervo» o «hijo», en el uso que hace de él el libro de la Sabiduría podemos leer este doble significado. El que gobierna según la voluntad del creador la parte del mundo y de tiempo que el Señor ha entregado en su poder no es sólo un administrador fiel de Dios. ¡Es hijo suyo! ¿Por qué? Porque se parece a Dios, hace lo que Dios haría en su lugar, se ajusta a la voluntad de Dios. Y al asemejarse a Dios, es como un hijo en cuyo rostro se leen las facciones de los padres.

«Dichosos los que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos de Dios» (Mt 5, 9), dirá Jesús. Puesto que Dios realiza la paz, los que la construyen en su casa se parecen a él. Hacen a escala pequeña lo que Dios hace a gran escala. Se le asemejan como los hijos se asemejan a sus padres.

La sabiduría se convierte así en una bienaventuranza: hace de nosotros los hijos de Dios que realizan parte de la tarea desempeñada por Dios en el gobierno del mundo.

La necesidad de la sabiduría para realizar la propia vocación (vv. 5-11)

Los cometidos del hombre en general, y los de un rey como Salomón en particular, superan las capacidades humanas (v. 5). Administrar la justicia como lo hace Salomón (v. 7) según el relato de su célebre sentencia (*1 Re* 3, 16-28) sólo es posible si estamos asistidos desde lo alto. En efecto, la experiencia demuestra continuamente cuán falible es la justicia humana. Construir una casa para Dios como lo tuvo que hacer Salomón (*1 Re* 7, 8) va más allá de las competencias de un hombre. Sólo el Señor puede expresar su deseo de tener una morada de tales dimensiones en tal lugar (v. 8). Sin la revelación explícita de Dios, construirle una casa sería una empresa temeraria, superior a las posibilidades humanas (cf. *Gén* 11, 1-9; *2 Sam* 7, 1-13).

Salomón implora, pues, al Señor para que le conceda el don de la sabiduría: la competencia y las capacidades necesarias para realizar lo que Dios le ordena.

En esta perspectiva, la sabiduría representa la inspiración divina que eleva las capacidades naturales y limitadas del hombre para permitirle que responda plenamente a su vocación. En efecto, el Señor llama a propósito a los hombres a cosas que están por encima de sus capacidades. Así sucedió con Moisés, que había fracasado en el intento de socorrer a su pueblo (*Éx* 2, 11-15) y que, después de aquella experiencia, rechazará una y otra vez la vocación de guiar

al pueblo fuera de Egipto (Éx 3, 11 - 4, 17). Y lo mismo le sucedió a Jeremías (1, 4-10).

Es, por tanto, evidente que la sabiduría es una gracia, un suplemento de capacidad que Dios le concede al hombre, el cual no puede contar sólo con sus propios recursos. La sabiduría de Salomón abre aquí el camino a una teología de la naturaleza y de la gracia, como se dirá más tarde, en el ámbito del pensamiento cristiano. La naturaleza representa el punto de partida, es el hombre en su condición humana; mientras que la gracia es una capacidad que viene de lo alto, dada por Dios, con vistas a la realización de una obra que no puede llevarse a cabo sin un apoyo propiamente divino. Acción humana y acción divina se entreveran íntimamente y se convierten en una obra única.

Es lo que expresa magníficamente la oración de Salomón: «ella todo lo conoce y lo comprende todo; ella me guiará sabiamente en mis actos y me protegerá con su gloria. Así mis obras te serán agradables, juzgaré a tu pueblo con justicia y seré digno del trono de mi padre» (vv. 11-12).

La sabiduría es gracia de salvación (vv. 13-18)

La condición humana representa un obstáculo entre Dios y el hombre. El pensamiento de los hombres es inseguro, está condicionado por un cuerpo sometido al cambio y a la muerte. Las preocupaciones dominan el corazón y constituyen un gran límite para la facultad de pensar. Cuando quiere alcanzar conocimientos sólidos, el hombre lo hace al precio de notables esfuerzos, y a menudo con el resultado de un saber muy imperfecto.

Si esto es verdad en el caso de los conocimientos relativos al ámbito terreno, que nos es propio y con-

natural, ¿cómo podemos aspirar a comprender lo que está por encima de la tierra, a conocer a Dios y su voluntad?

Sobre este punto la Sabiduría de Salomón da la razón, por un instante, al agnosticismo que se profesa, por ejemplo, en el Eclesiastés. Es verdad: la condición del hombre, tomada en sí misma, no deja mucho espacio a la confianza en las capacidades de la mente humana respecto al mundo invisible de Dios. La debilidad de la mente es tal y tan insidiosa que el hombre corre el riesgo de pasar al lado de Dios ignorándolo. Es un peligro tremendo, porque fracasar en el encuentro con Dios es la mayor desventura, y, en cambio, descubrirlo, es el tesoro más precioso para el hombre.

Al concluir su oración, Salomón añade de repente una consideración que se revelaría más tarde de enorme importancia a lo largo del pensamiento teológico. Dios socorre a la inteligencia imperfecta del hombre hasta hacerla capaz de comprender las realidades divinas. Se trata de la revelación de la voluntad de Dios. Salomón precisa, en efecto, que el Señor «ha dado la sabiduría y ha enviado de lo alto su espíritu santo» (v. 17). El empleo de los verbos en pasado sugiere una acción divina llevada a cabo en la historia. El resultado es el conceder a los hombres la posibilidad de entender lo que le agrada al Señor (v. 18). Se los ha instruido sobre ello.

Comprender la voluntad de Dios

Para los destinatarios del libro de la Sabiduría era evidente que se trataba de la revelación de la *Torah*, de la Ley recibida en el Sinaí en el origen de la historia del pueblo elegido. El objeto de esta revelación era, pues, garantizar a la inteligencia humana, a pesar

de su debilidad, una mirada aguda y una limpieza necesaria para comprender a Dios y su voluntad. De esta suerte, los hombres podían «rectificar los caminos» (v. 18), es decir, su modo de vivir.

Pero no es todo. Además de comprender a Dios con claridad, gracias a la revelación —descrita aquí como «don de la sabiduría»—, los hombres están *salvados* (v. 18). Escapan, en efecto, al desconocimiento de Dios, una amenaza que se cerniría sobre ellos como una espada de Damocles en caso de que se los dejara abandonados únicamente a sus fuerzas para conocer el mundo trascendente.

¿Qué es, pues, la salvación? La salvación —notémoslo bien: se trata de la última frase de la oración de Salomón: «los hombres por la sabiduría se salvaron»— es la posibilidad que ha dado el Señor a los hombres de comprenderlo a él y su voluntad. En efecto, sólo de este modo se les abre a los hombres el camino para hacer que su vida sea según Dios. Sin esto, corren el riesgo de moverse en la dirección opuesta, alejándose de él o, peor todavía, resistiéndole y abismándose en la oscuridad de su desventura.

La Ley revelada aparece en sintonía con lo que los hombres, en la mejor de las hipótesis, logran intuir de Dios mediante su propia inteligencia. La Ley, sin embargo, aporta a esta intuición, tan difícil y tan singular, una luz sumamente viva. Este conocimiento de Dios revelado en la *Torah* garantiza a los hombres la posibilidad de vivir en conformidad y en armonía con los mismos pensamientos de él.

De nuevo vemos esbozada una cooperación entre naturaleza y gracia, tal como la teología la ha desarrollado en el curso de la historia. La mente humana busca fatigosamente ascender hacia Dios, pero los obstáculos y los impedimentos son tan numerosos que no lo consigue. Dios comunica entonces, a los hombres reunidos al pie de una montaña que se en-

cuentra entre Egipto y Tierra Santa, el conocimiento de lo que él es y de lo que quiere que los hombres sean y hagan. Este grupo de hombres tiene, por tanto, el privilegio de comprender claramente lo que todos los hombres, en el fondo, deben y desean comprender, pero sin alcanzarlo de manera satisfactoria. Esta inteligencia privilegiada, debida a la comunicación especial e histórica que Dios concede a un pueblo elegido para esta misión, es sabiduría y es gracia. Sabiduría porque es un conocimiento elevadísimo, dado que une al hombre con Dios. Gracia porque se concede a un grupo elegido, no a todo hombre. No obstante, la humanidad entera está predispuesta a esa comunicación universal y podría adquirirla, al menos dentro de ciertos límites, en caso de que se dieran las condiciones óptimas. Esto, por desgracia, no sucede con frecuencia.

La gracia de la sabiduría comunicada a Israel en la revelación del Sinaí tiene, pues, un significado para todos los hombres. Por medio de este pueblo particular se podrá extender al conjunto de los pueblos. *Salus ex Iudaeis* (Jn 4, 22): a partir de Israel, que fue el primero en oírla, la palabra de Dios puede resonar en los oídos de la humanidad entera.

Salomón, Israel y Jesucristo

El lector cristiano descubrirá otro sentido más en estas últimas palabras de la oración del rey sabio (vv. 13-18). Salomón no menciona ni la Ley ni la revelación del Sinaí. Se expresa de manera más velada: «¿Quién conocería tu querer, si tú no le dieras sabiduría; si no le enviaras de lo alto tu espíritu santo?» (v. 17). El Señor no ha dado la sabiduría ni ha mandado el Espíritu Santo sólo en el Sinaí. Lo ha hecho también en el Verbo, que se ha encarnado y ha pues-

to su morada en medio de nosotros (*Jn* 1, 14). La oración de Salomón remite a Cristo, Palabra de Dios. Él es la Comunicación que desvela al hombre la naturaleza de Dios, que dice a los hombres qué quiere Dios que sean y qué quiere que hagan. En esta perspectiva los vv. 17-18 manifiestan una profundidad nueva. Reflejan el misterio trinitario: Dios envía la sabiduría que, según san Pablo, es Cristo (*1 Cor* 1, 24): «Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios», y envía su Espíritu Santo (*Act* 2). El conocimiento que el Señor mismo revela de sí es, pues, el de Dios, Sabiduría y Espíritu Santo.

Al hacerse discípulos de Jesús, los hombres acogen la Sabiduría divina; y al recibir al Espíritu Santo, están unidos a Dios. Como concluye diciendo la oración de Salomón: «Así fueron rectificadas los caminos de los que moran en la tierra; así aprendieron los hombres lo que es de tu agrado, y por la sabiduría se salvaron» (v. 18).

VI

EL AMOR TIERNO DEL CREADOR Y UNA REFLEXIÓN TEOLÓGICA

(Sab 11, 15 - 12, 2)

¹⁵*En pago a sus pensamientos insensatos e injustos
con los que, en su extravío,
daban culto a reptiles sin razón y viles bestias,
tú les enviaste en castigo multitud de animales sin
razón;*

¹⁶*para que conocieran que el castigo se recibe
por aquello con que se peca.*

¹⁷*Porque ninguna dificultad tenía tu omnipotente
mano,*

*la que creó el mundo de materia informe,
en enviarles manadas de osos o de fieros leones,*

¹⁸*o desconocidos monstruos recién creados,
llenos de furor, que exhalaran aliento de fuego
o emitieran humareda con estrépito*

o terribles centellas relampaguearan de sus ojos,

¹⁹*que no sólo pudieran triturarlos con heridas,
sino aniquilarlos de espanto sólo con la vista.*

²⁰*Y aun sin esto, que pudieran caer por un soplo,
perseguidos por la justicia,
disipados por el soplo de tu potencia.*

Pero lo dispusiste todo con medida, número y peso.

²¹*El imponerte grandiosamente está siempre en tu mano.*

Y a la fuerza de tu brazo ¿quién podrá resistir?

²²*Porque el mundo entero es ante ti*

como mota de polvo en los platillos,

y como gota de rocío matinal que a tierra cae.

²³*Pero tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y apartas la vista de los pecados de los hombres para que se arrepientan;*

²⁴*porque tú amas todos los seres,*

y nada aborreces de lo que hiciste.

De haber odiado cosa alguna, no la hubieras creado.

²⁵*¿Cómo podría subsistir cosa alguna, si tú no quisieras?*

O ¿cómo conservarse, de no haber sido llamada por ti?

²⁶*Pero tú perdonas a todos, porque tuyos son, Soberano que amas la vida.*

12 ¹*Pues tu espíritu incorruptible en todos está.*

²*Por eso castigas poco a poco a quienes caen,*

y corriges trayendo al recuerdo aquello en que pecan,

para que, apartados del mal, crean en ti, Señor.

Una teología de las religiones (v. 15)

El autor del libro de la Sabiduría escribía en Egipto, donde se hallaba en contacto con el culto egipcio antiguo y con el tolemaico de su tiempo (s. I a. C.). Hebreo convencido, tenía dificultad en comprender esa religión cuyos monumentos, templos y estatuas encontraba por doquier, además del fasto de las ceremonias y de las celebraciones populares. Sobre todo le chocaban las divinidades teriomorfas, es decir, los dioses representados bajo forma de animales a los

que los fieles tributaban su culto. Son imágenes que todavía hoy impresionan cuando se visita Egipto.

Por tanto, un ambiente no sólo politeísta, sino que representaba las divinidades con imágenes, y para colmo con imágenes de animales. A los hebreos les resultaba doblemente escandaloso. No podían interpretar aquellas imágenes como representaciones de las fuerzas divinas que actúan en el mundo. Para ellos se trataba de error y de pecado (11, 15). ¿Por qué?

Según el Génesis (1, 26s.; 5, 1), el Dios único había creado al hombre a su imagen y semejanza. Por tanto, la imagen de Dios tenía que tener forma humana. La representación bajo forma animal no le convenía a Dios en absoluto. Era indigna de él.

En el libro de la Sabiduría encontramos, por tanto, la ley fundamental de la iconografía hebrea y cristiana: ¡ésta no puede crear imágenes distintas de las que se ajustan a los datos bíblicos!

La paradoja: las falsas imágenes revelan al Dios verdadero

El libro de la Sabiduría propone aquí la revelación de un Dios que se vale incluso del error y de la culpa de los hombres. El autor desarrolla su pensamiento recorriendo la historia del Éxodo, en el pasaje que describe las plagas de Egipto (Éx 7 - 12): cuatro géneros de castigos hieren al país: el primero lo constituyen las ranas (Éx 8, 1s), el segundo, de los mosquitos (8, 16s.), seguidos de los tábanos (8, 20) y de la langosta (10, 12-15). ¿Por qué castiga Dios a Egipto por medio de animales, y precisamente de estos animales?

La respuesta parte del presupuesto de que nada es fortuito y sin motivo en el obrar de Dios. Si Dios ha herido a Egipto de este modo, sus razones ha te-

nido sin duda alguna, pues de lo contrario la Sagrada Escritura no se habría entretenido en hablar de ello. Y aquí es donde el autor de la Sabiduría descubre una concepción profunda de la acción creadora y providencial de Dios.

Castigar con suavidad (vv. 15-20)

Ante todo, un principio: en lo que uno peca, en eso se le castiga (11, 16). Las plagas de Egipto, según el autor, sirven de demostración. En ese país se veneraba a imágenes de reptiles y de viles bestias (11, 15). Es una alusión a los cocodrilos, a las ranas y a los escarabajos esculpidos y venerados por los egipcios: su pecado de idolatría. Por eso el Señor se sirve precisamente de animales para herirlos: ranas, insectos agresivos como los mosquitos y los tábanos, la langosta voraz.

Este principio, ilustrado por las plagas de Egipto, corresponde a una experiencia que se repite una y otra vez. El mal cometido produce consecuencias que acaban recayendo sobre el malhechor. Caín había matado a su hermano sin preocuparse del hecho de que siguiendo su ejemplo, algún otro podría matarle a él. El homicidio allana el camino a otros homicidios, y cuanto más útil parece ser el primer homicidio, tanto más despierta el deseo de imitarlo para granjearse idénticos beneficios. «El que derramare la sangre del hombre, por el hombre será derramada la suya», dice la Escritura (*Gén 9, 6*). Y lo que vale para el homicidio vale para cualquier otro pecado.

Pero hay otro motivo por el que Dios hiere a Egipto empleando ranas y pequeños insectos: ¡castiga con suavidad!

En su estilo barroco, típico de la época helenística, el libro de la Sabiduría evoca la posibilidad de

otros castigos (11, 17-20). Dios habría podido herir con mano fuerte: en lugar de insectos y ranas, habría podido recurrir a bestias feroces, o bien a dragones con aliento de fuego (11, 18) o a animales con cabeza de Gorgona (11, 19) para aniquilar a los pecadores. Dios, creador del universo (11, 17), habría podido producir criaturas terroríficas y emplearlas para castigar.

Sin embargo, no hizo nada de esto. Más aún, eligió seres menudos e impotentes para matar. Es la prueba de la mesura en el castigo.

Número, peso y medida (v. 20)

Estamos aquí ante otro principio general, resumido y expresado en una fórmula: «Pero lo dispusiste todo con medida, número y peso» (11, 20). Al libro de la Sabiduría le gustan estos principios. Los cita con frecuencia. Son como senderos abiertos en la madeja inextricable de los hechos y de los acontecimientos: hacen inteligibles y transparentes las realidades y las palabras de la Escritura.

¡Por tanto, en Dios no hay nada excesivo! Le gusta la medida. Los términos usados («medida», «número», «peso») proceden del mundo físico. Son tres propiedades comunes a todos los cuerpos.

Se trata de cualidades, pero en este caso referidas al obrar de Dios. Un obrar que se sitúa de modo antitético respecto a los excesos de la pasión. Las pasiones son como torrentes impetuosos, no conocen medida ni consiguen fijarse un límite. Y, entre ellas, la cólera es una de las peores. ¿A qué excesos de venganza, de crueldad, de destrucción no se ha abandonado? ¡Por eso es tan peligroso querer castigar! ¿Será posible detenerse a tiempo? ¿Será posible mantenerse dentro de los límites de la justicia? Dios

castiga, sin duda. En este caso, hiere a Egipto. Pero sus castigos, al igual que los cuerpos físicos, no rebasan determinados límites. No hay ningún exceso en el castigo divino, nada que se asemeje a la marea inundatoria de una cólera descontrolada. Todo es medida, número y peso; todo es inteligencia, es decir, ponderación. Dado que medida, número y peso pertenecen al campo de la física y de la matemática, se quiere describir metafóricamente un ámbito de la inteligencia y de la reflexión libre de todo influjo pasional, un mundo en el que sólo cuentan las leyes del pensamiento, en el que los sentimientos no dominados sólo servirían para perturbar el curso ordenado de los razonamientos.

Así es como Dios ejerce su castigo, cuyas características son las siguientes: es necesario, pero está exento de cualquier exceso, está libre de toda pasión, es tranquilo y sopesado.

La benignidad de Dios (vv. 21-23)

Quien sólo posee una visión superficial de las cosas podría considerar la benignidad o mansedumbre como la cualidad de los indefensos. Tal era el pensamiento de Nietzsche. Si no tienen ningún poder, ¿qué otra cosa pueden hacer los débiles salvo buscar paz en su debilidad? ¡Pero una paz así no sería benignidad! Ésta supone, por el contrario, el poder de reaccionar: pero un poder que ella controla y que no se desborda más allá de ciertos límites, precisamente porque está controlado.

Dios es benigno porque es omnipotente. La comparación entre el universo y Dios se describe en términos impresionantes. El mundo es un minúsculo grano de polvo ante el creador (11, 22). Y como si esto equivaliera a concederle todavía cierta trascen-

dencia, una segunda comparación subraya de manera más evidente la inconsistencia del mundo entero ante Dios: se asemeja a una gota de rocío que cae a tierra cuando se alza el día (11, 22). Y se evapora inmediatamente.

En cuanto a Dios, él dispone en todo momento, y sin rivales (11, 21), de sus grandiosas posibilidades de acción, simbolizadas por medio de la metáfora bíblica del brazo (*Is* 51, 9; 52, 10). Dios es soberano. Y puesto que su soberanía es absoluta, no tiene necesidad de sostenerla y de guardarla celosamente. ¿De quién habría de tener miedo? Soberano y libre como es, puede tener piedad de los hombres: «tienes piedad de todos, porque todo lo puedes» (11, 23). La liturgia romana recoge esta idea del libro de la Sabiduría introduciendo la oración del vigésimosexto domingo ordinario con las palabras siguientes: *Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas* («Dios que revelas tu omnipotencia sobre todo con la misericordia y el perdón»).

Si, pues, la mansedumbre es la virtud de los fuertes, lo es de Dios, y en el grado más alto. Toma bajo sus cuidados, espera, es paciente, conserva, guarda en lugar de revolverse, ensañarse, abatir, herir y demoler.

La creación, espejo del amor tierno de Dios (11, 24 - 12, 1)

¡Dios cierra los ojos para no verse forzado a fijar la mirada en los pecados de los hombres! ¿No debería intervenir para castigar? Prefiere no ver nada y esperar que el hombre se convierta. Esta actitud es expresión no sólo del amor de Dios, sino de la ternura de su amor. Las frases se suceden en este texto para decir con qué arrobamiento se inclina el creador hacia las criaturas: las ama, no podría aborrecer

nada de cuanto ha hecho, no detesta nada (11, 24), quiere a los seres y los llama a la vida; desea conservarlos (11, 25), los perdona, porque le pertenecen; es amigo de modo especial de la vida humana (11, 26); infunde incluso una parte de su espíritu en todos los seres (12, 1).

¡Por tanto, ni rechazo ni indiferencia! Al contrario, Dios quiere a toda criatura, sin excepción. El pasaje insiste en este punto: nadie es objeto de rechazo (11, 24). Dios perdona a todas las criaturas (11, 26), porque a todas se les da el espíritu de Dios. El hecho mismo de que existan demuestra su valor, porque si no tuvieran ningún valor Dios no las habría creado. Son obra suya (11, 24); las ha querido y las ha llamado a la existencia. Su relación con ellas es, pues, personal, íntima, está impregnada de ternura (11, 25). Las perdona, derramando sobre ellas un amor que supera cualquier mérito que puedan tener (11, 26).

Las criaturas son, pues, el bien de Dios: él siente predilección por las almas, las personas y la vida (11, 26). Éste es, en efecto, el sentido del título que se le da aquí: *philopsychos*, un título que no se encuentra en ningún otro pasaje de la Biblia.

El libro de la Sabiduría subraya que estamos ante una realidad que no tiene necesidad de demostración, de tan evidente que es: «¿cómo podría subsistir cosa alguna, si tú no quisieras? O, ¿cómo conservarse, de no haber sido llamada por ti?» (11, 25). ¿Podemos pensar que Dios ha creado un ser para odiarlo? (11, 24).

Ternura y castigo (12, 2)

¿Puede acaso la ternura suscitar en Dios, en relación con los pecadores, otra reacción que la del deseo de conquistarlos? Él no los hiere más que con leves

castigos y los hace conscientes de su pecado. Si les dirige sus reproches es para reconciliarlos consigo y para que le den su confianza (12, 2).

Por tanto, el libro de la Sabiduría plantea una cuestión exegética: ¿por qué hiere Dios a Egipto recurriendo sólo a bichos pequeños, como se lee en el Éxodo? La búsqueda de una respuesta lleva al corazón mismo del misterio de Dios. Él ama tiernamente a sus criaturas, y le cuesta suprimirlas. Por eso se muestra tan benigno en su condena del mal. El castigo contempla la reconciliación y el crear una relación de confianza del hombre en relación con Dios.

«Confesiones»

En todo este pasaje (11, 15 - 12, 2), el autor se dirige a Dios, pero sin pedirle nada. No se trata en absoluto de una súplica ni de una oración de petición. Tampoco se trata de una alabanza o de una acción de gracias, porque no aparece ninguna de las expresiones características de quien alaba o da gracias. Es más bien una reflexión teológica sobre las relaciones entre el creador y las criaturas, sobre la acción divina en la historia y sobre el modo como Dios castiga a los pecadores. Pero esta reflexión no se desarrolla a la manera de un tratado sobre dichos temas, elaborado según los criterios de la lógica. Es más bien, por así decir, un cara a cara con Dios. Él es el interlocutor al que se dirige constantemente la palabra.

Nos hallamos, pues, ante una reflexión hecha en presencia de Dios, testigo silencioso. Hecha también en presencia de los lectores, también ellos implicados en esta reflexión que tiene a Dios por confidente. Dios la escucha, y los lectores la escuchan también. Esta forma literaria aparece aquí por pri-

mera y última vez en la Biblia. Más tarde se reanudará en las *Confesiones*, donde Agustín desarrolla su pensamiento personal ante Dios manifestándoselo paso a paso. Reflexiona en su presencia.

Ciertamente, las reflexiones humanas jamás se le ocultan a Dios: él conoce el corazón del hombre y lo escudriña (*Jer* 17, 10). Pero san Agustín pone sus pensamientos explícitamente y con plena conciencia bajo los ojos de Dios. «Confiesa» sus pensamientos a Dios porque se los confía. Le «confiesa» los movimientos de su espíritu, le revela las más secretas indagaciones de su inteligencia.

Es el procedimiento que sigue el libro de la Sabiduría en esta sección dedicada a la salida de Israel de Egipto (*Sab* 10 - 19). La mayor parte de dicha exposición del libro del Éxodo (11, 5 - 12, 27; 15, 14 - 19, 22) está redactada efectivamente bajo forma de «confesiones»: en efecto, el autor —el rey Salomón, al que se atribuye el texto— se dirige repetidamente a Dios para manifestarle sus reflexiones teológicas. Reflexiona en presencia de Dios. Le revela y le «confiesa» sus consideraciones sobre el sentido de los acontecimientos que acompañaron a la liberación de Israel.

¿Cuál es el significado de dichas «confesiones»? Son un *espacio contemplativo* abierto a la reflexión teológica. Una reflexión que no se desarrolla sólo ante el yo humano que se expone a sí mismo su pensamiento, sino que se lleva a cabo en presencia del Tú divino y en diálogo con él. Dios es el testigo de las pesquisas del espíritu. El pensador, Salomón, le hace confidencia de las verdades que descubre en su trabajo de reflexión.

El diálogo con Dios bajo forma de «confesiones» es, pues, el ámbito natural de la reflexión teológica, dirigida precisamente a comprender a Dios, a comprender su obra en la creación y en el gobierno del

mundo. ¿Qué hay de más natural que pensar a Dios en la presencia de Dios, ante él, confiándole todos los pensamientos que nacen en el espíritu?

El libro de la Sabiduría enseña, pues, algo sobre la teología y sobre el buen método de hacer teología. Es el método de las «confesiones», es decir, de las reflexiones teológicas hechas en presencia de Dios, expuestas a él en el espacio contemplativo en que Dios y el hombre se encuentran cara a cara, entablado un diálogo posible gracias a la fe.

VII

JUSTICIA Y GRACIA (Sab 12, 15-22)

¹⁵*Siendo justo como eres, todo lo dispones con justicia,
estimando que condenar al que no debe ser condenado*

es ajeno a tu poder.

¹⁶*Que tu poder es principio de justicia,
y el ser tú dueño de todo te hace ser clemente con todos.*

¹⁷*Haces alarde de fuerza cuando no creen en la perfección de tu poder;
y confundes la osadía de quienes la conocen.*

¹⁸*Tú, que eres dueño de la fuerza, juzgas con clemencia,*

*y nos gobiernas con mucho miramiento;
pues en tu mano está el poder cuando quieres.*

¹⁹*Mediante tales hechos enseñaste a tu pueblo
que el justo debe ser amigo de los hombres;
y diste a tus hijos la feliz esperanza
de que concedes arrepentimiento de los pecados.*

²⁰*Porque, si a enemigos de tus hijos y a reos de muerte*

castigaste con tanto miramiento e indulgencia,

*dando ocasión y lugar para apartarse de la maldad,
21¿con cuánto cuidado juzgaste a tus hijos,
a cuyos padres diste juramentos y alianzas de be-
llas promesas?*

*22Así que, si a nosotros nos corriges,
a nuestros enemigos mil veces los azotas:
para que, cuando juzgamos, nos acordemos de tu
bondad;
y al ser juzgados, esperemos misericordia.*

Otra idea de la justicia

Salomón lee en la Biblia, como en un espejo, el modo de obrar de Dios. Dios es justo: «Siendo justo como eres, todo lo dispones con justicia» (v. 15), «que tu poder es principio de justicia» (v. 16), «tú, que eres dueño de la fuerza, juzgas con clemencia» (v. 18).

Pero la justicia de Dios es clemente. Infligir una pena al inocente es del todo ajeno a su naturaleza (v. 15). Su benignidad se derrama sobre todos los seres (vv. 16.18). Todo se expresa con miramiento (v. 18).

Con toda evidencia, el ideal de justicia que se traza aquí no es ya atribuir a cada cual lo que le corresponde. Es, más bien, tener una atención particular hacia todos los seres. En efecto, las criaturas tienen necesidad de indulgencia y de tolerancia, pues de lo contrario no podrían subsistir. Lo que corresponde, lo que es adecuado a su condición, o sea, lo que es «justo» para ellas es esa sobreabundancia de ternura sin la cual estarían destinadas a desaparecer. El mundo no vive de la estricta justicia de Dios, sino de lo que él concede más allá del margen de la justicia, gratuitamente. La justicia de Dios, en realidad, es un suplemento gratuito que aparta los límites del rigor

y obtiene para todas las criaturas el espacio para que existan. Un suplemento que se llama «paciencia», «indulgencia», «benignidad».

¡Paradójicamente, Salomón lo designa como «justicia»!

Otro poder

La benignidad de Dios descansa en su poder ilimitado. El libro de la Sabiduría insiste de buena gana en la omnipotencia divina, tema favorito de sus «confesiones», es decir, de su reflexión teológica y contemplativa: castigar a los inocentes sería, por parte de Dios, una acción ajena «a su poder» (v. 15); el principio y el fundamento de la justicia de Dios son sus poderes y su soberano dominio sobre todos los seres (v. 16); su poder es perfecto: lo saben todos los que lo han puesto en duda o han pretendido desafiarlo (v. 17). Dios dispone de él soberanamente, siempre que quiere (v. 18).

Para sorpresa nuestra, Salomón ve cabalmente en ese poder la razón de la benignidad de Dios. ¡Precisamente porque es omnipotente, Dios es paciente! El poder da libertad, porque aleja el miedo. Dios no tiene rivales que temer. Por eso tiene una relación completamente libre con las criaturas, sin hostilidad alguna hacia ellas. Puede, pues, hacer justicia a todos los seres. Cada uno de ellos tiene derecho a existir en presencia de Dios. Dios se alegra de toda criatura y la guarda con ternura.

En cambio, el poder humano corre constantemente el peligro de degenerar en opresión. Muy a menudo el poder da muestras de sí aplastando, de modo que acaba por ser percibido como el contrario exacto del derecho. Porque el derecho es débil, no puede nada contra un poder que lo pisotea. Quien posee el poder

maneja el derecho a su capricho. Es la amarga experiencia de la historia humana.

El poder divino es totalmente distinto. No tiene necesidad de ignorar el derecho, porque Dios es soberano. Él dispone de su poder con toda tranquilidad. Y gracias a ello, puede permitirse respetar a todos los seres, hasta darles más de lo debido.

Pedagogía de Dios y clave de lectura de la Biblia

Dios no se limita a ser tierno con sus criaturas, sino que enseña la benignidad a su pueblo (v. 19). Precisamente éste es el significado de la ocupación de la Tierra Prometida como la describe el libro del Éxodo, cuando refiere que Dios no castigó los pecados de los cananeos con todo el rigor que merecían (Éx 23, 28-30). ¿Por qué? Para dar ejemplo de medida y de benignidad a su pueblo.

La historia sagrada es una pedagogía divina, y es una clave extraordinaria de lectura del estilo de Dios. Lo que Israel vivió en los orígenes, según el relato del Pentateuco, revela la manera de obrar de Dios en todas las épocas y nos sirve a nosotros de ejemplo para nuestra acción.

La dispersión lenta y gradual de los habitantes de la Tierra Prometida, según Éx 23, 28-30, constituye por tanto para nosotros una razón de esperanza (v. 19). Significa que Dios dispone un lapso de tiempo durante el cual podemos convertirnos. Es lo que la liturgia designa como *spatium paenitentiae*. Así, pues, el castigo de Dios tiene siempre un comienzo saludable, tiende siempre a producir un cambio y una mejora. Sólo para quien se obstina en el mal, acaba siendo una sentencia condenatoria.

Pero antes de llegar a esto, la paciencia y la indulgencia de Dios conceden «espacio y tiempo» para

arrepentirse. Incluso se lo conceden a los enemigos de los israelitas, hijos suyos, a pesar de su obstinación y cualquiera que sea la gravedad de sus culpas (v. 20).

Una lección de benignidad

Ante tal benignidad en el ejercicio del juicio, ¿puede el hombre no seguir su ejemplo? Se ha proclamado un principio: «el justo debe ser amigo de los hombres» (v. 19). No hay justicia sin amor. El clima necesario para que germine la justicia es aquel en que los hombres tienen un gran valor y son apreciados por quien tiene la misión de gobernarlos y juzgarlos.

El modo de obrar divino es también regla de conducta para el hombre. Si Dios adopta tanta medida al reprimir, ¡cuánto más fuertes habrán de ser la atención y la bondad de los hombres cuando ejercen un poder sobre sus semejantes!

Dos sentidos de la Escritura

Por tanto, según el libro de la Sabiduría, la Biblia puede leerse en clave *dogmática*, o bien nos podemos apropiar su aspecto *moral*. La historia del éxodo es la revelación de Dios y de su modo de ser. Ahí se palpa su benignidad y su esfuerzo paciente por convertir a los hombres en lugar de castigarlos. Porque los quiere, los ama con ternura. El castigo es la *ultima ratio*, la alternativa postrera, el argumento de persuasión a que recurre cuando no hay otro modo de convencer al hombre de que no se obstine en el mal. Sólo en este momento interviene Dios con el castigo. Pero es casi un fracaso. La conversión sería preferible con mucho.

De los mismos textos se desprende, no obstante, también el aspecto moral. Ofrecen un fundamento a la esperanza en la misericordia de Dios (v. 19), y demuestran que también a nivel humano un juicio correcto se caracteriza por la generosidad. En efecto, la justicia es insuficiente si sólo es retributiva: el castigo debe tener como fin la curación. Su objetivo es facilitar la reconciliación y la mejora. El castigo puramente coercitivo sólo se debe aplicar en el caso límite de la obstinación en el mal. La benignidad es una cualidad soberana, tanto en Dios como en el hombre. Supera las exigencias de la justicia estrictamente concebida.

Ternura y predilección de Dios

Para abrir los ojos del lector a la gracia de predilección concedida a Israel, el libro de la Sabiduría se refiere aquí tres veces a los israelitas designándolos como *hijos* de Dios (vv. 19.20.21). Esto explica la preferencia divina para con ellos. Dios mira a todas las criaturas con ternura, y está unido a los hombres (v. 19), pero tiene hijos que son sus predilectos. Si ha elegido un pueblo, lo ha hecho por exceso de amor. Toda criatura es valiosa a sus ojos, es objeto de su amor desbordante. Pero este amor es tan ilimitado que no disminuye en absoluto hacia los demás aunque se derrame de manera especial sobre aquellos que Dios más quiere, sus hijos.

La gracia de la predilección no les quita nada a las criaturas, todas ellas objeto del amor de Dios. Si acaso, añade un suplemento de benevolencia hacia aquellos que son elegidos para formar parte de la familia divina.

VIII

DEL MUNDO CREADO AL DIOS CREADOR (Sab 13, 1-9)

¹*Vanos son por naturaleza todos los hombres
en quienes hay desconocimiento de Dios;
quienes por los bienes visibles no supieron conocer
el que es,*

*ni por la consideración de las obras reconocieron
al artífice;*

²*sino que al fuego, al viento, al aire veloz,
o al círculo de los astros o al agua impetuosa,
o a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rec-
tores del universo.*

³*Si, encantados por su hermosura, tomaron esas
cosas por dioses,
conozcan cuánto más hermoso es el Soberano de
todas ellas,*

pues el autor de la belleza las creó.

⁴*Si quedaron sobrecogidos ante su poder y actividad,
comprendan por ellas cuánto más poderoso es quien
los formó.*

⁵*Pues partiendo de la grandeza y hermosura de
las criaturas,
se contempla por analogía a su hacedor.*

⁶*Sin embargo, sobre éstos cae ligero reproche,*

*pues se extravían tal vez buscando a Dios
y queriéndolo encontrar.*

*⁷Investigan sus obras y en ellas se engolfan,
y se dejan convencer por la apariencia,
porque las cosas visibles son hermosas.*

⁸Mas con todo, ni éstos son excusables:

*⁹porque, si fueron capaces de saber tanto
que pudieron investigar el universo,
¿cómo no encontraron fácilmente al Soberano de
estas cosas?*

Una religiosidad cósmica (vv. 1-5)

Son muchas las religiones que no adoran a un solo Dios, creador de todas las cosas, sino que veneran a una multitud de manifestaciones del mundo divino en el mundo creado. ¿Qué impide a un gran número de hombres pensar que sólo hay un Dios? El libro de la Sabiduría, escrito en un contexto politeísta, aborda precisamente este problema en este capítulo.

Salomón es consciente de la fascinación que ejercen las innumerables criaturas del mundo. Cautivan inmediatamente la mirada, su belleza es motivo de atracción (v. 3), tienen dimensiones y energías impresionantes (vv. 4s.). En particular las fuerzas cósmicas, omnipresentes, dan la impresión de ser divinas (v. 2). Las recuerdan y representan los elementos del mundo: el fuego, el viento, el aire, las trayectorias de los astros, los rayos, el agua (v. 2). Propenso a adorar lo que considera que es mayor que él, el hombre advierte inmediatamente en ellas las manifestaciones de lo divino.

En efecto, no pocas religiones, antiguas y modernas, tributan culto a las fuerzas cósmicas, considerándolas señales del mundo trascendente de Dios aparecido en el mundo de la materia y de la vida humana.

La firma de Dios en su obra (v. 5)

Energías cósmicas y criaturas del mundo revelan de hecho algo de Dios. Son signos que remiten a él.

El libro de la Sabiduría destaca en este momento un aspecto de la creación del mundo por obra de Dios, una dimensión que hasta ahora había permanecido implícita en la Biblia. Dios no sólo ha creado el mundo (*Gén* 1, 1); no sólo se ha servido de la sabiduría para crearlo tan bien que desde ese momento la sabiduría une al mundo con el creador, porque se encuentra simultáneamente con Dios, con los hombres y con el universo creado (*Prov* 8, 30s; *Bar* 3, 32-38). El mundo lleva, además, la firma de su artífice, lo mismo que toda obra de arte lleva la firma del artista. Hay una *semejanza* entre el mundo creado y su creador. Esta idea es nueva en la Escritura: es el libro de la Sabiduría el que la propone por primera vez.

La semejanza que se da entre creador y creación es de tipo particular, distinta de la semejanza propia del hombre. Éste es creado a imagen de Dios (*Gén* 1, 27s.) y refleja los rasgos de la forma divina. En cambio, las criaturas del universo y las potencias cósmicas no reproducen en modo alguno la *forma* de Dios. Pero, por ser obra suya, sus cualidades hacen que se manifieste algo de Dios, que las ha creado.

Se trata, por tanto, de una sencilla semejanza indirecta, no de una imagen. Con todo, manifiesta la fantasía que Dios ha ejercido al llamar a la existencia a la variedad de los seres. Las criaturas reflejan, pues, el arte de su autor. Al que las mira le presentan, no la *forma*, sino el genio y el poder creador de Dios.

De lo visible a lo invisible

La obra de la creación manifiesta sólo en parte las potencialidades creadoras de Dios. Las criaturas ape-

nas reflejan algo del creador, de manera limitada y fragmentaria. Sin embargo, ¡el que observa la obra no ve al artífice! Atisba sin duda algo de su arte, pero el artífice como tal es mucho más que la muestra que ha salido de sus manos. En resumen, la obra sólo nos permite alcanzar un conocimiento inadecuado del creador.

Sin embargo, cuanto más grandiosa es la obra, más elevada ha de ser la idea que nos hacemos de su autor. El conjunto de las criaturas que componen el universo en todas sus vertiginosas dimensiones de tiempo y de espacio supera hasta tal punto la mente humana que no podemos menos de admirarlo. Y la admiración por la obra creada crece infinitamente en relación con su artífice, del que el universo no es más que un reflejo inadecuado. No lo vemos directamente, él permanece invisible, escondido tras la pantalla de su obra. Pero a través de ella nos damos cuenta del abismo de sus posibilidades creadoras.

Comparación y analogía

Así, pues, para hacerse una idea de Dios, según el libro de la Sabiduría hay que recorrer el camino que lleva de la obra a su autor. Hay que comparar la obra con el que la ha realizado. La obra es un signo que remite al artífice. Es necesario cotejar el producto, visible y tangible, y el productor, que no se ve en absoluto. El producto es como la huella que la presa deja en la nieve, el rastro que permite seguirla y descubrirla.

Es lo que el autor del libro de la Sabiduría designa como *analogía* (v. 5): ésta expresa el paso de la huella al que la ha dejado, de la obra visible a su autor invisible. Ciertamente, no es posible encontrar en la huella el rostro mismo del que la ha dejado. Pero es suficiente para saber algo de él.

Así es como el libro de la Sabiduría toca una cuerda que seguirá vibrando a lo largo de toda la historia del pensamiento teológico y místico que se ha desarrollado hasta hoy. El mundo, las criaturas y, por tanto, todos nosotros, cada uno con su propia persona, reflejamos algo de Dios. No es una mirada directa, hemos dicho, sino indirecta. Dios sigue siendo invisible, pero no incognoscible. Está escondido, pero invisiblemente presente. No se manifiesta ante nuestros ojos, pero sus huellas son evidentes.

El autor del libro de la Sabiduría ha sacado a luz algo que los relatos de la creación habían dejado implícito: las criaturas son signos que revelan, en cierta medida, al creador. Este desarrollo podría haberle sido sugerido por la traducción griega del Génesis, donde la idea de semejanza, quizá bajo la influencia del *Timeo* de Platón (*Timeo*, 29-30) está más fuertemente subrayada que en el correspondiente texto hebreo (*Gén* 1, 11s.26s).

Verdad y ambivalencia de la religión cósmica
(vv. 6-9)

No hay que condenar de forma absoluta a los hombres que adoran a seres creados y poderes cósmicos (vv. 6s.). Perciben algo de lo divino que existe efectivamente en estas realidades. Pero lo que hay en ellas de divino no es Dios, sino una huella y un signo que remiten a él. En definitiva, esos hombres confunden la huella con la realidad. Por eso es por lo que no se los puede eximir de un crítica. Si han penetrado con tanta profundidad en la estructura y en la naturaleza del mundo, habrían debido remontarse con facilidad al que lo ha creado (vv. 8s.).

En definitiva, las criaturas del mundo pueden suscitar el sentimiento religioso y al mismo tiempo hacer de pantalla entre Dios y los hombres. Ambos efectos se encuentran en la historia religiosa y filosófica de la humanidad. La religiosidad cósmica está casi en el umbral del descubrimiento del Dios creador; pero las realidades del mundo pueden también bloquear definitivamente el camino que lleva de ellas hacia su autor invisible.

Un impulso que dura

Con estas observaciones de gran profundidad el libro de la Sabiduría sigue alimentando la experiencia de la fe, la reflexión teológica y el conocimiento del mundo: la creación puede remitirnos a Dios y también puede separarnos de él. En el plano religioso y en el plano moral es posible tomar las realidades terrestres como absolutas. En ese caso representan el valor más alto al que podemos aspirar y al que tributamos nuestro culto. No hay ninguna otra cosa por encima de ellas. Son divinas, son los dioses que adoramos. O bien se convierten en el único objetivo de nuestros esfuerzos. Ya no vivimos más que para ellas y para gozar de ellas, y no tenemos ningún otro horizonte.

Es la línea del pensamiento de san Pablo. El Apóstol se remonta al libro de la Sabiduría en la Carta a los Romanos, en la que expone los dos poderes que tienen sometidos a los hombres de todos los tiempos: el de los ídolos y el de las pasiones. Dos formas de esclavitud que poseen algo en común: han sustituido al único Dios por las realidades de este mundo. En lugar de a Dios, la religiosidad natural adora a fuerzas creadas; en vez de seguir a Dios, se obedece a las pasiones y a los instintos humanos ele-

vándolos a bienes absolutos: «la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad y perversión de unos hombres que perversamente retienen cautiva la verdad, por cuanto lo que puede conocerse de Dios está manifiesto entre ellos, ya que Dios se lo manifestó. En efecto, desde la creación del mundo, las perfecciones invisibles de Dios, tanto su eterno poder como su deidad, se hacen claramente visibles, entendidas a través de sus obras; de suerte que ellos no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le dieron gloria como a tal Dios ni le mostraron gratitud; antes se extraviaron en sus varios razonamientos, y su insensato corazón quedó en tinieblas. Alardeando de ser sabios, cayeron en la necedad, pues cambiaron la gloria del Dios inmortal por la representación de una figura de hombre mortal, y de aves y cuadrúpedos y reptiles» (*Rom* 1, 18-23).

Tras las huellas de san Pablo, numerosos maestros espirituales se detuvieron en la eterna tentación de dejarse seducir por las obras de Dios hasta olvidar a Dios mismo. San Agustín describe esta experiencia en sus *Confesiones*.

Bajo otro aspecto, el libro de la Sabiduría ha trazado el camino para una reflexión no menos importante: la que versa sobre las vías que cabe recorrer para alcanzar a Dios a partir del mundo. Hemos dicho ya que si el mundo es creado por Dios, debe ser un signo y una huella de él. Debe, pues, llevar sobre sí la firma de Dios y el sello o marca que deja entrever la presencia divina. ¿Se puede concebir un mundo que sea un espejo completamente opaco a los rayos de su creador?

Esta línea de pensamiento ha sido ahondada por la teología del conocimiento de Dios. También ella arranca de lo que existe. En efecto, lo que existe es creado por Dios y revela a Dios.

En definitiva, este breve pasaje del libro de la Sabiduría esboza un programa válido para todas las generaciones hasta nuestros días. Se trata de discernir los signos que Dios ha impreso en la realidad del mundo. Signos que son verdaderas huellas suyas, pero que no son Dios mismo, porque el creador está por encima de todo lo creado.

IX

LA PRIMERA PASCUA EN EGIPTO Y EL SÍMBOLO DEL RESCATE DE LOS PRIMOGÉNITOS (Sab 18, 5-19)

⁵*A quienes quisieron matar a los recién nacidos de los santos, siendo así que un solo hijo fue expuesto y salvado, arrebataste en castigo multitud de sus hijos, y a todos juntos hiciste perecer en aguas impetuosas.*

⁶*Aquella noche fue conocida de antemano por nuestros padres, para que, sabiendo con seguridad a qué juramentos habían dado fe, cobraran ánimo.*

⁷*Eran esperadas por tu pueblo la salvación de los justos y la perdición de los enemigos.*

⁸*Pues con haber castigado a los enemigos, nos glorificaste llamándonos a ti.*

⁹*Que los santos hijos de los buenos ofrecían sacrificios a ocultas, y de común acuerdo establecieron esta ley divina:*

*que en igual medida, tanto en bienes
como en peligros, tomaran parte los santos,
cantando ya, de antemano, las alabanzas de los
padres.*

¹⁰*Respondía, como eco, el clamor discordante de
los enemigos,*

y se elevaba, lastimera, la voz por los hijos llorados.

¹¹*Con igual pena fue castigado el esclavo que el
amo,*

y el hombre del pueblo sufría lo mismo que el rey.

¹²*Todos a una, con idéntico género de muerte,
tenían muertos innumerables;*

*y no bastaban los vivos para sepultarlos,
porque en un instante fue exterminada su más
noble generación.*

¹³*Los que nada creían, debido a sortilegios,
con la pérdida de los primogénitos
confesaron que este pueblo era hijo de Dios.*

¹⁴*Mientras plácido silencio lo envolvía todo,
y la noche se encontraba en medio de su veloz carrera,*

¹⁵*tu omnipotente palabra desde los cielos,
desde el trono real,
cual implacable guerrero,
se lanzó en medio de la tierra destinada al exter-*

minio,
llevando por aguda espada tu decreto irrevocable.

¹⁶*Y poniéndose en pie, lo llenó todo de muerte;
tocaba el cielo, pero avanzaba sobre la tierra.*

¹⁷*Entonces, de repente, los perturbaron alucinacio-
nes de sueños terribles,*

y temores inesperados cayeron sobre ellos.

¹⁸*Tendidos uno aquí, otro allí, medio muertos,
daban a conocer la causa por que morían.*

¹⁹*Los sueños que los habían perturbado les habían
advertido,*

*para que no perecieran sin saber por qué sufrían
aquellos males.*

La justicia de Dios, fundamento de la esperanza
(vv. 5-8)

El rey Salomón comenta en la segunda parte (*Sab* 10 - 19) el relato del Pentateuco desde la salida del país de Egipto hasta la entrada en la Tierra Prometida. En el pasaje que acabamos de leer llega a la primera Pascua de los israelitas en Egipto, a la noche en que el Señor hirió a los primogénitos egipcios.

Como en el libro del Éxodo, el trasfondo es la matanza de los israelitas recién nacidos (*Éx* 1, 22): por orden del faraón tenían que ser arrojados al Nilo y ahogados. Sólo Moisés se salvó (*Éx* 2, 1-10). Ante la crueldad humana que llega al paroxismo, Dios interviene (*Sab* 18, 5). Él hace que el crimen recaiga sobre los mismos criminales: serán ellos quienes pierdan a sus hijos en las aguas. Es una alusión a la desaparición del ejército egipcio bajo las olas del mar (*Éx* 14, 27s.).

La intervención de Dios es salvación para las víctimas de la opresión y es justo castigo para los opresores. La justicia de Dios otorga la libertad y al mismo tiempo reprime la maldad. Ésta es la idea que el libro de la Sabiduría extrae del éxodo de Israel.

Una fiesta litúrgica celebra en Israel esta liberación de los inocentes y el justo castigo de los tiranos: la Pascua. El libro del Éxodo narra su institución (*Éx* 11, 13) y el libro de la Sabiduría interpreta ahora antiguas tradiciones sobre el origen de la fiesta pascual.

Es una fiesta celebrada de noche (v. 6): en efecto, los israelitas habían comprendido que durante la noche Dios vendría a librarlos: el Señor se lo había revelado ya a Moisés (*Éx* 11, 1-8). En el versículo citado arriba (18, 6), entre otras cosas que cabría señalar, advertimos que el autor recurre bruscamente a la primera persona del plural: «aquella noche fue conocida de antemano por *nuestros* padres». Es el «no-

sotros» litúrgico: Salomón se expresa como miembro de la comunidad que celebra cada año la Pascua.

El anuncio de liberación debía animar a los israelitas, que se sentían desalentados hasta el extremo antes de aquella noche. Tenían necesidad de poder contar con los juramentos hechos por Dios en favor de ellos en tiempos de los patriarcas (v. 6; *Éx* 2, 24; 6, 4): el pueblo esperaba la salvación junto con la ruina de los enemigos (v. 7). Precisamente en el castigo de éstos se revelaría «nuestro» triunfo «llamándonos a ti» (v. 8). He aquí de nuevo el «nosotros» litúrgico.

Pero ¿cuándo «nos» ha llamado el Señor? Se trata de otra alusión al libro del Éxodo, en el que se narra que el Señor pide a su pueblo que se presente ante él en el desierto para ofrecerle sacrificios (*Éx* 3, 18; 4, 23; 5, 1-3; etc.). Ante la tajante negativa del faraón, el castigo se abate sobre Egipto, e Israel se ve finalmente libre para seguir la llamada del Señor.

El pueblo sale de la tierra de la esclavitud «con mano alzada» (*Éx* 14, 8). La expresión significa: abiertamente, como vencedores, y no a escondidas, como fugitivos. Es lo que el libro de la Sabiduría subraya en el v. 8: precisamente por medio del castigo de los adversarios nos has permitido seguir tu llamada y presentarnos ante ti con gloria.

La Pascua es, pues, la fiesta en que Israel vuelve a cobrar una y otra vez conciencia de la justicia de Dios, que libra a los oprimidos y pide cuentas a los opresores. Es el fundamento de la confianza en Dios: él es poderoso como para poder proteger a los suyos y arrancarlos de la muerte, y es poderoso como para derribar y humillar a los tiranos.

El significado de las leyes establecidas en Pascua

En un pasaje con vetas de misterio (v. 9) se evocan los ritos de la Pascua: «Que los santos hijos de

los buenos ofrecían sacrificios a ocultas, y de común acuerdo establecieron esta ley divina: que en igual medida, tanto en bienes como en peligros, tomaran parte los santos». El ofrecimiento de sacrificios alude quizás al cordero pascual, inmolado en secreto, es decir, de noche y en el seno de la familia, en privado, y no públicamente. Pero es posible que el texto se refiera al exterminio de los primogénitos egipcios. De él precisamente se trata después del v. 9. En ese caso, la inmolación que se lleva a cabo en la oscuridad evoca el secreto que debe ocultar, a los ojos de los egipcios, el medio que el Señor ha ofrecido para rescatar a los hijos primogénitos de Israel.

Pero ¿cuáles son los bienes y cuáles los peligros a que se alude? Según el libro del Éxodo, el Señor instituyó, con ocasión de la Pascua, la ley del rescate de los primogénitos (Éx 13, 1.11-16), para recordar a los israelitas, en el momento de cualquier primer parto de sexo masculino, fuera de hombre o de animal, el exterminio de los hijos de Egipto como pago por la liberación de la tierra de la esclavitud. El rescate de los hijos de Israel es al mismo tiempo un bien y un peligro: un bien porque con él los primogénitos se ven libres de la muerte; un peligro, porque, a falta de él, nadie podrá arrancarlos de la misma muerte. La salvación de los primogénitos de Israel de ahora en adelante dependerá de la ley del rescate para todo el tiempo venidero. La décima plaga se cernerá potencialmente sobre Israel como «peligro» y amenaza, y la liberación se le ofrecerá siempre por medio del rescate salvífico.

Para el libro de la Sabiduría, lo que salvó a los primogénitos israelitas fue la inmolación de un cordero o de un macho cabrío (Éx 12, 5). Ésta es la explicación de la ofrenda pascual: ¡un sacrificio de rescate! Ésta es también la explicación del silencio que guarda el libro de la Sabiduría sobre el rito de la sangre derramada sobre las jambas y sobre el dintel de las

puertas. Porque fue el exterminio de los primogénitos de Egipto, según la perspectiva del libro de Éxodo, lo que pagó el rescate por los hijos de Israel.

La Pascua es, pues, la institución de un sacrificio perenne de rescate de los primogénitos. Ésta es la razón de que desde aquel momento los santos eleven un canto de acción de gracias por este don de salvación. Es probable que el libro de la Sabiduría se refiera aquí al *Hallel*, a los salmos 113-118, que se cantaban ya en aquella época lo mismo que hoy con ocasión de la Pascua hebrea.

Los santos

Impresiona advertir que el texto se refiere ahora a los israelitas llamándolos «santos» (vv. 5.9) e «hijos santos de los justos» (v. 9). Son términos que confirman el significado de la Pascua. En efecto, los «hijos santos de los justos» deben ser salvados precisamente por razón de los padres y de los antepasados. Dios se siente obligado hacia éstos. Han sido justos: su justicia debe recibir la justa recompensa.

Así, pues, los israelitas son santos, es decir, separados del mundo profano: el del crimen de Egipto, que llegó a la abominación de la matanza de niños. Por eso a los primogénitos de Israel se les concede el pago del rescate, a diferencia de los primogénitos egipcios. Hay una separación entre el ámbito de los santos, cuyos hijos obtienen salvación, y el ámbito de los «profanos», que reciben en los hijos el castigo prefijado por haberse manchado con la matanza de los recién nacidos de Israel.

Israel, hijo de Dios

El cuadro que sigue, pintado con una abundancia de tintes dramáticos quizá excesiva y más bien ba-

rroca para la sensibilidad de hoy, invita de nuevo a reflexionar sobre el exterminio de los primogénitos egipcios (vv. 10-13). El lector moderno, cansado de las innumerables violencias y de las matanzas de masas llevadas a cabo en el siglo XX, experimenta un instintivo sentimiento de rechazo a representarse la escena. La descripción del libro de la Sabiduría refleja otro contexto cultural.

Sin embargo, bajo el revestimiento de un estilo que nos resulta impropio para expresar el sufrimiento humano, el autor propone una idea de gran alcance teológico: en la raíz del crimen de Egipto está su negativa a creer que el pueblo elegido es el hijo de Dios (v. 13). Una vez más, en el libro de la Sabiduría resuena el Éxodo y su solemne afirmación (Éx 4, 22): «Israel es mi hijo primogénito». El faraón se burla de Dios, que reclama la liberación de la esclavitud de su hijo en virtud del derecho de rescate de que goza todo padre en relación con su prole. Es una metáfora de que se sirve el Éxodo. La relación de Dios para con Israel es como la de un padre hacia su hijo primogénito. En el derecho familiar de Israel, esta relación le permitía al padre rescatar a su hijo de la esclavitud: el dueño estaba obligado a vendérselo cuando el padre lo reclamaba.

Si, pues, Egipto tenía encadenado a Israel, Dios reclamaba su libertad, reivindicando su derecho en relación con el que era su «hijo primogénito». Pero Egipto no reconocía una relación de este género: desconocía al Señor y le negaba a Israel la salvación que le era debida como hijo de Dios.

El odio contra Israel nace, pues, de un orgullo no dispuesto a reconocer que este pueblo tiene una relación privilegiada con Dios. Una relación de esa índole se presenta como algo intolerable. No queda sino negarla, oprimiendo a Israel.

Aflora aquí la amarga experiencia de la envidia de los «egipcios». Representan a los hombres y pueblos de todas las épocas encolerizados ante la idea de que el Señor tenga una particular querencia por Israel. Para persuadirse más y mejor de que las cosas no son así, exigen portentos a sus propios magos (v. 13), como demostración de que Dios está más bien de su parte y no de la parte de Israel. Sobre este punto, la Sabiduría de Salomón se ajusta a unos episodios relatados por el libro del Éxodo (7, 8-13.22; 8, 3.14).

Sin embargo, ante el exterminio de sus propios hijos, los «egipcios» se ven forzados a admitir que Dios ha tomado la defensa de su hijo primogénito Israel. La fe en el verdadero Dios no deja espacio al antisemitismo. Por el contrario, el odio hacia Israel no está en correspondencia con Dios, que ha elegido a este pueblo y sigue amándolo, como dirá más tarde san Pablo en la Carta a los Romanos (9, 1-5).

La palabra de Dios personificada

Los versículos 14-16 son un pequeño poema sobre la noche pascual vista desde la perspectiva de Dios. Antes y después de esta breve composición, el texto se demora hablando de los hombres, de la opresión de Egipto en relación con los israelitas (vv. 5-8), de los ritos realizados por Israel en aquella noche (v. 9), del exterminio que hirió a los primogénitos egipcios (vv. 10-13) y de los sueños con que se revelaba a los egipcios los motivos de la muerte de sus hijos (vv. 17-19). Pero en este poema la protagonista es la palabra omnipotente de Dios. En el silencio de la noche, como implacable guerrero, ella ejecuta personalmente su mandato.

La noche es el momento en que cesa el trabajo de los hombres. Reina el silencio. Es en ese momento

cuando entra en escena la palabra de Dios. Sólo ella actúa.

Su acción infunde espanto. De un salto se abalanza sobre la tierra desde lo alto. Tiene en el puño la espada desenvainada (vv. 15-16). Pisa el suelo pero toca al mismo tiempo el cielo, recubriendo enteramente el espacio que media entre las dos dimensiones, al modo del ángel exterminador sobre el que se habla en el libro de las Crónicas (1 Cró 21, 16). Hierde por orden inexorable de Dios, y a su servicio.

La palabra divina es todopoderosa porque crea de la nada. Sale del corazón y de la boca de Dios. Por eso se la personifica: porque, al igual que toda palabra, deja la boca que la pronuncia para llegar a los oídos del que la escucha.

En la segunda parte del libro de Isaías, hay un punto en que el profeta (55, 10ss.) compara la palabra que sale de la boca de Dios a una embajadora enviada a realizar las misiones que Dios le ha encomendado y que no vuelve a él hasta que no las haya llevado todas a cabo. La palabra corresponde, pues, a la energía que sale de Dios para realizar lo que él quiere producir en la creación y en la historia. Cuanto mayor es la misión que ha de ejecutar, más necesidad de poder tiene el enviado para cumplirla.

En el contexto que nos interesa, la palabra de Dios está encargada de obligar al tirano a dejar libre al pueblo de Dios. El opresor no se decidirá nunca a hacerlo de buena gana. Sólo se plegará si se ve forzado por un poder más grande que él. La palabra omnipotente parte, pues, del trono regio de Dios, de lo alto del cielo, con este objetivo. Despliega su poder sobrehumano. Nada le resiste.

La palabra personificada da, pues, una existencia poco menos que visible y tangible a la voluntad de Dios, presente y activa como energía real en la crea-

ción. Gracias a ella, Dios no está ausente ni inactivo en relación con todo lo que sucede en el mundo.

Esta idea poética de la Sabiduría de Salomón constituye una etapa importante en el camino hacia la encarnación de la palabra de Dios revelada en el Nuevo Testamento. El libro de la Sabiduría no piensa aún en una palabra divina hecha carne. Piensa más bien en la palabra de Dios que entra activamente en el cuerpo de la creación entera. En la medida en que la creación corresponde a lo que Dios quiere, expresa esta voluntad. Es su palabra porque realiza y «encarna» lo que él piensa.

Aquí tenemos claramente anunciada la idea de una palabra embajadora y realizadora de la voluntad divina, al servicio del pueblo que necesita la ayuda de Dios.

La liturgia cristiana acoge este poema de la palabra todopoderosa (vv. 14-16) en la celebración de la Navidad, pero sin detenerse en sus apariencias de guerrero. Se concentra más bien en la palabra personificada que de un salto desciende del trono regio de Dios (donde está sentada la Sabiduría: *Sab* 9, 9s.) para llegar a la tierra y llenar con su presencia todo el espacio que separa al cielo del universo creado.

Castigar para vencer la obstinación

El cuadro que tenemos ante los ojos presenta, pues, una situación en que la palabra divina no crea, sino que constriñe. La obstinación del más fuerte, que no pretende en absoluto dejar libre al débil del que se está aprovechando, resiste a la mera persuasión. Es necesario recurrir a la fuerza. El castigo de Egipto no es, pues, un fin en sí mismo. Se propone más bien aflojar la mordaza que tiene atenazados a los israelitas.

El castigo divino se propone liberar a los oprimidos, como también plegar el orgullo de los poderosos, representados aquí por los egipcios. La intervención punitiva de Dios no tiene nada de la venganza entendida en el sentido de un mal con que se resarce un daño sufrido. Sería algo puramente negativo. Cuando Dios se vale de la fuerza lo hace con una finalidad positiva: romper el yugo de la opresión y aliviar a los oprimidos. El resultado tendrá una dimensión positiva y creadora: creará más libertad, más alegría y vida en esta tierra.

Los sueños, voz de la conciencia (vv. 17-19)

Aludiendo a los acontecimientos que acompañaron a la primera Pascua, la Sabiduría de Salomón añade un detalle que no conoce el libro del Éxodo: los egipcios tuvieron aquella noche unos sueños premonitorios de muerte que los dejaron aterrorizados (vv. 17-19). Se trató, pues, de un castigo que no se abatió sobre ellos de manera del todo imprevista y repentina. Aquellos sueños nocturnos explicaban la razón del azote que heriría a los primogénitos egipcios.

Los sueños, en la Biblia, son a menudo un lenguaje del que se sirve Dios para comunicar a los hombres sus proyectos. Así sucede en la historia de José (*Gén 37-45*), en la que el patriarca, los altos funcionarios del faraón y el faraón mismo reciben de este modo un mensaje sobre el futuro. Se requiere un carisma de interpretación dado por Dios para descifrar ese mensaje. Lo mismo se aplica a los sueños de Nabucodonosor narrados en el libro de Daniel (*Dan 2 y 4*).

La Sabiduría de Salomón describe en términos dramáticos las pesadillas premonitorias de aquella

noche. Como sucede a veces, expresaban bajo forma de angustia nocturna la voz de la conciencia reprimida. Los egipcios se obstinan en no querer admitir que han hecho sufrir injustamente a los israelitas al matar a sus hijos, pero en la oscuridad de la noche su conciencia proyecta en una multitud de pesadillas los sentimientos de culpa que ellos tratan de acallar.

Así pues, los sueños emergen de las profundidades del alma que es consciente de su culpa, haga lo que haga por olvidarla. Y son al mismo tiempo un mensaje del que Dios se sirve para revelar lo que los hombres ignoran o fingen ignorar.

El texto subraya de este modo la imposibilidad de acallar para siempre la conciencia. Puede ser sepultada bajo espesas capas de olvido voluntario, puede ser amordazada, pero nunca lograremos apagar del todo su voz. En el momento de la muerte, cuando caen las barreras levantadas con el correr de los años, la evidencia de los hechos se presenta incontestable.

Las dimensiones teológicas del libro de la Sabiduría

Podemos imaginar que el lector de hoy, testigo de matanzas en masa, no encuentre muy de su agrado la representación del exterminio de los primogénitos de Egipto. Lo hemos dicho ya, y volvemos sobre este concepto porque, en nuestra opinión, constituye uno de los motivos por los que las Sabiduría de Salomón, y especialmente la segunda parte, no es la lectura preferida de los creyentes modernos. Éstos sienten predilección por los textos no violentos de la Biblia. Sobre todo cuando buscan en las Escrituras el rostro de Dios, escogen los pasajes en que se manifiesta su bondad, su paciencia y la misericordia que es mayor que cualquier pecado.

Sin duda, la Sabiduría de Salomón revela también estos atributos: lo hemos visto en particular en *Sab* 11, 15 - 12, 2. Pero no omite los castigos que se narran en la Biblia. Más aún, los comenta de buena gana, se detiene morosamente en ellos, especialmente en la segunda parte del libro (*Sab* 10 - 18), que comenta las plagas de Egipto (*Éx* 7 - 13). Acoge la tradición sagrada de Israel codificada en el Pentateuco, la considera normativa y se guarda mucho de criticarla.

Pero hay otra razón por la cual la Sabiduría de Salomón subraya la acción severa de Dios en la historia: piensa en los mártires. Lo hemos visto (*Sab* 2, 10 - 3, 12). Éstos han sido sometidos a tormentos y maldades. ¡El Dios todopoderoso y creador del mundo no ha impedido sus padecimientos! Por eso era necesario que nuestro autor remachara, ante la supresión de los justos, el amor tierno de Dios por todas sus criaturas y especialmente por su pueblo predilecto, Israel, su hijo (*Sab* 18, 13), como también el ilimitado poder de Dios sobre el mundo, obra de sus manos. El mal como resistencia a Dios es un dato evidente: ¿quién podría negarlo? No sólo es indiscutible, sino que es causa de sufrimiento para inocentes que aman a Dios sinceramente y que sin embargo son masacrados. Dios debe tomar partido ante la horrible realidad de un mal que se ceba contra los que son amigos suyos y a los que él parece dejar sin protección, a pesar de que los ama con ternura.

Éste es el horizonte mental de la Sabiduría de Salomón. Un Dios que dejara mano libre a los impíos traicionaría a los suyos y su amor por ellos. El castigo divino es una exigencia de la verdad de su amor. Si el mal triunfara, dejaría al descubierto a un Dios indiferente ante la suerte de inocentes que han afrontado el martirio por no querer alejarse de él.

Por eso el libro del Éxodo es tan importante para la Sabiduría de Salomón: porque demuestra, a través de los hechos de la historia sagrada, que Dios no abandona nunca a sus amigos. Lleva a término una gran intervención para salvarlos. No es un triunfo cruel el que Israel celebra en Pascua alegrándose del gran número de enemigos exterminados. Es la esperanza y la certeza de que al final de la prueba habrá un Dios salvador: nadie puede desafiarlo cínicamente sin dar cuentas en el momento oportuno. Eso es lo que celebra la Pascua, y ahí es donde funda su fe la Sabiduría de Salomón.

Este Dios salvador ama con ternura; es sumamente paciente con los malvados y los orgullosos; puede cargar a sus hijos con pesos agobiantes, con pruebas que llegan al martirio. Pero es el creador: en el momento establecido, interviene con poder para salvar a los inocentes. Nadie podrá impedir entonces que se cumpla su salvación.

GUÍA ESPIRITUAL DEL ANTIGUO TESTAMENTO

La Palabra de Dios quiere implicar y transformar, «es más tajante que una espada de dos filos; penetra hasta la división de alma y espíritu» (Heb 4, 12). Esta colección de comentarios espirituales del Antiguo Testamento intenta extraer del texto bíblico toda la fuerza de su mensaje, mostrándonos su intensidad y actualidad, de modo que se convierta en «faro de mis pies» en el camino de la vida (Sal 119, 105).

Se hace una selección de las páginas fundamentales de cada uno de los libros bíblicos, es decir, de las que constituyen su trama literaria y teológica. Y luego, teniendo en cuenta los datos exegéticos esenciales, se busca más el fruto que los procedimientos de elaboración. Así, pues, el interés último se dirige a la encarnación de la Palabra en la existencia humana, iluminándola espiritualmente.

Volúmenes publicados:

- \ G. Ravasi, *El libro del Génesis* (1-11), 216 págs.
- \ G. Ravasi, *El libro del Génesis* (12-50), 312 págs.
- \ A. Spreafico, *El libro del Éxodo*, 220 págs.
- \ M. Navarro, *Los libros de Josué, Jueces y Rut*, 172 págs.
- \ J. L. Sicre, *El Primer libro de Samuel*, 192 págs.
- \ A. Bonora, *El libro de Qohélet*, 208 págs.
- \ A. Schenker, *El libro de la Sabiduría*, 140 págs.
- \ B. Marconcini, *El libro de Isaías* (1-39), 184 págs.
- \ B. Marconcini, *El libro de Isaías* (40-66), 232 págs.
- \ G. Fischer, *El libro de Jeremías*, 256 págs.
- \ G. Savoca, *El libro de Ezequiel*, 168 págs.
- \ A. A. Di Lella, *El libro de Daniel* (1-6), 192 págs.
- \ A. A. Di Lella, *El libro de Daniel* (7-14), 152 págs.